

# PINOCHO

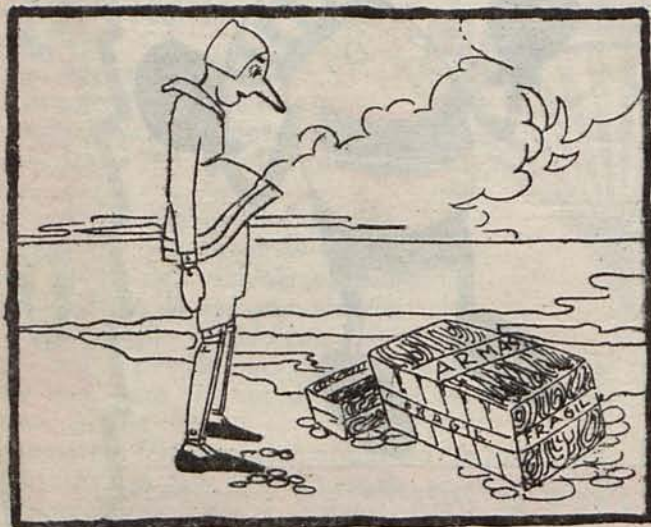
Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: *San Sebastián*. :: Administración, correspondencia y suscripciones: *Madrid*, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.  
Año I.—Número 19  
28 JUNIO 1925





# CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS  
PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO

## CURiosIDADES

### EL HACHA, PRIMER ARMA DEFENSIVA

El hombre, en un principio, cuando vivía libre frente a la naturaleza, luchando con sus semejantes, con los animales y con los elementos, hubo de valerse de armas para acometer y defenderse. ¿Pero cómo pudo, sin otros elementos que las piedras, luchar y vencer? ¿Cómo pudo construir esas armas? El hombre vivía en cavernas, se alimentaba con vegetales, pescaba y... cazaba. ¿Cómo hacía esta última operación? El hombre primitivo no tenía, como nosotros tenemos, armas de fuego, ni flechas, como tuvieron hombres de otras épocas, sino que se veía reducido a sus brazos, a sus manos y a sus pies. Sin embargo, el hombre primitivo cazaba. Cazaba arrojando sobre la pieza, certeramente, una piedra. Esta piedra no era una piedra cualquiera, tal como se encontraba en la naturaleza. Era una piedra que el hombre primitivo, para hacerla más hiriente, afilaba con otras piedras, sacando así un arma puntiaguda, mortal, que abría una herida incurable allí donde caía. Pero lo que no se concibe es cómo el hombre, con tan escasos medios, pudo no sólo cazar animales pequeños, sino también defenderse y vencer a fieras como el león. ¿Cómo

podía conseguir el hombre estos éxitos? Sólo por la astucia. Con ésta pudo el hombre construir, muy rudimentariamente, la primera hacha. Debió ser, sin duda, en un momento de peligro. El hombre, acosado por un león, un tigre o una pantera, y no teniendo con qué defenderse, huyó a su cueva, obturando ésta, una vez que se vió en su interior, con piedras enormes. En su cueva esperó el hombre que se alejase la fiera que lo había perseguido; pero la fiera, con gran prudencia, esperaba la salida del hombre a la puerta. Debieron ser momentos y horas de inquietud para el hombre, viéndose imposibilitado para salir. Entonces fué cuando imaginó, para sortear el peligro, el hacha. Acuciado por la necesidad consiguió unir a una piedra un palo, asegurando ambos con fuertes juncos o con otra materia a propósito. Construída el arma debió salir a la puerta de la caverna, sigilosamente, y viendo a la fiera que le esperaba, le asestó con el arma un golpe mortal, definitivo. Así, sin duda, construyó el hombre su primera hacha, el arma más general y empleada luego, y a ella le ha debido sus éxitos, sus triunfos, el hombre de las cavernas.





# EXTRAORDINARIAS AVENTURAS

DE

# CABEZA

DE

# Piedra

POR E. SALGARÍ

(Continuación).

—Los pieles rojas, más ligeros que nosotros, nos tienen casi cercados. Ved sus líneas negras destacarse sobre el candor de la nieve.

—¡Muerte y maldición!... —rugió el viejo cañonero—. ¡Que tenga yo que dejar aquí mi cabellera!

—¿Y las nuestras, no las cuentas? —preguntó Petifoque, que jamás perdía su habitual buen humor.

—Jor, ¿qué hacemos? ¿Presentar batalla?

El canadiense encogióse de hombros, y dijo después de una pausa:

—Hay más de quinientos, con armas de fuego.

—¿No podían tardar aún media hora en alcanzarnos?

—No tienen callos en los pies —dijo Petifoque.

—No chanches, bergante.

—¿Qué vamos a hacer? Dejaremos en manos de esos bergantes nuestras cabelleras.

—¿Yo dejarme escalar? ¡De ningún modo...! No quiero volver un día a Batz sin un poco de pelo en mi dura testa.

—Tampoco me agradaría a mi presentarme en las laderas de Pontiguen con la cabeza pelada.

—¿Si no fuera más que la peladura...! —dijo Jor, visiblemente preocupado.

—Veamos —dijo el viejo bretón, mientras en el lago continuaban sonando cañonazos—. ¿No conoces a ningún jefe mandano?

—Conozco a muchos iroqueses y algonquinos; pero mandanos no conozco a ninguno —repuso el canadiense, cuyo rostro aparecía cada vez más sombrío.

—¿Y son de temer esos guerreros?

—Odian al hombre blanco porque ha exterminado los inmensos rebaños de bisontes. Mirad con qué perfección nos han encerrado. Estamos cercados por todas partes.

—¡Dichoso el traficante...! Al menos él ha tenido tiempo de ponerse en salvo.

Apretadas filas de guerreros, con la rapidez del rayo, deslizándose sobre patines por la nieve deshecha, habían cerrado como en un círculo a los seis desgraciados, impidiéndoles toda retirada.

Iban vestidos de pieles, adornados con multitud de plumas de águila y de pavos salvajes, que les daban un aspecto pavoroso.

Además, sujetos, ellos sabrían cómo, llevaban cuernos de bisonte en la cabeza.

—¡Ah, qué figurones...! —dijo Cabeza de Piedra—. Y llevan los morros pintados, si no me engaño.

—Es su atavío de guerra, —repuso Jor.

En aquel momento, un hombre de altísima estatura, como lo suelen ser todos los salvajes canadienses, se destacó de las filas y avanzó hacia los hombres blancos, blandiendo furiosamente su hacha de guerra.

—¡Ah!... —dijo en un francés inteligible—. ¡Sois los matadores del Águila Blanca!

—¿Ha muerto por fin ese bribón? —repuso Cabeza de Piedra—. Y los osos, ¿qué tal? Espero que le hayan seguido a las praderas celestes, por dar gusto al gran Manítu.

El indio, un *sakem*, a juzgar por su armamento formidable y por las tres plumas de águila que sobresalían detrás de los dos cuernos de bisonte, se había acercado rápidamente. Estaba armado de un fusil, hacha, cuchillo de escalar, y a la izquierda llevaba un escudo ancho de piel de bisonte, solidísimo, destinado a parar los golpes de arma blanca.

—¡Soy el Oso de las Cavernas...! —gritó—, y me siguen más de quinientos guerreros. Soy un *sakem* famoso que ha arrancado más de veinte cabelleras.

—Pocas son para tanta fama —dijo Cabeza de Piedra, yendo resueltamente al encuentro del caudillo—. En cambio yo, a cañonazos he muerto a más de quinientos ingleses.

—¡Oh...! Eres, pues, un gran guerrero.

—Que nunca tuvo miedo de ningún piel roja en el cuerpo a cuerpo.

—Mi hermano blanco no luchó aún conmigo.

—Hasta ahora no he tenido el honor de conocer al Oso de las Cavernas.

—Eres un valiente.

—Por tal me tengo —repuso Cabeza de Piedra—. He asaltado muchos navíos, grandes pájaros volanderos, como los llamáis vosotros, y nadie fué capaz de herirme.

—¡Oh!

—¡Oh, oh...! ¡Si es verdad que eres un gran *sakem*, ven a medir tus armas conmigo, pedazo de pellejo mal cocido!

—Estoy dispuesto a ello, y si me vences, ahora que el Águila Blanca, mi sucesor, ha muerto, mi tribu te reconocerá como *sakem* y te obedecerá.

—¿Aunque tenga la piel del color de pan gris a medio cocer?

—No importa. A más de que yo estoy seguro de dar ante mi tribu otra prueba más de mi valor.

—Y si te mato, ¿tus guerreros no nos atarán al palo del tormento?

—El gran Manítu me oye y mis guerreros también; el Gran Espíritu, que reina en las praderas celestes, también me escucha. Si es verdad que te atreves a tanto como desafiar al *sakem* de los mandanos, adelántate. Mis guerreros nos contemplarán.

—Espera, pues, que voy a arreglarte, aunque tengas un escudo de piel de búfalo —dijo Cabeza de Piedra—. Tu fusil no me importa. Es un mosquetón que probablemente no hará fuego con la humedad de esta noche.

—¡Estás loco, camarada...! —exclamó Petifoque.

—Sea como fuere, de algún modo hay que salvarnos —respondió el viejo bretón—. Me ofrece la jefatura de su tribu si logro matarlo. Y una *sakem* ¡quisiera yo ver quién era capaz de tocarme al pelo de la ropa! Si muero en la demanda y algún día vuelves a Nueva York, y a Bretaña más tarde, contarás cómo ha muerto el viejo oso marino.

Abrió su casaca y, sacando de ella dos cartas provistas de gruesos sellos de lacre verde, las entregó al joven marinero.

—Para Saint-Clair y Arnold, si logras llegar a Ticonderoga.

—Maestre, piensa en lo que haces —dijo Petifoque, presa de una viva emoción.

—¿Crees que me da pavor ese indio? El Oso de las Cavernas contra el Oso Marino. ¡Ya veremos quién es el más fuerte!

—¿Jor —dijo Petifoque—, no se podría evitar esta lucha?

—Si el maestre la esquivase, todos los guerreros caerían sobre nosotros y ninguno saldríamos vivo de las manos de esos terribles torturadores —respondió el canadiense, no menos emocionado que su interlocutor—. Si el *sakem* me hubiese elegido, no vacilaría en aceptar el reto por salvarlos. Es cuestión de vida o muerte.

—Mejor ha sido que haya pensado en mí el Oso —dijo Cabeza de Piedra—. ¡Hacha por hacha!... Será un duelo terrible, pero no desespero de vencer. Estad atentos y dejad que me las arregle como pueda.

El *sakem* esperaba pacientemente, insensible al frío e indiferente a la nieve y a las ráfagas furiosas del viento, cada vez más iracundo; entre tanto se apoyaba en su viejo fusil.

—¡Amigos, adiós! —dijo Cabeza de Piedra—. Ahora veréis un espectáculo que quizás nunca contemplaron vuestros ojos.

Y avanzó resuelto contra el indio, blandiendo el hacha.

—Tira ese fusil —le dijo—. El mío podría matarte en el acto.

—Yo he retado a mi hermano pálido para que mida conmigo su arma blanca, y no la que truena —dijo el Oso de las Cavernas—. Ya sé bien que me tocaba la peor parte, por ser el mío un viejo arcabuz.

—Conformes, querido. Si te mato ocuparé tu puesto y seré el *sakem* de la tribu.

—Así lo he dicho.

—Y si yo caigo con el cráneo destrozado, ¿qué harás de mis compañeros?

—Decidirá el consejo de sabios ancianos.



—Comprendido; es necesario que mueras para salvarlos. Pronto estoy.

Arrojó lejos de sí la carabina y avanzó terrible contra el *sakem*, quien le esperaba a pie firme empuñando su *tomahawah*, ni más largo ni más pesado que el hacha del marinero, de mango esculpido y adornado en su extremo con un copete de cabellos humanos, arrancados probablemente a cualquier desgraciado canadiense sorprendido en las selvas.

## CAPÍTULO X

### CABEZA DE PIEDRA, «SAKEM»

Las líneas de los mandanos fuéronse estrechando poco a poco, a fin de impedir cualquier intento de fuga por parte de los hombres blancos; pero ninguno de aquellos formidables guerreros había arrojado un grito que pudiese constituir ofensa para los desgraciados prisioneros. Permanecían tranquilos, apoyados en sus viejos mosquetones, no dudando un punto del triunfo de su *sakem*, pero lealmente dispuestos a reconocer al *sakem* blanco si tuviese la impensada fortuna de esquivar los golpes del *tomahawah* indio.

Solamente uno se había aproximado a los combatientes. No llevaba armas ni parecía guerrero, porque era giboso, y si llevaba muchas plumas, también iba cubierto de collarines formados con dientes de bestias feroces y de vértebras de serpientes. Cabeza de Piedra, que lo había visto acercarse, dijo al punto al *sakem* haciendo ademán de recoger la carabina:

—¿Quién es? Si intenta ayudarte, lo fusilaré.

—Es el sacerdote de la tribu —respondió el Oso de las Cavernas—. Jamás ha combatido, porque tiene mucho que hacer con el Gran Espíritu. Deja tu fusil; este hombre no intervendrá, ocurra lo que ocurra. Fíjate, no tiene más que amuletos.

—Está bien. Despachemos porque comienzo a sentir frío, y nada hay como dar golpes para entrar en calor. Veremos quién es, de aquí a pocos minutos, el *sakem* de tu tribu.

—¡Pronto! —repuso el Oso de las Cavernas—. He dado muerte a más de veinte hombres blancos y no sé cuántos iroqueses y algonquinos. ¡Soy invencible!

Cabeza de Piedra quitóse el gorro y se inclinó diciendo:

—Estoy conmovido de tener que habérmelas con tan formidable hombre de guerra. Saludo antes al vencedor, porque después no podré hacerlo.

Pronunció las anteriores palabras con un deje de ironía. El maestro cañonero no era hombre que tuviese miedo de un indio.

—Mi hermano rojo debe despojarse del escudo —dijo—. Yo no lo tengo.

—Mi hermano blanco tiene razón —repuso el *sakem*.

—Mi hermano rojo deberá despojarse asimismo del cuchillo de escalpar, porque yo no tengo ninguno.

El *sakem* arrojó al suelo el escudo y el cuchillo y adelantó tres pasos, diciendo con voz furibunda:

—Tú charlas como una mujer. Ya hubiese yo matado diez hombres.

—¡Bum!... Haces más ruido que las piezas de treinta y dos de *La Tonante*. Aquéllas, sin embargo, mataban filas enteras de enemigos, mientras tu lengua aun no ha hecho sucumbir a ninguno. Acaso tu *tomahawah* sí.

—¿No crees, pues, que yo sea un gran guerrero?

—No tan famoso como tú mismo te figuras. Yo seré un *sakem* más temible y más admirado que tú.

—¿Cuántos enemigos ha matado mi hermano blanco?

—Tantos, que ya no recuerdo el número.

—Yo no he visto las cabelleras de tus enemigos.

—¡Estúpido! —gritó Cabeza de Piedra—. Yo soy un hombre blanco y no un salvaje que escalpa a sus enemigos vencidos. Cuando mis cañones los despenaban, yo los arrojaba al mar para que sirvieran de pasto a los peces. Era más rápido. ¿Vamos a empezar ya, bravo guerrero?

—¡Oh, sí!... Ya es hora.

—Espera un poco.

Quitóse la casaca de paño grueso, forrada de piel de nutria, y envolviendo con ella el brazo izquierdo, dió tres saltos de través con la agilidad de un rozo, levantando el hacha;

La nieve seguía cayendo en grandes copos, girando en torbellino, mientras el viento proseguía lanzando horribles mugidos. La florista toda crujía horriblemente al choque de las ráfagas que venían del Champlain, desprendiendo a millares las ramas de los árboles. Solamente un piel roja y un bretón eran capaces de combatir en aquella noche horrible.

El *sakem*, al ver a Cabeza de Piedra saltar de aquel modo, lo había imitado, a fin de presentarle siempre el pecho.

—¡Camarada, mucho cuidado!... —gritó Petifoque—. Confiamos en ti, pero presérvate.

—He de tumbar a este salvaje —repuso el viejo bretón—. Tiene más miedo él que yo, os lo aseguro.

Dió otros tres saltos y cayó como un rayo sobre el *sakem*, que vacilaba, y lo atacó furiosamente gritando:

—¡Tome mi hermano rojo este hachazo del hombre blanco para distraerse! ¡Muere ya!...

Las dos hachas se encontraron, despidiendo chispas, pero ninguno de los dos adversarios cayó.

El *sakem* había parado admirablemente el golpe, dirigido a su cabeza o a su pecho.

—El Oso de las Cavernas tiene las piernas firmes —dijo Cabeza de Piedra retrocediendo con presteza—. Eres un gran guerrero, pero soy más fuerte yo.

—¡Basta, mujerzuela!... —rugió el indio, que había creído terminar pronto con su adversario.

—¿Conque mujer...? —gritó el bretón—. ¡Mucho decir es eso!

Por segunda vez cayó sobre el *sakem*, levantando el brazo izquierdo, resguardado con la casaca. Un golpe terrible le hizo tambalearse, pero volvió a atacar con rabia.

El *tomahawah* del indio se había enredado en los pliegues de la casaca, sin cortarla por completo.

Cabeza de Piedra aprovechó el momento para tirar a su adversario un golpe mortal. El hacha del marinero vibró un instante en el aire, sepultándose después con sordo rumor en la cabeza del indio, donde quedó clavada. Petifoque, Jor y sus compañeros lanzaron un grito estentóreo.

—¡Victoria, victoria!

Cabeza de Piedra saltó hacia atrás con el *tomahawah* del indio prendido aún entre los pliegues de su casaca.

—¡Sí, compañeros, gritad victoria! —dijo con voz tonante—. He matado al coloso.

El Oso de las Cavernas, aunque tenía la cabeza abierta, permanecía aún en pie. Un ancho reguero de sangre le caía por el rostro, mezclada con fragmentos de masa encefálica. Tambaleóse un momento como un hombre ebrio, agitando locamente los brazos; dió dos vueltas sobre sí mismo, y se desplomó al fin sobre la nieve, sepultándose en ella casi por completo. El sacerdote se aproximó a Cabeza de Piedra, que se estaba poniendo de nuevo la casaca, y le dijo:

—La profecía se ha confirmado.

—¿Qué profecía? —preguntó el viejo bretón.

—El sacerdote que me educó, muerto hace ya muchos años, predijo que un día los mandanos tendrían por *sakem* un anciano de piel blanca.

—Lo habría soñado.

Viente Obeso era un gran sacerdote, que hablaba dos veces al mes con el Gran Espíritu.

—¿Y el buen Manítú le había dicho que un cierto Cabeza de Piedra, venido de lejanas tierras, sería precisamente ese *sakem* blanco destinado a vosotros?

—Así debe de ser.

—¿De modo que el jefe de vuestra tribu soy yo ahora?

—Has vencido al *sakem* rojo, a quien todos consideraban invencible, y todos, a partir de hoy, te obedecerán.

—¿Y si yo rehusase?

—Los guerreros te seguirían de todos modos dondequiera que fueses.

—¿Cuántos son?

—Más de quinientos.

—¿Bravos todos?

—Hemos vencido muchas veces a los algonquinos y también a los iroqueses.

—¿Tenéis barcas?

—La tribu tiene su campamento junto a un río que desemboca en el lago, y no podría pasarse sin barcas. Tiene muchas piraguas, capaces de montar cada una más de quince hombres.

—¿Está helado el río?

—Aún no.

—Manda traer todas las barcas a la desembocadura del río. Tenemos que combatir contra hombres blancos que tripulan navíos.

—¿Casas flotantes?

—Llámalas como quieras, me es lo mismo. Di a los guerreros que acampen por ahora, pues no reanudaremos la marcha hasta que salga el sol.

—¿Y tus compañeros?

—¡Por cien mil campanarios! ¿Querías que los atásemos al palo del tormento? Son todos ellos parientes míos, muy valerosos. ¡El *sakem* soy yo, y basta! Sabré hacerme obedecer mejor que el Oso de las Cavernas. Y dime, ¿no tendrías alguna tienda para mí?

—Haremos levantarte una en seguida, gran *sakem*. También traeremos fuego, víveres y tabaco para ti y para tus parientes.

Cabeza de Piedra señaló hacia un dilatado grupo de altísimos pinos negros y dijo al sacerdote:

—Te aguardo allá. Estoy cansado de tanta nieve. Mis guerreros enterrarán el cadáver de su difunto caudillo donde su cuerpo no pueda ser destrozado por los picos de las águilas blancas y de los dragones, o devorado por los lobos. Vuelve pronto.

Diciendo esto recogió la carabina, pendióse al cinto el *tomahawah*, que valía tanto o más que su hacha, y con sus compañeros se dirigió rápidamente hacia el grupo de pinos para ponerse a cubierto de los remolinos de nieve, que no cesaban un solo momento.

Cinco minutos después, veinte guerreros, guiados por el curandero, llegaron a todo correr llevando sobre sus hombros grandes rollos de cortezas de abedules y estacas.

Los indios canadienses no hacen uso de tiendas de piel. El verdadero wigwan cónico, refugio característico de todas las demás tribus del Oeste, es desconocido entre ellos, a pesar de que anualmente matan un gran número de bisontes; pero de sus gigantescas pieles no se sirven sino para hacerse capotones o tapices.

(Continuará en el número próximo.)



# COLABORACION INFANTIL



PINOCHO derrota a todas las revistas de niños.



El boxeador le estropeó la nariz a Pinocho, pero nuestro amigo le mandó un mes al hospital.  
JOSÉ GONZÁLEZ Y PORTILLO.



Las casas de mis muñecas.  
MATILDE FIGUEROA.  
Nueve años. Salamanca.



¡Yo quiero un globo!  
MARÍA MATA.  
Ocho años. Madrid.



Si no te quitas de ahí, te hago trizas la nariz.  
CONCHITA ORIA.  
Siete años. Santander.



—¿Le hago la cuenta detallada, o en globo?  
—Hágala detallada; en globo subiría demasiado.  
PABLO PÉREZ.  
Doce años. Valladolid.



—El señor salió esta mañana...  
—Vengo a pagarle una deuda...  
—Y regresó en seguida.  
CONSUELO ALONSO.  
12 años. Madrid.



Un loco.  
ANTONIO M.<sup>a</sup>  
VEGA DE  
SROANE.  
Once años.  
San Sebastián.



La luna me tiene celos porque yo soy suscritora de PINOCHO y ella no. — JOSÉ MARÍA.  
10 años. Madrid.



Fíjate ese tío qué manera de meter la pata.  
A. PELLICER.  
Madrid.



Mora.  
ENRIQUE YAQUE.  
Once años. Ceuta.



Pilarín se levanta el domingo a las ocho para oír su misa y comprar PINOCHO.  
PEPITA VALLIVZ.  
Madrid.



Mi hermana Pepita y su amiga.  
SALVADOR ROCA VALIS.  
Ocho años. Barcelona.



—¿De manera que te vas, amigo elefante?  
—Han demandado mis servicios en una banda de música para tocar la trompa.  
ISIDRO ARCOS.



Mi perro lobo.  
JUAN GUKLBNZU.  
Diez años. Madrid.



—Déme usted un libro.  
—De qué autor?  
—De cualquiera.  
Es para sentarme encima.  
PEPITA LEBCHUNDI.  
Once años. Bilbao.

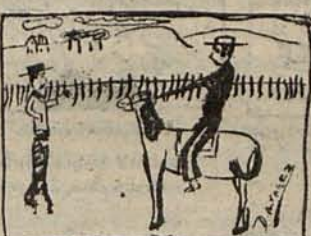


—¡Hombre, qué contento vas!  
—Es que se ha muerto mi suegra.

JOSÉ DE LA TORRE.  
Trece años. Cazorla.



—Diga. ¿Cuántos años tiene?  
—Yo? Verá usted: Cuatro y veinte años.  
—Serán veinticuatro años.  
—No, señor; yo cumplí primero cuatro años y después veinte.  
ROBERTO LEBCHUNDI.  
Siete años. Bilbao.



—Este caballo «tié» un defecto: cojea.  
—Hombre, eso no se le nota más que cuando anda.

D. ALVAREZ.



—¿Por qué no te limpias con el pañuelo?  
—Porque me da lástima de ensuciario, mamá.

ISABELITA BANAMONDE.  
Nueve años. Madrid.



Mi mejor amigo.  
CONCHITA ORIA.  
7 a. Santander.



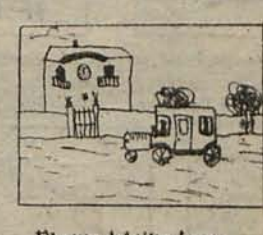
Los muñecos de mi hermano.  
W. MARQUÉS.  
Once a. Barcelona.



—Vamos a ver, Juanito, dime un ave de corral.  
—La langosta.  
JUAN M. HERRERA.  
7 a. Vitoria.



Quinito sacando los pasatiempos de su amigo Pinocho.  
IOAQUINITO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ.  
Nueve años. Ceuta.



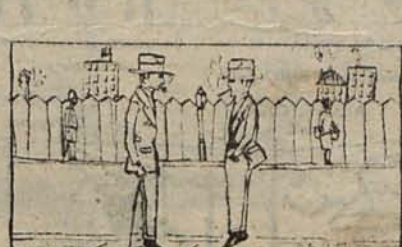
El auto del tío Juan.  
FERNANDO DÍAZ.  
Gerona.



—Niña, ¿por qué lloras así?  
—Porque no sé de otra manera.  
MARÍA ALONSO.  
10 a. Madrid.



De gusto me vuelvo chocho cuando recibo PINOCHO.



—¿Cuáles son los fabricantes más embusteros?  
—Los de gaseosas, porque en cada botella meten una bola.

ERNESTO RANERO.  
Doce años. Madrid.



—¿Dejaron sus tarjetas esas señoras?  
—Querían dejarla, pero yo les dije que no recibíamos limosnas.  
CARLOS GARCÍA DÍAZ.  
Madrid.

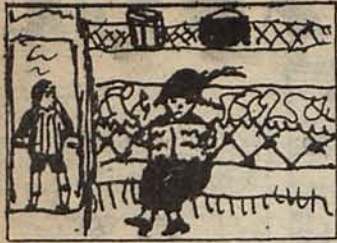


El ladrón: Altoo...  
El alpinista: ¿Más de lo que estoy?  
C. G. D.  
Madrid.



—¿Da V. su permiso?  
Cabo: —No se dice permiso, sino permiso, permiso, permiso. ¿te has enterado?  
—¿Da V. su perrrrmiso?  
Cabo: —¡Aparente!





—Mamá, ¿qué estación es esa que acabamos de pasar?  
—No sé; déjame leer.  
—Pues vas a tener que enterarte, porque se me ha caído tu bolsillo.

CHOLA MÉNDEZ.



Dónde vas con tantón de manila...  
JOSEFINA MANDÍA.—Doce años. Pontevedra,



Mi muñeco Estelán.  
CARMEN DEL BUSTO.—Doce años. Madrid,



—¿Qué te ha parecido el PINOCHO de esta semana?  
—¡Admirable! Mira si me habrá gustado, que lo he devorado en un instante.

GALVE.

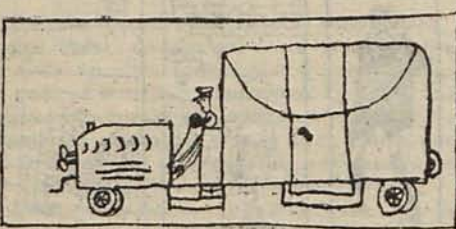


En buena lid ve hasta un tocho no hace «goal» Ruhr a Pinocho.

CHUNCHA.

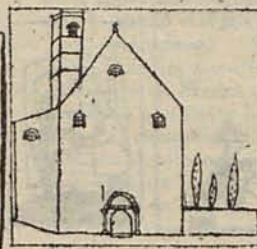


¡Llora porque no la compran PINOCHO!  
JOSÉ MARÍA.—Diez años. Madrid.



Mi automóvil.

ANGEL ANDRÉS.—Doce años. Madrid.



La iglesia a la que va Don Tancredo.  
BEATRIZ BIGORRA.—Once años. Madrid.

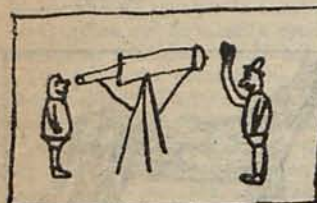


Una estrella de varietés.

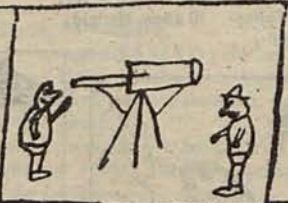
JULITA MUÑOZ.—Nueve años. Ceuta.



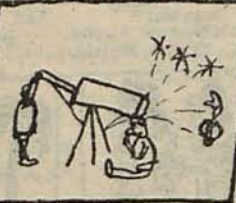
El molino de mi tío.  
RAMÓN BIGORRA.—Trece años. Madrid.



Juan quiere mirar por el telescopio, pero Pablo no le deja.



—Mira; como no me dejes ver las estrellas, me las vas a pegar.



—Pues míralas... ¡paf!

ALBERTO MAGUA.—Doce años. Madrid.



—Oye, esa verdulera tiene dos clases de tomates: los de la banasta y los de... las medias.

ISABEL MOLINELLI.



Un soldado de la antigüed d.  
JOSÉ ANTONIO SALVÁ.—Siete años. Barcelona.



Un tocador de casa pobre, pero con cubo y aguardiente.

JAIME MILANS.—Diez años. Madrid.



—Oye, chico, ¿por qué no vas a la escuela?  
—¿Pa qué, si no sé leer?  
ANATOLIO DÍAZ.—Catorce años. Valdeverdeja.



Mi amiguito Pinocho.

AMALIA BAQUÉ XIMÉNEZ.—Cuatro años. Zaragoza.



Monumento a Pinocho.  
ANTONIO PASTOR.—10 años. Alicante.



El carro de trigo del tío Perico.

JOSÉ BERMEJO.—Once años. Cintruénigo.



Pinocho en terrible batalla contra Chapete.

JULIÁN GIL.—Nueve años. Madrid.



El colmo de guarda-meta. Parar un tren.

JOSÉ GONZÁLEZ Y PORTILLO.—Guantánamo (Cuba).



Mi amiguita Carmen con su carrito.

MARÍA CAMPOMANY.—Diez años. Barcelona.



El moro del carbón.

JOAQUINITO GONZÁLEZ.—Nueve años. Castillejos (Ceuta).



Lulú y su amiga Pepita se pelean por una muñequita. Pero pasa un caballero, se rompe la muñeca, y las niñas caen al suelo.

AURORITA FERNÁNDEZ.—Diez años. Jaén.



—¿Cuánto valen seis retratos?  
—Tres pesetas.  
—Pues vaya usted haciéndolos mientras voy a recaer.

JUAN MANUEL ARROYO.—Doce años. Talavera.



—¿Quieres que juguemos a las siete y media?  
—No, porque a esa hora tengo que hacer.



—Oye, Manolín, ¿qué periódico es ese tan bonito?  
—¿No lo conoces? Pues el PINOCHO.

AGUSTÍN CASAS.—Madrid.



Si quiere escaparse se va a ver negro.

ANTONIO PARDO.—Zaragoza.



¡Atrás... villano!

CHOLÍN.



Mi gatita.

AGUSTÍN SÁIZ.—Nueve años. Baeza.



Mi alegre Pierrot.  
A. VILDÓSOLA.—Doce años. San Sebastián.



Mi prima Luisita saltando a la comba.—CARMEN LASARTE.—6 años. Zaragoza.



La casa de mi amiga Rosa.  
EMILIA REY.—Doce años. Madrid.



El tren expreso Barcelona-Madrid.



Pepito estaba haciendo gimnasia, pero...

JUAN MARQUÉS.—Doce años. Barcelona.



# PINOCHO DEPORTISTA

## CRÓNICA

*Situación del fútbol español en relación con los demás países.*



Solamente ahora, cuando con nuestras victorias internacionales hemos borrado algo nuestro fracaso en la Olimpiada de París, nos es permitido hablar de fútbol.

Nada mejor que una Olimpiada para fijar los valores deportivos de cada nación, y la de París marcó los del mundo, a excepción de nuestra brutal eliminación del torneo futbolístico.

Hoy sólo vamos a hablar de este deporte.

Egipto envió un equipo excelente, fué la sorpresa, nada se sabía de la calidad futbolística de los descendientes de Tutan-kamen y por la forma con que batieron a Irlanda quedaron acreditados como buenos jugadores.

Un defensa sobre todo, Salem, nos produjo una impresión tan fuerte, que no dudamos en colocarlo en un equipo selección terrestre que lucharía con el Saturno F. C., equipo que seleccionamos *Rubrik* y el que esto firma.

Bueno y rápido era el equipo; pero creemos que sucumbiría fácilmente ante la selección española.

Se presentaron a la Olimpiada los Letones, los Polacos, los Lituanos, los Yugoslavos, los Estonianos, los Luxemburgueses y alguno más; eran unos verdaderos turistas, como se dice en el *argot* futbolista. Cualquier club de primera categoría español los hubiera vencido fácilmente. Así fueron todos ellos sucumbiendo con tanteos aterradores, 8-0, 9-0...

Italia hizo un buen partido contra nosotros, su ataque no fué nunca peligroso, aunque rápido; pero su juego defensivo les salió perfecto, ayudados por una suerte extraordinaria y por un árbitro que no quería pitar los penaltys.

Eso tuvo como consecuencia que en los últimos momentos os italianos empujasen descaradamente, dentro del área y con las manos a nuestros jugadores, que de ese modo no pudieron marcar tanto alguno a pesar del embotellamiento final.

Eso no quiere decir que los nuestros no jugaron horriblemente mal, rompiendo la línea media, el medio centro, y la delantera, el interior izquierda que se resentía de una herida en una pierna.

Les fué luego fácil a los azules el derrotar al equipo de Luxemburgo, equipo como hemos dicho, de segundo orden, siendo luego vencidos por Suiza después de un partido bastante igualado.

El juego de la Europa Central estuvo representado por Tchecos y Húngaros. Rápidos los Húngaros, no demostraron ser cosa mayor. Vencieron fácilmente a Polonia, dada la mala clase de este equipo, y sucumbieron al encuentro siguiente.

No creemos que éste fuera un once temible para el nuestro.

Los Tchecos jugaron con muy mala suerte dos partidos contra Suiza. El arbitraje les perjudicó considerablemente, expulsándoles al delantero centro del campo.

Les ganó el partido a los Suizos el pequeño Abegglen, que hizo un *match* colosal, bien secundado por medios y defensas.

Los Tchecos tuvieron desgracia; pero se vió de vez en cuando los destellos de esa técnica de pase corto y juego por bajo que tantas victorias les ha dado y les seguirá dando hasta que los demás equipos se decidan a imitarles.

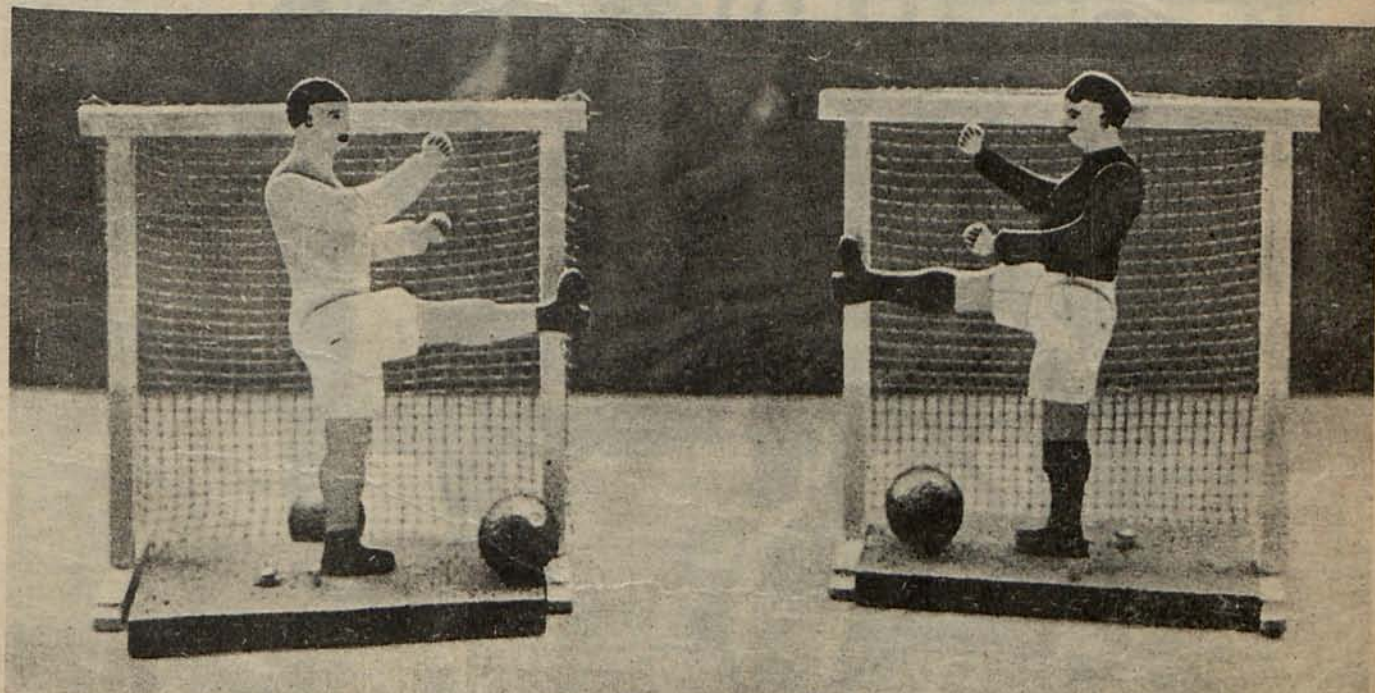
Muy reñido y muy incierto sería el resultado de un partido España-Tchecoslovaquia.

El juego del Norte estuvo representado por Suecia, Bélgica y Holanda.

La impresión que produjeron los Suecos en su partido contra Bélgica, en el cual derrotaron a los campeones de la Olimpiada de Amberes por 8-1, fué imponente. Salimos del campo cuantos presenciámos el partido convencidos de que serían los campeones olímpicos de París.

Todos individualmente y como conjunto se nos mostraron como jugadores extraordinarios. Kock, el extremo izquierda, es, sin duda, el mejor jugador del mundo en ese puesto. El solo marcó cuatro goals. Ryndel, el interior derecha, realizó un juego portentoso. Todo el equipo se lució. Su técnica era de pase corto y preciso.

Sin embargo, en los otros partidos nos desilusionamos. Perdieron contra Suiza, a la que ganó el partido el pequeño Abegglen, que marcó dos tantos de dos arrancadas indivi-



Curioso juguete olímpico presentado en el Concurso Lepine, celebrado últimamente en París.



duales; pero no jugaron los Suecos como la otra vez. Tampoco nos convencieron en su partido contra Holanda por el tercer puesto del torneo, puesto que ganaron al fin.

Vencidos por nosotros en la Olimpiada de Amberes, no dejaría de ser duro para nuestro equipo el vencerlos en terreno neutral.

Holanda estuvo a punto de ganar el torneo; con eso queda dicho todo. Terminaron en la semifinal, el primer tiempo, con 1-0 a su favor, con el Uruguay. Debieron de marcar otro goal, que cuando parecía ya hecho dió en el larguero. Si lo marcan, los Uruguayos no hubieran vencido, ya que así lo hicieron en una prolongación después de haber terminado el partido empatados a 1.

Jugaron muy bien, dominando a los campeones en el primer tiempo, en el cual, con más suerte hubieran marcado más tantos.

Muy interesante sería un partido Holanda-España, aunque creemos en nuestro triunfo por mayor velocidad.

Bélgica, con jugadores viejos y desentrenados, produjo un efecto desastroso a los que la habían visto jugar hacía cuatro años.

Francia presentó un equipo que no mejoró en nada la opinión que se tiene de su potencia en ese sport.

América envió su lote. Nos referimos a la América del Sur: al Uruguay, por concretar más, ya que el equipo de los Estados Unidos no era cosa mayor.

El Uruguay mereció la victoria que consiguió.

Una línea de ataque formidable bien sacundada por un resto de equipo bueno. Un medio, el negro Andrade, de lo mejor que se ha visto, les dió el triunfo.

Reunieron en un grupo de atletas jóvenes la rapidez española y la técnica tcheca, y unieron a todo esto una penetración entre los jugadores, realmente asombrosa; es indudable que a eso contribuyó en gran manera la *tournee* que hicieron por España, en donde encontraron buenos equipos y malas selecciones, pero que todos les entrenaron considerablemente.

Eso nos lo pagaron con creces al ver su triunfo y oír cómo contestaban a las aclamaciones de los representantes del mundo entero, en castellano.

RAGDE.

## SEGUNDA PROCLAMA

Apenas lanzada nuestra primera proclama deportiva, una nube de cartas de adhesión nos prueba que hemos puesto el dedo en la llaga.

Pinochistas de toda España quieren formar equipos Pinocho. Vienen cartas de jugadores sueltos y vienen equipos completos ya. En esta sección iremos teniéndoos al corriente de cuanto haya.

A los Pinochistas que aisladamente nos han remitido sus nombres, señas y lugar en que quieren jugar en el equipo, les rogamos un poquito de paciencia. Iremos publicando nombres y demás condiciones, para que os vayáis reuniendo entre vosotros; y los que a pesar de eso se queden sin puesto, que no se apuren, que ya les citaremos nosotros y ultimaremos detalles.

Salud y *chuts*, Pinochistas, y hasta el domingo que viene.

PINOCHO

□ □ □



Escena curiosa.—Unos jóvenes ciclistas informándose de un itinerario en una calle de Londres.





Don Tururú sale del tren, y como es muy económico, para ir a la fonda, en lugar de ir en coche, se va la mitad a pie y la otra mitad andando. Pero al doblar una esquina se encuentra con un rata, que le da el alto con un rabuco. Don Tururú, viendo al rata que se agacha para coger el maletín, le pega un puntapié que le arroja de cabeza a la alcantarilla.  
CHOLÍN (JOSÉ SANDOVAL). Once años, Madrid.

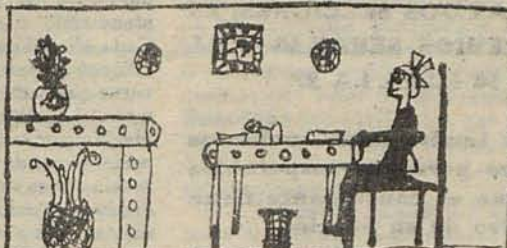
Dos amigos.  
MARÍA BAUSA.  
Nueve años, Madrid.

El señor Oxford.  
GUILLERMO A. DEL REAL.  
Nueve años, Madrid.



Pirula trabaja para entretener a los niños.

CARMEN KELLER.  
Diez años, Madrid.



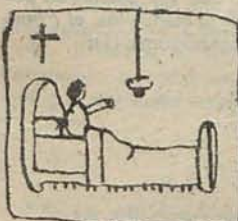
Pirula enseña a hacer pasteles.



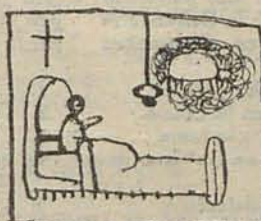
Luisita va de paseo.  
ELITA VILLASANTE.  
Diez años, Madrid.



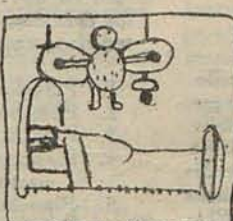
Un lector de PINOCHO.  
RAFAEL BUEÑO.  
10 años, Madrid.



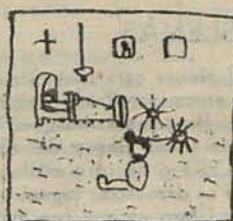
Después de mucho enre-  
se retira a descansar. [dar



Está toda su ilusión  
en ser de la aviación.



En alas de su deseo  
vuela en brazos de Morfeo.  
ALFONSO MAESE. Diez años, Cuenca.



Aterrizaje de la excursión  
con la propina de un cosco-  
[rrón.



Formidable directo a la mandíbula.  
TOMÁS GÓMEZ.  
Trece años, Talavera de la Reina.



Don Canuto, aficiona-  
do a perros, compra uno  
y está contento.  
JOSÉ PELAYO VELARDE. Once años, Santander.



Mas pronto se conven-  
ce de que ha sido vícti-  
ma de un timo.



Mi sobrina.  
A. GARCÍA.  
Once años, Madrid.



Pinocho, cazador de fieras en  
Africa.  
MARGARITA SARADIE.  
Siete años, San Sebastián.



¡Altoooo!  
MIGUEL MUÑOZ.  
Madrid.



Un niño.  
LUISITO DE LA CAMPA  
RODRÍGUEZ.  
Ocho años.



Este que ves en la silla  
es el fiero Pancho Villa.  
JUAN M. URRUTIA DELGADO.  
Siete años, Madrid.



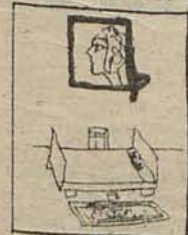
—¿En qué se parece uno que se  
afeita a un cortesano?  
—Pues en que va de corte en  
corte.



Don Nicanor va muy triste  
porque su sombra no existe.  
HAZAR MARTÍN.  
Diez años.



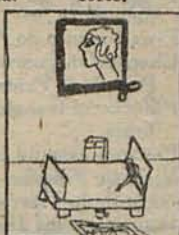
Un americano.  
MIGUEL TERNERO.  
Siete años, San Sebastián.



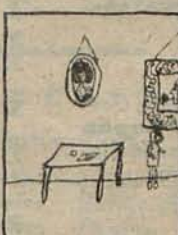
Marujita se ha acos-  
[tado,  
mas pronto la han des-  
[pertado.



Sonó el timbre es-  
[trepitoso,  
que le dió un miedo  
[horroroso.



Al teléfono han lla-  
[mado,  
que es lo que le ha  
[despertado.



1.º teléfono no en-  
[cuentro,  
voy a buscarle al mo-  
[mento.



Como se busca un  
[piñón,  
buscó por todo rin-  
cón.



—¿En qué se parece el arco iris a un  
guardia?  
—En que aparece después de la bor-  
rasca.  
C. PÉREZ GARCÍA. Nueve años, Sevilla.



Lo buscó hasta en el  
[fretete,  
cuando ya estaba en  
[un brete.



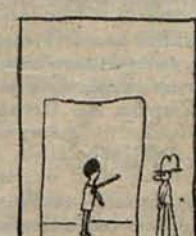
Encontrarlo no po-  
[día;  
en la casa no existía.  
JOSEFINA HERNÁNDEZ Y MATEOS.  
Once años, Toledo.



Cuando Dios ama-  
[neció  
fue cuando lo recordó.  
Y quedó perpleja  
[abriendo.



A la puerta fué co-  
[rriendo,  
y quedó perpleja  
[abriendo.



Era el vecino de al  
[lado,  
que se había equivo-  
[cado.



Zapatero remendón.  
JOSÉ ANTONIO MEDRANO.  
Diez años.



# Gran Serie de 9 Concursos permanentes

INFINIDAD DE PREMIOS SERÁN ADJUDICADOS POR LOS MISMOS PINOCHISTAS

**CADA UNO DE ESTOS CONCURSOS TENDRÁ DOS SECCIONES: 1.ª PARA PINOCHISTAS MENORES DE DIEZ AÑOS; 2.ª PARA PINOCHISTAS MAYORES DE DIEZ AÑOS. AMBAS SECCIONES SE PUBLICARÁN SEPARADAS, Y LOS PREMIOS SERÁN ADJUDICADOS POR MITAD ENTRE LAS DOS SECCIONES; ES DECIR, QUE SI HAY 100 PREMIOS, SERÁN 50 PARA LA 1.ª SECCIÓN Y 50 PARA LA 2.ª**

**Los Pinochistas premiados tendrán que enviarnos una certificación en la que personas respetables garanticen debidamente que el concursante tiene la edad exigida dentro de su Sección.**

PINOCHO, según anunciaba en su carta publicada en el número 17, ha organizado esta fastuosa y nunca vista serie magna de **Concursos permanentes**.

## 1.º, DE PROBLEMAS

Vuestro ingenio para encontrar *soluciones* está bien acreditado. Veamos ahora vuestro ingenio para encontrar *Problemas*, que publicaremos para que vuestros cofrades Pinochistas busquen la solución. Dichos Problemas pueden ser de todas clases: del estilo de los publicados hasta ahora en PINOCHO o de otro estilo; con dibujos o sin dibujos. Lo que hace falta es demostrar ingenio y hacer Problemas que interesen y diviertan. Claro es que con cada Problema tiene que venir claramente explicada y en *papel aparte* la solución correspondiente, que se publicará en números posteriores con el nombre de su autor. También hay que mandar con cada problema un **Cupón de Concursos**.

## 2.º, DE SOLUCIONES

Consistirá en buscar las *Soluciones* a los *Problemas* del concurso anterior y a todos los demás que se publiquen. Con las soluciones de cada número hay que enviar el **Cupón de Concursos**; de modo que para las soluciones a los Problemas del número 20, el Cupón del número 20; para los del 21, el Cupón 21, etc.

## 3.º, DE CHISTES ILUSTRADOS

Ya sabéis cómo son: un dibujo correspondiente a un chiste que le sirve de epígrafe o texto explicativo. El texto debe ponerse debajo del dibujo o al respaldo, nunca dentro del dibujo mismo. Al respaldo debe indicarse siempre el nombre, la edad y las señas del Pinochista, que se repetirán en el Cupón. Como mejor salen reproducidos los dibujos es haciéndolos con tinta china; pero podéis hacerlos con una tinta negra cualquiera que tengáis en casa; **nunca con lápiz ni en colores**. No olvidéis incluir en cada envío el **Cupón de Concursos**.

## 4.º, DE HISTORIETAS

Es decir, de una serie de dibujos unidos entre sí por una idea común con o sin el texto correspondiente. Las historietas tendrán no menos de dos ni más de ocho dibujos. Todo lo dicho para el Concurso de Chistes ilustrados debéis tenerlo por repetido aquí, incluso la advertencia sobre enviar siempre el **Cupón de Concursos**.

## 5.º, DE DIBUJOS

Los dibujos sueltos que no sean chistes entrarán en este Concurso, para el cual, como para todos, hay que enviar un **Cupón de Concursos** con cada dibujo y tener presentes las instrucciones dadas para el Concurso de Chistes ilustrados.

## 6.º, DE CHISTES sin ilustrar.

Cada chiste debe venir con un **Cupón de Concursos**.

## 7.º, DE CUENTOS ilustrados o sin ilustrar.

Los cuentos deben enviarse escritos por una sola cara del papel y no tener más de 2.000 letras. Si enviáis ilustraciones para el cuento, mandadlas en papel aparte y nunca con lápiz ni en colores. Con cada cuento hay que enviar un **Cupón de Concursos**.

## 8.º, DE COLORIDO

Publicaremos dibujos de los libros de la *Serie Pinocho contra Chapete*, reproduciéndolos en negro. Como todos tenéis esos libros de *Pinocho contra Chapete*, podéis copiar de ellos los colores que debéis usar para iluminarlos. El concurso consistirá en iluminar los dibujos que publiquemos en forma lo más igual posible a los colores

con que los mismos dibujos están publicados en la *Serie Pinocho contra Chapete*.

## 9.º, DE LOS PINOCHOS MAS BONITOS

Todos habéis leído la *Serie Pinocho contra Chapete*. Y todos los episodios de esta *Serie* incomparable os interesan y os divierten; pero unos os gustarán más que otros. ¿En qué orden los pondríais, atendiendo a vuestro gusto? En esto consistirá este Concurso. Cada Pinochista nos enviará la lista de la *Serie Pinocho contra Chapete*, ordenada según sus preferencias. Nosotros sumaremos los votos que cada episodio haya obtenido para cada puesto de la lista, y con el resultado daremos la lista definitiva, según el orden establecido por votación. El *quid* está en adivinar cuáles van a ser las preferencias de los Pinochistas y redactar la lista según esas preferencias (o enviar varias listas, cada una con su **Cupón**) con varios órdenes de colocación diferentes para tener más probabilidades de acertar. Los premios serán para los Pinochistas que nos envíen listas más parecidas a la lista obtenida por la votación general. Si varios Pinochistas envían listas iguales y son más dichas listas iguales que los premios, éstos se sortearán.

Orden en que se han publicado los episodios de la *Serie Pinocho contra Chapete*:

Orden en que los colocarías, según sus preferencias, el Pinochista concursante (1):

- |   |     |
|---|-----|
| 1. Pinocho, Emperador.                            | 1.  |
| 2. Pinocho en la China.                           | 2.  |
| 3. Pinocho en la Luna.                            | 3.  |
| 4. Pinocho en la isla desierta.                   | 4.  |
| 5. Pinocho, detective.                            | 5.  |
| 6. Pinocho al Polo Norte.                         | 6.  |
| 7. Pinocho en el fondo del mar.                   | 7.  |
| 8. Pinocho en la India.                           | 8.  |
| 9. Pinocho I, «el Cigüeño».                       | 9.  |
| 10. Pinocho en el país de los hombres gordos.     | 10. |
| 11. Pinocho en el país de los hombres flacos.     | 11. |
| 12. Pinocho, inventor.                            | 12. |
| 13. Pinocho, domador.                             | 13. |
| 14. Pinocho en Jauja.                             | 14. |
| 15. Chapete reta a Pinocho.                       | 15. |
| 16. Pinocho bate a Chapete.                       | 16. |
| 17. Pinocho, Chapete y los Reyes Magos.           | 17. |
| 18. La ofensiva de Pinocho.                       | 18. |
| 19. Pinocho y la reina Comino.                    | 19. |
| 20. Chapete, cazador de cabelleras.               | 20. |
| 21. Pinocho en Babia.                             | 21. |
| 22. Las jugarretas de Chapete.                    | 22. |
| 23. El falso Pinocho.                             | 23. |
| 24. El triunfo de Pinocho.                        | 24. |
| 25. Chapete, invisible.                           | 25. |
| 26. Chapete en la isla de los Muñecos.            | 26. |
| 27. Pinocho hace justicia.                        | 27. |
| 28. Pinocho, futbolista.                          | 28. |
| 29. Chapete quiere ser héroe de cuento.           | 29. |
| 30. El nacimiento de Pinocho.                     | 30. |
| 31. Chapete en guerra con el País de la Fantasía. | 31. |
| 32. Pinocho se transforma en bruja.               | 32. |
| 33. Pinocho caza un león.                         | 33. |
| 34. Viaje de Pinocho al Centro de la Tierra.      | 34. |
| 35. Pinocho y los tres pelos del mago Filomén.    | 35. |

(1) Escribanse en los huecos en blanco todos los títulos de la serie por el orden en que los prefiera. También se puede escribir la lista en otro papel.

Nombre y señas del votante.....

## CONDICIONES COMUNES A TODOS LOS CONCURSOS

1.ª Cada Concurso tendrá dos secciones: PRIMERA SECCIÓN, para niños menores de diez años. SEGUNDA SECCIÓN, para niños mayores de diez años y menores de catorce. Todo envío que no indique la edad de su autor, será rechazado. Todo autor que no diga su edad verdadera, será descalificado. Para recibir un premio será condición precisa acreditar la edad requerida para la Sección correspondiente y acreditar igualmente ser el verdadero



autor del trabajo. Por ambas cosas se exigirá una declaración escrita, en la que una persona respetable las garantice.

2.º Cada envío de cada **Concurso** deberá venir con un **Cupón de Concursos**. Se rechazarán todos los envíos que contengan más de un trabajo y un solo **Cupón**, aunque los trabajos sean para **Concursos** distintos. Es decir, que si mandáis **tres** trabajos para **un** solo **Concurso**, habéis de enviar **tres Cupones**; si enviáis **un** trabajo para cada **Concurso** (total, **nueve**) debéis enviar **nueve Cupones**. Esta exigencia de los Cupones, que no tendremos más remedio que llevar a rajatabla, tenéis que comprender que es necesaria, porque si no se pone alguna restricción, el gran montón diario de envíos se convertiría en terrible y aplastante montaña; nos volveríais completamente locos y además no podríamos nunca publicar una cantidad tan formidable de cosas. De nada serviría admitirlo todo venga como venga y publicar sólo una pequeña parte. Mejor es que el **Cupón** os obligue a enviarnos sólo lo que esté mejor, y tener la seguridad de que estando bien se publicará. **Hacemos excepción para los suscritores**, que tendrán el privilegio de poder enviar **un** trabajo para cada **Concurso** con **un** solo **Cupón** (o sea **nueve** trabajos *diferentes*, destinado cada uno de ellos a un **Concurso** distinto, con **un Cupón** para todos). Pero no podrán enviar con un solo **Cupón** más de un trabajo para cada **Concurso**; es decir, que si un suscriptor quiere enviar **dos** dibujos, tiene que enviar **dos** Cupones; **tres** Chistes, **tres** Cupones; **un Chiste**, **un Cuento** y **un Problema**, puede mandarlos **el suscriptor** con **un Cupón** para los tres envíos ( viniendo juntos con el **Cupón**, naturalmente), mientras que el que no sea suscriptor debe enviar **tres Cupones**.

3.º Con los envíos para **Concursos** no debe enviarse ninguna otra cosa independiente de ellos.

4.º El hecho de tomar parte en estos **Concursos** implica la aceptación de todas sus condiciones y la renuncia a toda reclamación por cualquier concepto. No se devuelven los originales.

## PREMIOS

1.º La adjudicación de premios se hará en dos formas: I. Por votación de los mismos Pinochistas en aquellos **Concursos** que permiten hacerlo así, y que son: *Problemas, Chistes, Dibujos sin texto, Chistes ilustrados, Historietas, Cuentos*. II. Por decisión del Jurado de PINOCHO en los **Concursos** que no se prestan a la votación y que son los de **Colorido**, de **Soluciones** y de **Los PINOCHOS más bonitos**.

2.º La adjudicación de premios por votación se hará en la siguiente forma: En el último número de cada mes publicaremos seis *Boletines de votación*, que cada Pinochista deberá llenar, indicando en ellos cuál es, a su juicio, el mejor envío que de cada uno de los seis **Concursos** sujetos a votación se ha publicado durante el mes. La votación estará abierta durante sesenta días (para que puedan votar los Pinochistas americanos). Dentro de los quince días siguientes a la clausura de la votación mensual, se hará el escrutinio y se publicarán sus resultados.

El Pinochista que haya obtenido más votos dentro de cada **Concurso** y **Sección** recibirá el premio correspondiente al mes. Como son **6 Concursos** y cada uno tiene **dos Secciones**, serán **12 premios cada mes**, sólo para estos tres Concursos. Los premios consistirán en libros de *Cuentos de Calleja*. Los demás Pinochistas que hayan obtenido votos para el premio tendrán *Mención honorífica*, publicándose su nombre en PINOCHO, lo cual, además, les hará acreedores a que publiquemos su retrato cuando nos lo envíen y tengamos sitio para ello.

3.º **Premios para el Concurso de Soluciones**.—El Jurado de PINOCHO examinará cada tres meses las que haya recibido y concederá **dos premios** para cada **Sección** (o sea **cuatro**

en total), para las **cuatro** mejores Series de Soluciones que recibamos. En el mes de marzo de 1926 se sortearán otros **cuatro premios** entre todos los Pinochistas que nos hayan enviado la Colección completa de Soluciones bien hechas a todos los problemas publicados durante el año 1925. Las soluciones deben enviarse por números, es decir, todas juntas las de un número y separadas (en sobre distinto) las de números distintos.

En este **Concurso**, por excepción, no hace falta un **Cupón de Concursos** para cada Solución, sino **un Cupón de Concursos para la Solución de cada número**.

4.º **Premios para el Concurso de Colorido**.—Entre todos los que envíen para este **Concurso** (cada dibujo con su **Cupón de Concursos**) dibujos que reproduzcan bien los colores de los originales, sortearemos **cuatro** trajes de Pinocho (**dos** para cada **Sección**), y luego publicaremos el retrato de los cuatro coloristas, vestidos de Pinocho. Además sortearemos libros de cuentos por valor de **doscientas pesetas** (**cien** para cada **Sección**) entre todos los que presenten dibujos con colores bien copiados. Oportunamente anunciaremos la clausura de la 1.ª Serie de este **Concurso** y del siguiente, que tendrán varias, si os gustan, como esperamos.

5.º **Premios para el Concurso de los Pinochos más bonitos**.—Los premios serán **ciento** (**cincuenta** para cada **Sección**), y los cuatro primeros serán colecciones de la *Serie Pinocho contra Chapete*, encuadradas en tela y con el nombre del Pinochista premiado, estampado en la tapa con letras de oro.

6.º **Premios extraordinarios**.—I. A fin de año organizaremos un sorteo extraordinario para adjudicar **cuatro premios importantes** entre todos los que durante el año hayan obtenido premios o menciones honoríficas en esta **Gran serie de Concursos permanentes**.

II. En Navidad se organizará un **Gran sorteo de regalos** espléndidos. Para ese sorteo recibirá:

100 Números cada suscriptor a PINOCHO.

100 Números cada Concursante que haya obtenido premio o mención honorífica a la **Gran serie de Concursos permanentes**.

100 Números cada autor de un trabajo publicado en la **Gran Serie de Concursos permanentes**.

Es decir, que los premiados en estos Concursos, recibirán 100 números como autor de trabajo publicado, más 100 como autor premiado; total, 200; y si, además, es suscriptor, 100 más, o sean **300 Números** para el **Gran sorteo de regalos de Navidad**.

# PINOCHO

## CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NÚM. 19

El Pinochista D. ....

de ..... años, y cuyas señas son .....

remite un trabajo para el Concurso de ..... (1).

Fecha ..... (Si es suscriptor, poner el número .....)

(1) Indicar el que sea de los **nueve**. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

# SEGUNDA SERIE DE CONCURSOS

## ACCÉSITS

(Continuación).

Maria Dolores Frias Dendariarena (Pamplona), Antonia Cabeza (Oviedo), Lolita Rodríguez y Juliá (Barcelona), Rafael Piñeiro (Madrid), Matilde Cabello (Málaga), Carmelo Lacuesta (San Sebastián), Carmen Barán (Carabanchel Alto, Madrid), Rosario Montojo, Arturito Azpeitia (Teruel), José Luis Herrero y Herrero (Santander), Trini Gros Molins (Málaga), Fernando Riera y Aisa (Barcelona), Luis Bermejo, María Regina Sarabia (Madrid), Salvador de la Rúa (Peñaranda de Bracamonte), Luis Maney (Madrid), Mateo Sánchez (Daimiel, Ciudad Real), Jaime Wallace Pitaluga (Málaga), Juanito Navarro Hernández (Madrid), M. Villarroja (Zaragoza), Juan Martínez Vara de Rey, Enrique Cala Martín (Madrid).

Carmencita y Emilio Manéu (Bilbao), Mariano del Fresno, Colín de Ponte (San Fernando, Cádiz), Diego Merlo (Madrid), Ant. M.ª Fernández de Landa (Vitoria), José Ramón Díaz (Colunga, Oviedo), María Luisa Basarán (Madrid), Eduardito Bello Masip (Vigo), María y Josefina Aguirre Gómez (Cabezón de la Sal), Vicente Lillo Fries (Alicante), Angelita Ortiz Castrillo (Manresa).

María del Pilar Martín (Muriedas, Santander), Eloisa González del Valle (Madrid), Mercedes Laffitte (Sevilla), G. García Bravo (Palencia), R. Otaño Huertas, Julio Fernández (Madrid), Pilar González Gómez (Sevilla), Joaquín de la Cámara, José Andréu Settler (Valencia), Eusebio López García (Osuna), Manuela Cancio Espa-

ña (Madrid), Pilar Monge (Madrid), C. Martínez Guijarro, José Luis Revilla (Sevilla), Encarna López Pastor (Granada), Carlos Ferrero Andrés.

Magdalena Sofía Cantilo (Sevilla), Santiago Valenzuela, Luis de Guinea (Madrid), Eugenio María Cobos (Madrid), Elpidio M. Calvo (Palencia), Demetrio E. Valdés (Panamá), Paquito Salinas Vegazo (Málaga), Carmelita Peralta (Sevilla), Lolita Díez de Rivera (Madrid), Anunciación Pérez González (Madrid), Luis Fernández (Almería), Alfredo Selmeze (Pilbao), Carmen del Busto (Madrid), Manuel Ordovás (Guadalajara), Matilde Baeyens (Granada), Pepa Cuenca Romero (Madrid), María Rosita Fabrè y Tovar (La Garriga, Barcelona).

Victoria Zugasti (San Sebastián), Jacinto Linacero (Navarredonda de la Sierra, Avila), José Pedro Ropero Iglesias (Soria), F. Arcos (Madrid), Juanito Díez Escolan (Madrid), Joaquín Díez Canedo (Madrid), T. Bravo (Mérida), I. Lorenzo (Lugo), Teresita Lozano (Madrid), Kiki (Madrid), Manolo Cano (Alcoy, Alicante), José Mari Celis (Villacañas, Toledo), María Angeles Ibañez (Bilbao), A. Trocoñiz (Miranda de Ebro), José Ronchetti (Madrid), A. P. T., Rosa Bendala Lucot (Ceuta).

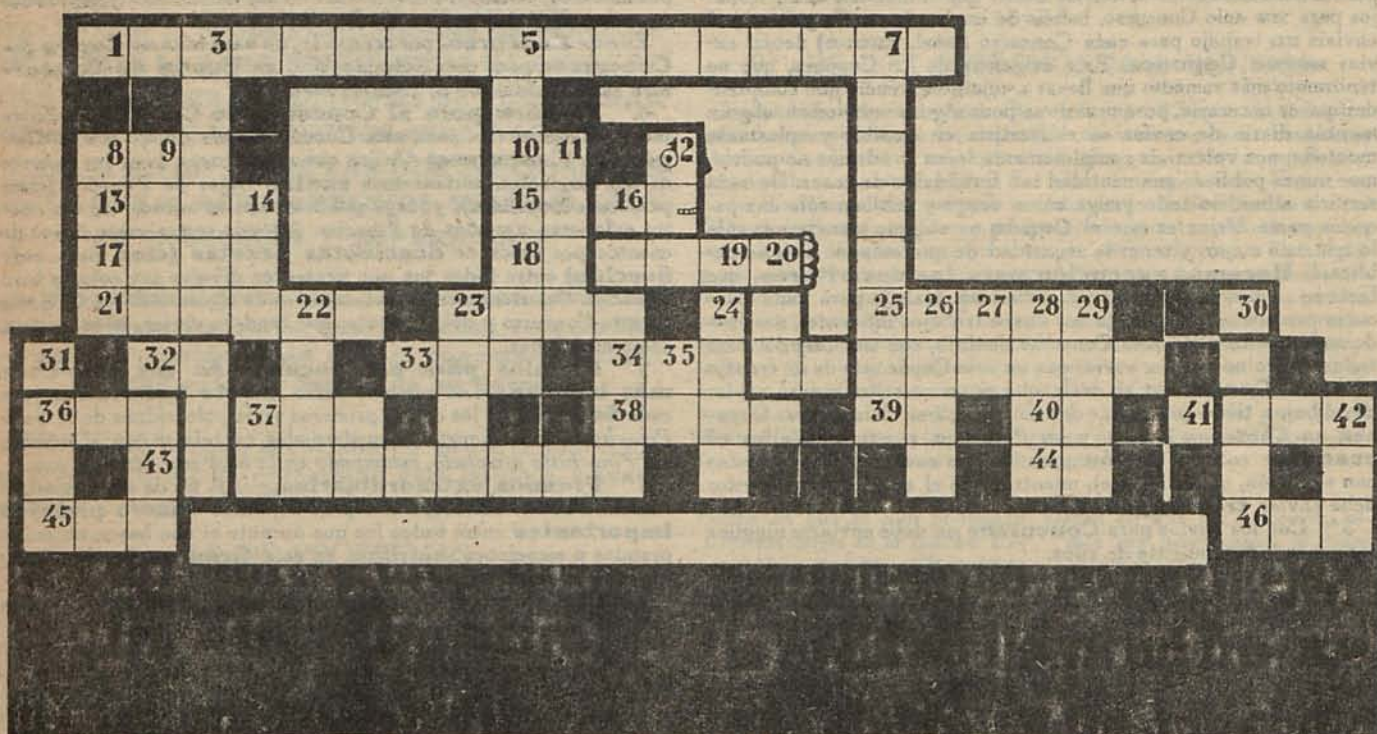
(La lista de Pinochistas premiados continuará en el número próximo.)



# CONTINUACION DE NUESTROS CONCURSOS

## ANTERIORES

### PALABRAS CRUZADAS



### LISTA DE INDICACIONES

#### HORIZONTAL

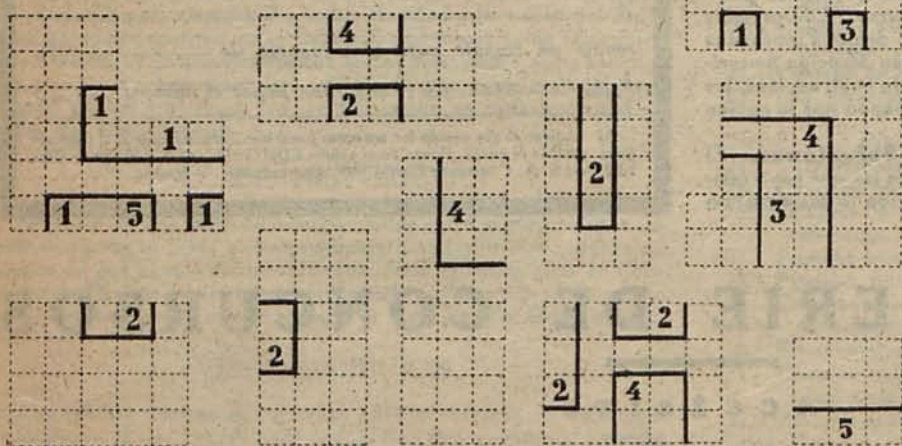
1. Sin darse cuenta.—8. Imperativo de verbo.—10. Pro-nombre.—13. Paseo.—15. Pronombre.—17. Número.—18. Desafiado.—21. Género de araña.—23. Pasaporte.—24. Artículo.—25. Flor.—32. Sociedad Anónima (Abre).—33. Por.—34. Para hacer pan mañana.—36. Agujereado con una H antes.—38. Ciudad en Estados Unidos?—39. Población en Galicia.—40. Carta en la baraja.—41. Edificación.—43. Las que están mandando.—44. Conozco.—45. Anillo.—46. Agua corriente.

#### VERTICAL

3. Castigado.—5. Dar a saber.—7. Atontada.—8. Indica-ción.—9. Color de Rosa.—11. Tiempo de verbo.—12. Ani-mal.—14. El macho del doce vertical.—19. Hallar.—20. Pro-cedimiento de pintar.—22. Fui capaz.—23. Da vueltas.—26. Usado en Méjico.—27. Editor (Abr).—28. Especie de guantes.—29. Marcharse.—30. Refrescarse.—31. Una espe-cie de rabo.—35. Exclamación.—37. Anno Mundi.—42. Pre-ceptar.

### LOS CUADROS

Podrás pasar el tiempo, amigo Pino-chista, formando con esas diez figuras que ves ahí separadas, un cuadrado per-fecto. Si operas con cuidado, llegarás a construir, dentro de ese cuadro, siete figu-ras irregulares, limitadas cada una de ellas por las líneas gruesas que ahora ves se-paradas. Pues bien: esas siete figuras con-terdrán varios números, y tú has de ha-cer que la suma de estos números sea igual, precisamente, al número de cua-draditos, limitados por las líneas de pun-tos que haya en cada figura. Es decir, si una de estas siete figuras contienen los números 6 y 3, el número de cuadradi-to de aquella figura será, por consiguiente, 9. Todo es cuestión de cálculo; todo se re-duce a encajar bien, con cuidado sumo, las diez piezas que ves ahí al formar el cuadrado.

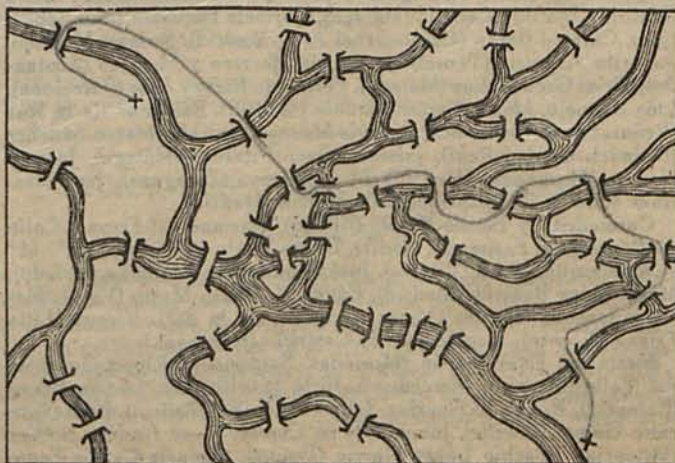


### LOS PUENTES

Queridos Pinochistas: aquí tenéis un campo surcado en dis-tintas direcciones por infinidad de ríos, o mejor dicho, por brazos de un mismo río; estos campos suelen llamarse ester-os; pues bien: si os encontrarais en uno de estos esteros, en la parte señalada con una cruz, y tuvierais que ir al sitio opuesto, señalado con la otra cruz, ¿por qué puentes lo ha-ríais?

Tened en cuenta que en estos puentes hay un hombre en cada uno, que os cobrará un impuesto por atravesarle; por lo tanto, como en este mundo hay que ser económico, hay que estudiar la manera de pasar por el menor número de puentes posible.

¿Cuántos atrave-riais?



CUPÓN 19

Concursos anteriores PINOCHO





Pinocho, entrenándose para boxeo.

ALFONSO GIL  
Once años. Madrid,

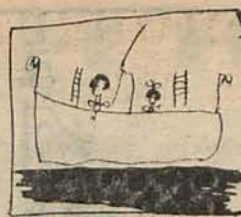


La señora.—¿Y qué, habla?  
El vendedor.—Todavía no,  
pero escucha admirablemente.

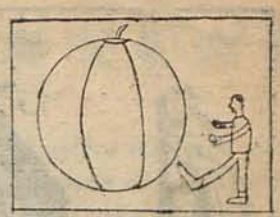
CARLOS G. DÍAZ  
Madrid,



Jarrón con flores.  
RAFAEL CALLEJA  
GONZÁLEZ-CAMINO  
Madrid.



Un barco de viajeros.  
MARÍA TERESA ORTEGA  
Ocho años.



¿Qué pesada me resultó esta  
pelota!  
MAGDALENA S. COUTILLO  
Sevilla.



—Pero, hombre, ¿dónde vas tan de  
prisa?  
—¿No sabes que soy del 14 ligero?

JOSÉ RODRÍGUEZ  
Trece años. Madrid.



—Yo tengo todos los dientes sa-  
nos. No tengo ninguno estropeado.

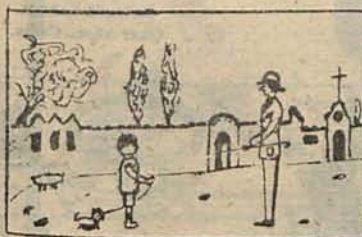
—Mamá, el gato ha roto tu  
dentadura postiza.

MARÍA TERESA URRUTIA  
Diez años. Valladolid.



El chucho y el cazador  
salen de caza sin temor.

PACO SCHULZE  
Once años. Bilbao.



—Si me dices una mentira, te daré una  
peseta, niño.  
—¿No me dijo usted que me iba a dar  
dos?

ALVARO LINARES RIVAS  
Once años. Toledo.



—Toma dos pesetas  
y cómprate un bozal.  
—Yo no muero.  
—Tú no, pero tus  
botas sí.

JOSÉ SANDOVAL  
Once a. Madrid.



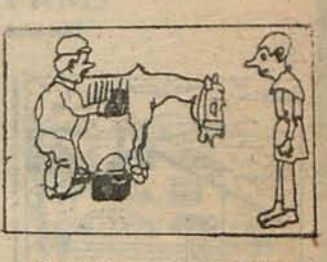
—¿Ves ese cuervo?  
Pues tiene cien años.  
—¡Caramba! Pues es-  
tá bien conservado. No  
tiene ni un solo pelo  
blanco.

ISABEL FERRER  
Nueve a. Barcelona.



El Sr. D. Pirlimpón,  
que se casó en el Japón,  
y un negro muy ladino  
que se llama Peregrino.

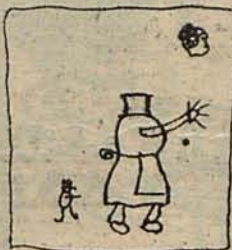
GONZALO TORRES  
Nueve a. Barcelona.



—Compadre, ¿dónde es la fiesta?  
—¿Por qué?  
—Porque le veo a usted limpiando  
el arpa.

JOSÉ MUESAS  
Catorce años.

### PINOCHO, TRIUNFADOR



¡Ay, que se me va la  
cabeza!

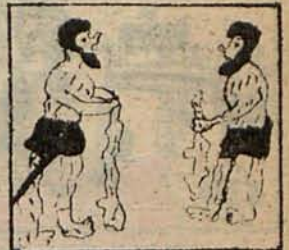
ANTONIO GARRIGA  
Once años. Madrid.



Sale a pasear Pinocho  
comiendo un rico bizcocho.

De pronto, con gran cuidado,  
el bizcocho le han quitado.

Pinocho, al ver que es Chapete,  
se enfada y le da un cachete.



—Oye, ¿eres Pérez?  
—El mismo que viste y calza.

LOLA ACOSTA  
Diez años. Madrid.



—¿Cuánto es la ración de arroz  
con conejo?  
—Tres reales.  
—¿Y de conejo solo?  
—Seis reales.  
—Bueno, pues traiga una ración  
de arroz, dos reales, y el resto  
se lo queda de propina.

PILAR GILLIS YUSTE  
Guernica.



Su rival, malhumorado,  
para un duelo le ha citado.

Se marchan a sus moradas  
para coger las espadas.

Los dos al duelo van ya:  
¿Cuál de los dos morirá?



Como es valiente Pinocho,  
se ha plantado como un ocho.

Pinocho, de una estocada,  
rompe a Chapete la espada.

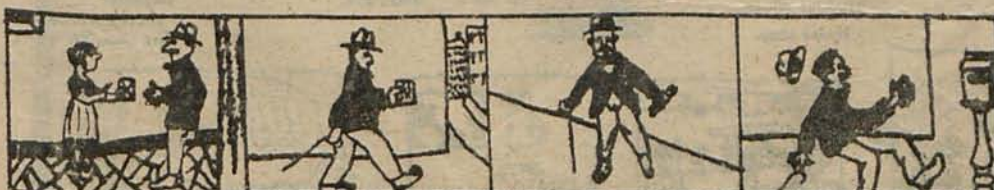
Y Pinocho, vencedor,  
al fin salió triunfador.

MARÍA LUZ MARTÍNEZ. Once años. Madrid.



—¡Hombre, qué rejuvenecido  
estás! ¿Cuál es tu secreto?  
—Mi secreto... Leer el estupe-  
ndo semanario PINOCHO.

J. M.  
Madrid.



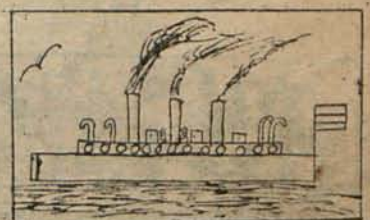
Le entrega doña Marta,  
para que tire al correo,  
a don Tomás una carta.

Y con mucha precaución  
va por la calle leyendo  
el nombre y la dirección.

Pero tan nervioso es,  
que al llegar a una esquina,  
cómo pone el sobre vel.

Queda mudo de terror [bre  
al ver cómo ha puesto el so-  
cuerdo al buzón.

ANITA ARIAS  
Trece años. Valencia.



Vapor «España».

AGUSTÍN RAMOS  
Siete años. Málaga.



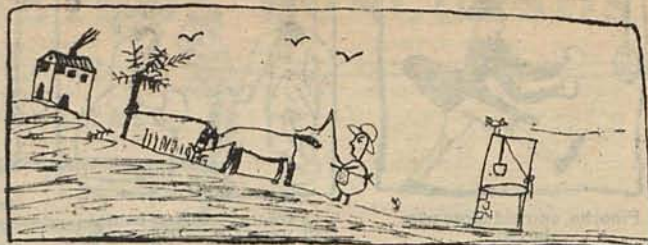


El niño, el papá y la mamá.

M.<sup>a</sup> RITA COBIÁN.  
Doce años.

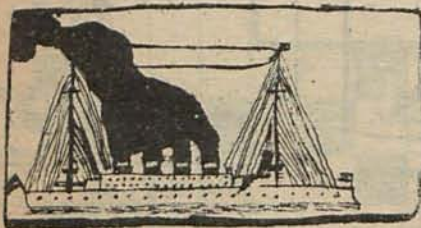


Me van a reñir en el cuartel porque llego tarde.  
SABINO J.  
7 años.  
Oviedo.



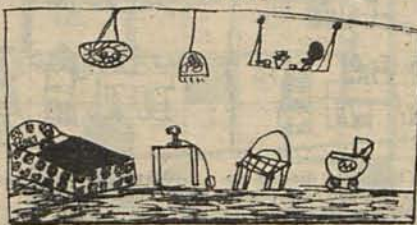
Paisaje.

TERESA.  
Seis años, Sevilla.



Un barco de guerra.

CARLOS ZAPATERO.  
Diez años, Madrid.



Mi hermanita en la cama.

MARÍA MARTIORENA.  
Diez años, San Sebastián.



Una niña.  
ALBERTITO YRAZUSTA.  
Cinco años.



Un rincón de la costa.

ENRIQUE YARQUE.  
Once años, Ceuta.



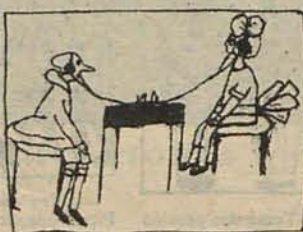
El hotelito de mi tío.

ISABEL LEAL.  
Ocho años, Madrid.



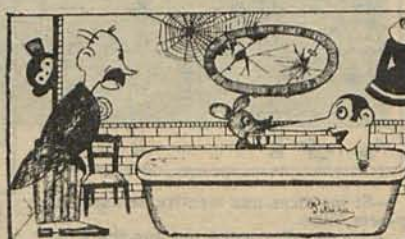
Afilemos los cuchillos.

MARÍA DE MENDOZA.  
Diez años, Vitoria.



Radioescuchas.

BABY.  
Madrid.



Necesito que me prestes veinte duros.  
—Imposible, D. Turulato; en este momento estoy con el agua al cuello.

PILAR GILLIS YUSTE.  
12 años, Guernica.



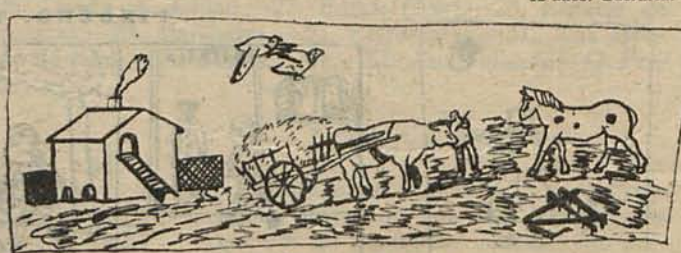
Una feria en mi pueblo.

CONCHITA O. DE LA SASTRA.  
Doce años, Santander.



¡Altooo!

JOSÉ DEL HOYO.



En la era.

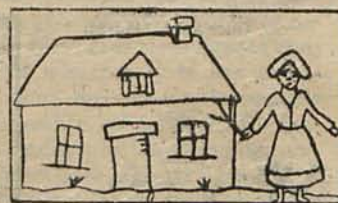
JOSÉ ZÚÑIGA.  
Diez años, Madrid.



Eufrasia, la portera. La señorita Ruperta haciendo su toileta. Restituto, administrador de Contribuciones. Mateo, un pobre oficinista de 30 duros. Don Policarpo, Crispín, profesor de el zapatero.



—¿Por qué lloras?  
—Se me ha perdido el dulce.  
—¿Dónde?  
—En la boca.



Cuardando la casa.

MARÍA NIETO MOLINA.  
Once años.

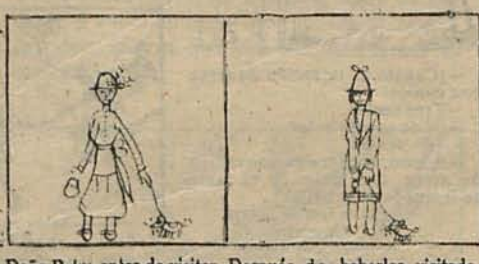


Dos casas de brujas.

MANUEL NIETO.  
Nueve años.

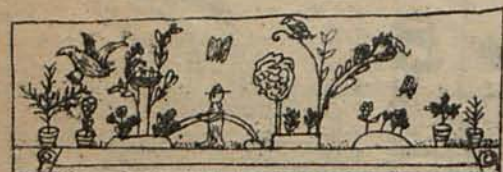


Pinocho, futbolista.  
FERNANDO ORTEGA.  
Ocho años.  
San Sebastián.



Doña Petra antes de visitar los grandes almacenes Madrid-Paris. Después de haberlos visitado, sale transformada en una dama elegante.

PILUCA AZCONA.  
Diez años, Zaragoza.



El jardín de mis muñecos.

CARMEN RAMOS.  
Ocho años, Málaga.



Mi amiguita Anita paseando en su auto.

PIEDAD LEVÉ.  
Guayaquil.



Un perrito.

RAQUEL ALLIANESI.  
Seis años, Buenos Aires.



Parando un autobús.

PEPITO G. ROMERO.



# EL NACIMIENTO DE PINOCHO

## VI

Precisamente esta noche los muñecos que pueblan el almacén forman una reunión distinguidísima; género «fino», acabado y perfecto.

Sobresale una Muñeca de trapo con ojos de cielo y tirabuzones rubios que la caen hasta la cintura de su vestido de seda azul. Cerca de ella hay un magnífico Pierrot con traje de raso y grandes botones de terciopelo negro, que es un dechado de elegancia. No lejos de él una delicadísima Bailarina, con un «tutu» de gasa, hace equilibrios sobre una caja de peluche

granate; y un Chofer, envuelto en magnífico abrigo de pieles de hojalata, se halla sentado en el pescante de su automóvil.

También hay un Polizonte inglés, panzudo y rubio, que impone respeto y admiración con su porra blanca y la majestuosa rubicundez de su nariz de trapo.

Y un Soldado de cuota... y una Miss «Kissme»... y una Marquesita Pompadour... ¡y qué sé yo!

En una palabra, todos son muñecos «bien».

El Hada madrina ha hecho su visita como todas las noches; ha dotado a cada uno con la cualidad apropiada; ha pronunciado las palabras trascendentales: «Os doy la vida», y desapareció convertida en vaho luminoso.



BARTOLUZZI



Y el pequeño mundo muñequil empieza a agitarse con los primeros soplos de la existencia.

La Bailarina salta ágil de su caja de música y se pone a bailar con gracia inimitable.

El Chófer lanza su automóvil con tal ímpetu que está a punto de atropellar a la danzante, que se ve obligada a interrumpir un gracioso paso de gavota; afortunadamente el rígido Polizonte le sale al encuentro enarbolando su bastón blanco, amenazándole con una multa por exceso de velocidad.

Mientras tanto, el elegante Pierrot se pasea con las manos en los bolsillos, silbando una linda tonada, y la hermosa muñeca de trapo se apresura a confeccionar «bigudis» para sus rubios cabellos con las virutas de su cajón.

Y he aquí que, en medio de la animación general, surge de pronto un ser extraño, ridículo y contrahecho que, desde un rincón del almacén, avanza con paso cojitranco.

Con voz debilucha y temblorosa, digna de su boca torpemente pintada, pronuncia estas palabras:

—Buenas noches, señoras y señores.

El estupor que produce esta extravagante aparición deja paralizados a los muñecos; la Bailarina se queda con un pié en el aire faltando a todas las reglas del arte coreográfico; el Chófer frena con tal precipitación que casi da una vuelta de campana; el Pierrot, que ha dejado de silvar y ahora canta una romanza a la luna, lanza un gallo estridente. Los ojos de cielo de la hermosa Muñeca de trapo se abren desmesurados.

Solo el Polizonte, dando prueba de su flemma británica, no hace ningún gesto de asombro; avanza unos pasos y sacando un cuadernito y un lápiz interroga con acento inglés:

—¿Quién ser osté?

A lo que la vocecilla ridícula responde tímidamente:

—Pues... soy... un hermano vuestro.

—¡Un hermano!! —exclaman todos a una. Y al asombro sucede la hilaridad.

—¡Ja, ja, ja! —ríe la hermosa Muñeca de ojos de cielo.

—¡Menuda nariz tiene el hermanito! —comenta el elegante Pierrot.

—Se ve el parentesco en el parecido —añade la preciosa Bailarina. Y las carcajadas y las burlas aumentan, aumentan.

Pero el Polizonte, siempre serio y autoritario, interrumpe a todos y vuelve a preguntar:

—Pero, osté, ¿sale de dónde?

El interrogado contesta con humildad.

—Pues verá usted, señor guardia; yo estaba ahí en ese rincón, y cuando la señora Hada dijo aquellas palabras yo senti que empezaba a vivir, y cuando ella se marchó me levanté, y al ver a todos ustedes tan guapos me acerqué para estar juntos...

—Lo comprendo todo —exclamó el Pierrot dándose tono—:

este fantoche estaría escondido en un rincón, y nuestra madrina, el Hada, le ha dado la vida sin verle, por equivocación.

—Lo cual es un nacimiento usurpado —afirma el Chófer.

—¡Qué vergüenza! —suspira la Bailarina elevando sus bracitos al cielo.

—Osté estar un muñeco fuera de la ley —condena el Polizonte.

—Entonces... ¿no me quieren con ustedes? —balbucea el intruso.

—¡No, no! —gritan los muñecos indignados.

—¡Fuera el adefesio!

—¡Que lo lijen, a ver si se afina!

Y todos cantan a coro:

«Al corral,

que no vale un real.»

En este preciso instante un resplandor maravilloso ilumina la estancia; todos cierran instintivamente los ojos; cuando vuelven a abrirlos se quedan estupefactos: el Hada madrina está allí.

—¿Qué tumulto es éste? —dice con voz melodiosa—. Desde mi nube de algodón en rama he oído los gritos de mis ahijados.

Todos los muñecos hablan a la vez queriendo explicar el extraño suceso, y ¡claro!, no hay modo de entenderse.

Pero el Polizonte inglés eleva de nuevo su bastón blanco, impone silencio y dice:

—Señora Hada, este sujeto estar el causante de este alboroto.

—Sí, sí —gritan todos—, es este mamarracho ridículo que tiene el descaro de querer ser hermano nuestro.

El aludido está tan avergonzado, que inclina su cabeza hasta tocar el suelo con la punta de su grotesca nariz.

Y calla.

El Hada le mira; en sus ojos no hay indignación ni burla, sino una inefable expresión de ternura.

Ella, como Hada que es, todo lo adivina, y sabe que este muñeco absurdo no

ha salido de las manos expertas de un obrero; sabe que lo ha fabricado un niño con toda la torpeza de su candor y de su ilusión.

Y dice:

—Acércate.

El pobre pelele se acerca todo encogido y vergonzoso.

—Cierto que te he dado la vida sin saberlo —continúa dulcemente el Hada—; pero ya que la tienes, eres mi ahijado como los demás.

—Pero, señora Hada —protestan todos los muñecos—, ¿cómo va usted a ser madrina de este adefesio? ¿No ve usted que no se le puede mandar a ningún bazar? ¿Qué niño querría comprarlo?

(Concluirá en el número próximo.)



# B U E N O S Y M A L O S



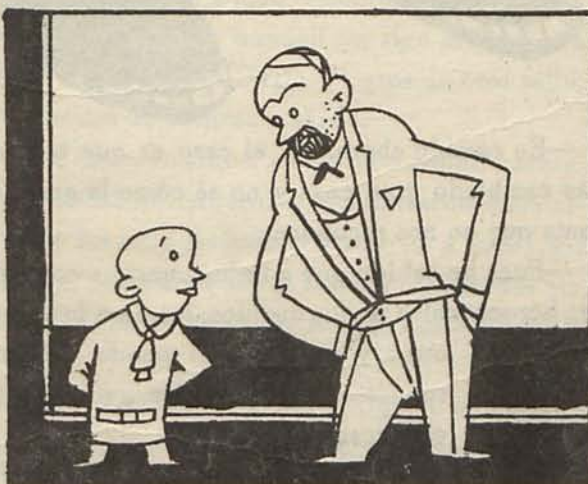
—Se dice que tu señorito es muy aficionado a la caza y un excelente tirador. ¿Mata mucho?

—¡El perro, siempre!



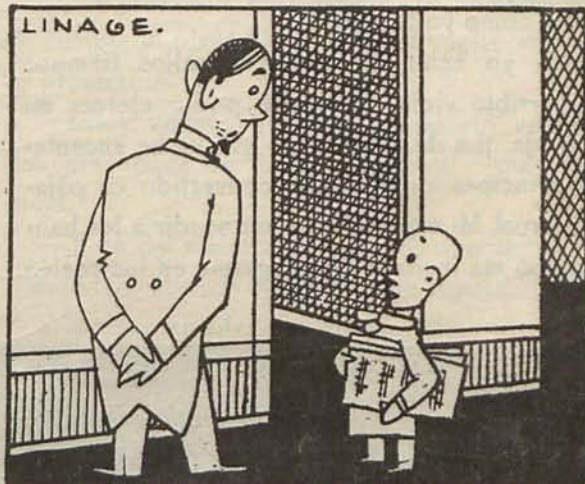
—A mí, cada vez que estudio la lección de piano, mi mamá me da un duro.

—Pues a mí, los vecinos de mi casa, cada vez que no lo estudio me dan dos duros.



—Hijo mío: todas las cosas que hagas en tu vida comiéntalas siempre por la base.

—¿Aunque tenga que hacer un pozo?



—¿Por qué haces tanto ruido con esos papeles, niño?

—¡Pero, papáito, no ves que son de música!



—No te acerques al mar, Periquín.

—¿Por qué?

—Porque puede salir un pez grande y has de saber que el pez grande se come al chico.



—Papá, si salimos este año a veranear quiero ir a un pueblo donde haya mucha agua.

—¿Te vas a dedicar a la pesca?

—¡No! Es que quiero pintar a la acuarela.



# CHAPETE EN GUERRA CON EL PAÍS DE LA FANTASÍA

—No te quejes —dice la vieja—, que si no puedes comerte a nadie, te desquitas maltratando a todo el mundo.

—Lo que más me fastidia —gime el señor Goro— es esto de no poder comer carne porque me hace daño. ¡Un ogro vegetariano! ¿Vióse jamás desatino más doloroso?

Y para consolarse, sin duda, se zampa de una vez quince merengues de fresa, se bebe una botella entera de aguardiente. Luego, descargando un terrible puñetazo en la mesa, exclama rojo de ira:

—¡Y pensar que la culpa de todo la tiene ese condenado de Pulgarcito que me robó mis botas de siete leguas y de resultas del disgusto se me estropeó el estómago! ¡Ay, como yo le pillara!

—También yo echo de menos aquellos tiempos —dice la horrible vieja—, cuando podía ejercer mi oficio de bruja. ¡La de princesitas que yo he encantado! ¡La de príncipes a quienes he convertido en pájaros o en perros! Mi especialidad era acudir a los bautizos donde no me invitaban y vengarme en los recién nacidos.



—En cambio ahora... Y el caso es que tampoco tú has cambiado gran cosa y no sé cómo la gente es tan tonta que no nos reconoce.

—Pues he sabido que a todos nuestros compañeros, los héroes malos de los cuentos, les pasa lo que a nosotros, y andan por el mundo con nombres supuestos y disfrazados para que no les conozcan.

—En cambio nuestros enemigos Pulgarcito, la Cenicienta, Caperucita, la Bella Durmiente, Blanca Flor, todos, todos, están refugiados en el País de la Fantasía y viven al pelo, tan felices... ¡Maldita sea!

—Hasta el día en que vuelvan a caer en nuestras manos —gruñe la vieja, cuyos ojillos lanzan un relámpago diabólico.

—Amiga Kikiripota, tú chocheas —replica el Ogro encogiéndose de hombros—. ¿Olvidas que eso es imposible? Todos ellos conservan un talismán que los hace invulnerables. Nosotros, en cambio, ¿qué tenemos?

—*Vosotros me tenéis a mí* —grita una voz ronca.

Y un ser negro, fantástico, surge de la chimenea y de un salto se planta en el centro de la estancia.

Bueno; eso de fantástico sólo es ante los ojos del señor Goro y su compañera; nosotros hemos reconocido en seguida a Chapete, con su cuerpo rechoncho, sus pies





de pato y su chata nariz.

En cuanto a negro, si que lo está; pero es porque mientras ha permanecido oculto en la chimenea se ha tizado de hollín.

—¿Quién eres? ¿Eres persona de este mundo o del otro? —pregunta el Ogro, lívido de terror,



mientras que a la bruja le castañetea los dos únicos dientes que le quedan en la boca, uno de arriba y otro de abajo.

—Soy un amigo y un aliado —contesta Chapete.

Estas palabras parecen tranquilizar algo al Ogro y a la Bruja. El capitán de los Piratas Negros da otro salto, se planta encima de la mesa y añade:

—Yo soy, como vosotros, un héroe malo de cuento. Vuestras hazañas asombraron y atemorizaron a los niños de ayer; las mías maravillan y aterran a todos los niños de hoy, porque yo soy el famoso capitán del buque pirata *El Chacal*; yo soy el rival del célebre Pinocho, yo soy...

—¡Chapete! —exclaman a una el Ogro y la Bruja.

—El mismo que viste y calza. He oído vuestra conversación, y al descubrir quiénes sois he tenido una idea genial, como mía. He aquí mi proyecto: Voy a ir en busca de todos los héroes malos que andan ocultos por el mundo. Dentro de un año y un día —que es el plazo que de costumbre se señala para estas empresas— nos reuniremos aquí mismo y formaremos el ejército más terrible que se ha visto desde que el mundo es mundo y se cuentan cuentos en él.

—¡Muy bien, muy bien! —palmotea la bruja.

—¡Es una gran idea! —aprueba el Ogro, acariciando el mango de su enorme cuchillo.

Y una vez reunidos —prosigue Chapete con voz más ronca— marcharemos al País de la Fantasía y nos apoderaremos de nuestros enemigos los héroes buenos.

—¡Bravo! —ruge el Ogro.

—¡Bravo! —repite la bruja cual eco diabólico.

—Pues hasta la vuelta —dice Chapete.

Y sin esperar siquiera a limpiarse el hollín sale del castillo, con su rostro de trapo iluminado por una sonrisa siniestra.

Me parece, me parece, querido lector, que noto en tu semblante un asomo de inquietud.

—¡Cómo! —piensas probablemente—. ¿Voy a tener que esperar un año y un día hasta el regreso de Chapete para saber en qué para su odioso proyecto?

No, no tengas miedo. Comprendo tu impaciencia, y por eso he dispuesto que este año y un día duren... un minuto. La prueba es que ha pasado ya. Empieza el capítulo siguiente y verás que tengo razón.

#### IV

##### EL EJÉRCITO DEL MAL

Ha transcurrido un año y un día y estamos en el castillo del Ogro. En él se encuentran el señor Goro y la bruja Kikiripota. Están sentados frente a frente y parecen preocupados y de mal humor. Tan preocupados, que el señor Goro hasta se olvida de comer, y eso que lleva cerca de una hora sin probar bocado.

Es de noche. En un reloj suenan las once y media. De pronto el Ogro exclama con sordo y rabioso acento:

—Ese miserable de Chapete nos ha engañado. Hoy se cumple el plazo fijado y no ha vuelto con el ejército prometido.

—Estoy viendo que me quedo sin vengarme de esa presumida de Bella Durmiente —dice furiosa la vieja.

—Y yo del maldito Purgarcito, que seguirá usando tranquilamente mis botas de siete leguas.

Y quedan en silencio. Pasa un rato.

«¡Tan!» —dice el reloj. Es la primer campanada de las doce.

—¡Ya no hay esperanza! —gruñe la vieja.

Pero en el mismo instante suenan en la puerta del castillo unos golpes formidables: ¡Pam, pam, pam!

El Ogro se precipita, y la pesada puerta gira sobre sus goznes, dando paso a una muchedumbre de seres extraños: gigantes, enanos, viejas desdentadas, gnomos, brujos, animales raros, ¡qué sé yo! Se alumbran con antorchas que despiden llamas rojas y verdes. Delante de todos está Chapete, el cual anuncia con su bronca voz:

—Paso, paso. He aquí el ejército del Mal.

—Adelante —contesta el Ogro con su voz de ogro.

Y todos penetran en el castillo y se reúnen en el salón principal. Entonces uno a uno avanzan hasta el centro de la estancia, y Chapete hace su presentación.

—Este es Barba Azul —dice el muñeco pirata señalando al primero—. Se ha teñido la barba para que no le reconozcan. Resucitó al acabar de escribir su cuen-





to. Se une a nuestro ejército con el propósito de apoderarse de su última esposa y matarla; también desea vengarse de su cuñada Ana para que no vuelva a subirse a las torres a meterse en lo que no le importa (1).

A su vez avanza una vieja que lleva enormes gafas, usa un cofia y en vez de boca tiene hocico.

—Esta vieja —sigue Chapete— es el lobo de Caperucita encarnada. Ha conservado el gorro y las gafas de la abuelita para despistar a la gente. Su propósito es volver a devorar a Caperucita, ya que ésta tuvo la osadía de huir de su estómago, dejando en su lugar un montón de piedras que ocasionaron al pobre lobo una terrible indigestión (2).

Avanzan tres señoritas de nariz puntiaguda y piel amarilla. Chapete entonces explica:

—Estas son las hermanas de Cenicienta: tienen el color de azafrán porque les dió la ictericia, de envidia al ver a su hermana casarse con el príncipe. Quieren apoderarse de nuevo de Cenicienta para que vuelva a ser su criada y les limpie la cocina, que está hecha un asco (3).

Y así van avanzando todos los personajes que constituyen el Ejército del Mal.

Pero de pronto, cuando más distraídos están todos explicando sus negros designios, he aquí que surge un gnomo del tamaño de un dedo meñique, vestido de rojo, con una barba muy larga y sobre la cabeza un gorro puntiagudo rematado por un cascabel.

El cual gnomo, pegando en el aire un triple salto mortal, viene a caer encima de una mesa de mármol y, quitándose el gorro para saludar cómicamente a todos los presentes, con una vocecita de pipitaña, larga el siguiente discurso:

Rabia, rabiña,  
tengo una piña.  
De esta emboscada  
no saldrá nada.

«Porque olvidais, sin duda, una cosa importantísima, queridos y malvados señores: es que mientras Pulgarcito, la Cenicienta, la Bella Durmiente, etc., etc., tengan en su poder sus talismanes, consistentes en las botas de siete leguas, el zapatito de cristal, el huso de marfil, etc., etc., no podréis nada contra ellos por-

que son invulnerables. De manera que trabajo perdido. ¡Ja, ja, ja!»

«Rabia, rabiña,  
tengo una piña.  
De esta emboscada  
no saldrá nada.»

No podéis imaginaros el efecto que producen estas palabras. La consternación y el desaliento se pintan en todos los rostros. Todo el mundo quiere hablar a la vez.

—Es verdad: tienen talismanes. ¡Son invulnerables! ¡Contra los talismanes no vale nada la fuerza y la maldad!

Pero entonces Chapete, el terrible Chapete, avanza ciego de ira, agarra al gnomo por las barbas y lo arroja brutalmente al suelo —gracias a que el gnomo dió una pirueta en el aire y cayó de pie— y subiéndose él a la mesa grita con su voz de pirata:

—¡Silencio, imbéciles! La maldad y la fuerza no podrán nada contra los talismanes de nuestros enemigos, pero la astucia lo puede todo, y a mí me sobra astucia por la punta de los pelos. Yo me encargo, yo solo, de despojar a los habitantes del País de la Fantasía de sus talismanes. Yo solo entraré en el maldito país, yo solo engañaré a todos sus moradores, yo solo les arrancaré los objetos que los hace invulnerables y entonces vosotros, que estaréis al acecho, os apoderáis de nuestros enemigos. He dicho.

Una ovación estruendosa acoge estas frases. Por acuerdo general se declara al gnomo pajarraco de mal agüero, indigno de formar parte en la expedición.

Los gritos de «¡viva Chapete!», «¡viva nuestro capitán!» atruenan el espacio.

El miserable muñeco de trapo no cabe en sí de gozo. Grita:

—¡Adelante! ¡Por el Mal y por la Venganza!  
—¡Por el Mal y por la Venganza! ¡Adelante! —contestan todos. Y de esta forma el Ejército del Mal sale del castillo del Ogro, y dirigiéndose al País de la Fantasía se pierde en las tinieblas de la noche.

Allá van los malvados, allá van los cruentos, con los ojos llameantes de ira y de sed de venganza...

Allá van, guiados por el más odioso, por el más cruel de todos ellos, por el sinvergüenza de Chapete...

Y mientras tanto, los héroes buenos, sin sospechar la tormenta que se les avecina, duermen tranquilos y confiados.

¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué va a ocurrir aquí?

(Concluirá en el número próximo.)



(1) Véase Barba Azul en Cuentos de Calleja en colores.

(2) Véase Caperucita encarnada en Cuentos de Calleja en colores.

(3) Véase La Cenicienta en Cuentos de Calleja en colores.



# EL BARON DE LA CASTAÑA

## NUEVAS AVENTURAS

### EL GRAN CONCURSO

Era ya la temporada de los baños, y mi esposa y yo nos pasábamos el día en la playa.

Adelaida estaba muy contenta porque había aprendido a hacer con arena unos castillos preciosos que eran muy elogiados por los bañistas. Y yo muy satisfecho de poder correr descalzo por el borde del agua.

A las once nos bañábamos el matrimonio. Salíamos de nuestra caseta del brazo, y antes de entrar en el agua dábamos varios saltos mortales, que eran recibidos por los paseantes con vivas pruebas de agrado.

Luego teníamos que darnos una ducha, pues con los saltos mortales nos poníamos perdidos de arena, y no era cosa de entrar en el agua echos unos cochinos.

Los fotógrafos nos acosaban por todas partes, pues nuestras fotografías en traje de baño eran muy solicitadas. Por una de Adelaida entrando en el agua había pagado un inglés más de diez mil pesetas.

Luego se supo que había hecho con la fotografía una gran tirada de postales para anunciar un reconstituyente.

No hay que olvidar que la dulce Adelaida había llegado aquel verano a la elevada cifra de los ciento sesenta y cinco kilos.

No hay que decir que tanto mi esposa como yo llegamos en pocos días a ser unos perfectos nadadores. Alejarnos millas y millas de la costa era para nosotros la cosa más natural.

Una mañana llegué nadando hasta las costas del Japón, y volví guariéndome del sol con una sombrilla de papel de colores que había comprado allí.

Sin embargo, no repetí la proeza, porque noté que los baños largos me debilitaban bastante.

Adelaida, por su parte, también hacía verdaderos alardes; pero su mayor placer era hacer la plancha sobre el agua y pasarse así las horas, mecida por el mar. Desde luego, parecía una isla.

Claro es que el alejarnos de la playa nos causaba algunas molestias.

Por ejemplo: la dulce Adelaida se vió un día acometida por un tiburón, que quiso devorarla ferozmente. Mi esposa tuvo que luchar con el terrible monstruo.

Nos lo comimos aquella misma noche, guisado por ella, que lo había traído consigo.

Estaba riquísimo, aunque algo duro.

Con los dientes, Adelaida se hizo un collar, y yo un bastón con una de las espinas.

Adelaida tomaba parte en todas las carreras de natación que se celebraban, y siempre conseguía clasificarse en buen lugar.

Aquella mañana, en la que sucedió lo que voy a contar, se celebraba en el puerto el campeonato del mundo de natación y resistencia bajo el agua.

Los más famosos buceadores tomaban parte en la prueba y

el público estaba dispuesto a asombrarse de las proezas que se iban a realizar.

El primero en arrojar al agua fué el negro Jonson; permaneció bajo el agua cinco minutos y su reaparición a la superficie fué saludada con una estruendosa ovación.

Después fué el americano Billy West, que resistió diez minutos sin salir de bajo las aguas.

La proeza fué recompensada con hurras, y algunos apasionados le arrojaron desde el muelle alaluyas de colores en señal de contento.

Sin embargo, éste fué batido por un alemán, Otto Mayer, que estuvo doce minutos en el interior de las aguas.

Ya le iban a conceder el premio cuando aparecí yo y pedí permiso a los árbitros para probar mi resistencia.

Este permiso acordado, me arrojé al agua desapareciendo completamente.

El público esperó ansiosamente mi reaparición.

Cinco minutos, seis, siete, diez, doce, trece.

¡Ya está el *record* batido!, gritaron, pero yo no salía.

Un cuarto de hora, media hora, y yo sin aparecer; la gente estaba entusiasmada y gritaba sin cesar.

Cinco horas, seis, siete horas, y nada.

El entusiasmo popular rayaba en delirio; mi esposa sonreía orgullosa de mi éxito.

Pasó la noche y al día siguiente aún seguían todos los espectadores dándome vivas y yo seguía sin aparecer.

De repente alguien dijo: ¿Y si se hubiese ahogado?

La idea, que a nadie se le había ocurrido, cundió como la emulsión Scot, y al poco tiempo la gente comenzaba a sospechar que ello hubiese podido ocurrir.

Adelaida se encargó el luto, pero no se lo llegó a poner: a los tres días aparecía de nuevo ante la mirada atónita de la muchedumbre.

No se puede describir el efecto que produjo mi aparición en la muchedumbre.

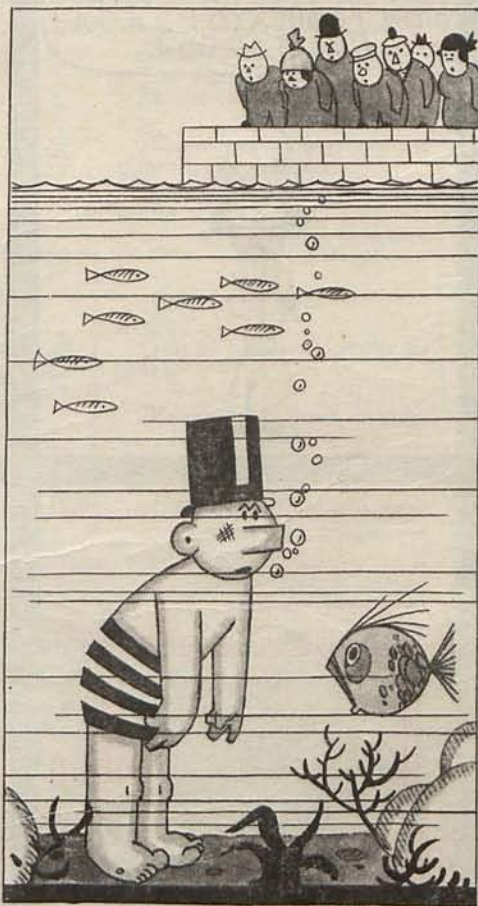
La gente lloraba de alegría, y todos vinieron a hacerme la misma pregunta: ¿Cómo ha resistido tanto bajo el agua?

Cuando los hube reunido a todos les comuniqué mi descubrimiento.

—Para permanecer bajo el agua todo el tiempo que se quiera sin ahogarse no hay que hacer más que no respirar. No respirando no entra el agua, así es que ya sabéis el procedimiento.

La gente se quedó muy sorprendida.

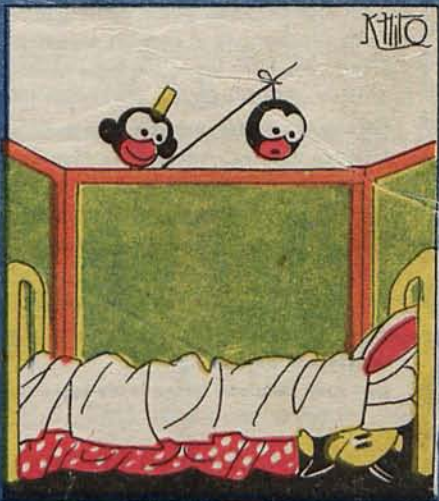
EL BARÓN DE LA CASTAÑA.



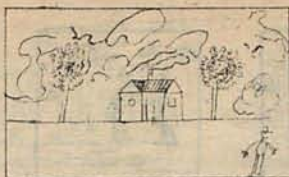




# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







Una casita.  
ISABEL OTILA MARIL ESPEROA.  
Siete años. Buenos Aires.



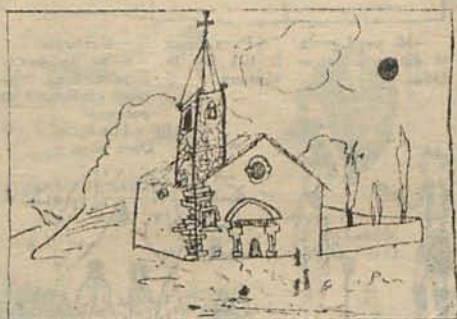
Anda con cuidado por-  
que aquel tipo no nos mi-  
ra con buenos ojos.  
MARINA BELLO.  
Doce años. Badalona.



Pinocho, violinista.  
AUSTRIACO BRAZALES.  
Linares.



Mi doncella.  
ANA-MARY  
ORTEGA.  
Once años.  
San Sebastián.



La iglesia de pueblo.  
CARLOS OSSORIO.  
Diez años. Madrid.



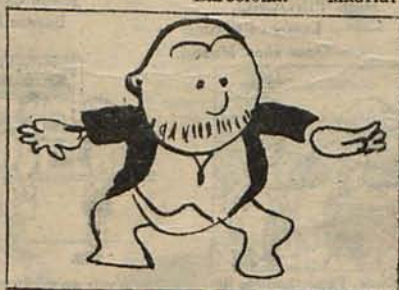
Un gastrónomo.  
LUISA GARCÍA.  
Nueve años.  
Barcelona.



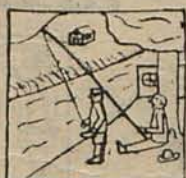
Mi prima Pilar.  
JAIME CUSPINERA.  
Trece años.  
Barcelona.



¡Qué lástima  
no tener tres pe-  
rras gordas para  
comprarme el  
PINOCHO!  
GLOBITA GONZÁ-  
LEZ. Ocho años.  
Madrid.



El tío Bruno.  
MARÍA RITA COBIÁN.  
Doce años. Madrid.



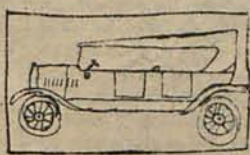
Al tío Roque, que  
está durmiendo, Pe-  
pín le quiere dar un  
susto. Para ello le  
cuelga un zapato en  
la cama.  
GREGORIO LOS CERTALES. Once años. Graus.



El tío Roque se des-  
pierta y dice: me pa-  
rece que algo ha picado.  
¡Oh, Jesús, hasta  
en el agua hay zapa-  
terías!  
GREGORIO LOS CERTALES. Once años. Graus.



La hora del té en un café  
de moda. MARIANO GAOS EN-  
CISO. Diez años. Madrid.



El auto de mi tío.  
PEDRO ZUÑIGA.  
Siete años. Buenos Aires.

## CHISTES

¿Qué pena daría un fiscal a  
un ratero que ha robado un re-  
loj y un paraguas?

Cadena temporal... La cade-  
na para el reloj y el temporal  
para el paraguas.

¿Cuáles son los animales más  
listos?

Los caballos, porque los hay  
de carreras.

En la cocina:

—¡Nemesial! ¡Nemesial!

—¿Qué quiere la señora?

—¿Qué haces?

—Nada.

—¿Y tú, Petronila?

—Estoy ayudando a Neme-  
sia.

En un examen:

—Pero hombre, ¿Es posible  
que usted no sepa definir el  
color? Vamos a ver: ese traje  
que usted lleva, ¿de qué co-  
lor es?

—Azul.

—Bueno; ¿y por qué es azul?

—¡Toma! Porque me lo tñe-  
ron la semana pasada.

EVARISTO MASCARELL BLAS.  
Madrid.

¿En qué se parece un zapate-  
ro a un regimiento?

En que tiene oficiales.

¿Cuáles son los hombres que  
tienen mejor automóvil?

Los soldados, porque tienen  
un ros.

MARÍA PETRA SERRANO.  
Diez años. Madrid.

¿Cuál es el colmo de un bo-  
ticario?

Freir un huevo con aceite de  
ricino.

¿En qué se parecen los relo-  
jes a las personas?

En que andan.

¿Cuál es el caballo más raro?  
El de un guardia, porque tie-  
ne cinco cascotes.

PILAR CALVO Y ZALDOS.  
Doce años. Madrid.

—¿Cómo se llama usted?

—Isidro Coneche.

—Pero es que se cree usted  
que soy tonto para escribir Isi-  
dro con hache.

ENRIQUE ESTÉFANI.  
Doce años. Madrid.

¿Cuál es el colmo de un jar-  
dinero?

—¿...?

Regar una planta baja.

¿Cuál es el colmo de un car-  
tero?

—¿...?

Llevar un sobre-saliente.

¿Cuál es el automóvil más  
barato del mundo?

—¿...?

—El Ford de conducción in-  
terior, porque «Se-dan».

JUAN MANUEL FANJUL.  
Madrid.

¿En qué se parecen Cain y  
Abel?

En que Cain tiene pelo y  
Abel-crin.

JOSÉ ARAGONÉS.  
Once años. Toledo.

El colmo de una modista:  
Hacer un delantal para la falda  
de Guadarrama.

EMILIO REBULL GÁLVEZ.  
Once años. Madrid.



¡Alto la  
circulación!  
GONZALO  
CAMARERO.  
Ocho años.  
Madrid.



—Oye, hermanita, ¿en qué se  
parece una plaza de toros a un  
ford?  
—En que a los dos llevan ca-  
ballos malos. ENRIQUE CASTRO.  
Ocho años. Madrid.



Mi tío pa-  
seando.  
ISIDORO  
LERCHUNDI.  
Cuatro años  
Bilbao.



Ejercicios de pierna.  
ROSITA BENDALA.  
Doce años. Ceuta.



Hora de recreo.  
TOMÁS LAIZ.  
Once años.



—¿Le duele la espalda?  
—Sí... no, no sé...  
—¿Le duele la cabeza?  
—Me parece... no sé...  
—Bueno V. toma o no la receta  
que le voy a dar y... yo iré o no por  
su casa.  
I. S. MARTÍN. Diez años.



—¿Y dónde te han  
pegado?  
—En la calle Bue-  
navista. ¡Cualquie-  
ra lo diría!  
EDUARDO VÁZQUEZ  
CABRILCO.  
Once años. Madrid.



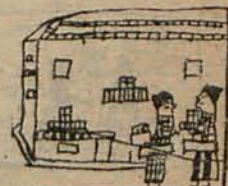
—¿En que se parece una alcoba a un río?  
—En que tiene lecho.  
MIGUEL SOTOMAYOR.



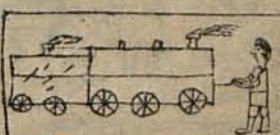
—¿Cuál es  
el colmo de  
un guardia?  
—Parar la  
corriente.  
JAIME  
QUIROGA.  
Ocho años.  
Madrid.



Entre pastores.  
—¿De qué pan corto  
migas, del tuyo o del  
mío?  
—Corta del tuyo; por-  
que como hace tanto  
aire, no olgo.  
FELIX PÉREZ.  
Seis años. Zaragoza.



—¿En qué se parece mi  
hijo, que es quinto este año,  
a un bote de hoja de lata?  
—Pues en que están los  
dos soldados de est-año.  
RAMÓN BERNES GÓMEZ.  
Doce años. Madrid.



Vendiendo.



Una casa de campo.  
MARÍA NIETO. Doce años.



## DESVENTURAS DE DON TORCUATO



El sabio de Don Torcuato, se marca a comprar un gato.



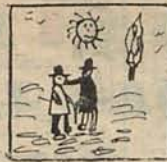
Va a entrar en la gatería, y él oye una algarabía.



Sale corriendo Torcuato, y le sale al paso un auto.



Por poco si le atropella y le hace ver las estrellas.



Se encuentra con un deudor, que le arrima un mojicón.



Llega cerca del jaleo y saluda a Timoteo.



Y ve que son Blas y Juana los que armando están jarana.



Ve al chico del entresuelo que está sentado en el suelo.



Da un empujón a su abuela y el chico le da en las muelas.



Maltrecho y arrepentido se vuelve muy aburrido.



Y sin comprar el gatito, él regresa a su hotelito.



Y vive siempre encantado de sus hijos rodeado. BLANQUITA REDONDO.—Doce años, Madrid.

## CHISTES

En una hospedería.  
—Patrona, ¡qué cama más dura! ¡Por todas partes pincha!  
—Pues mire usted, tiene dos colchones de pluma.  
—¡Vamos, ya caigo! Serán de escribir.

JOSÉ M.<sup>a</sup> PÉREZ MARÍN.  
Trece años. Madrid.

¿En qué se parece un cate-  
drático a un piano?  
En que los dos dan notas.

¿En qué se parece un conde  
a un avaro?  
Pues en que el conde «es conde»  
y el avaro «esconde».

¿En qué se diferencia un mé-  
dico de un profesor de gramá-  
tica?  
Pues en que el profesor de  
gramática enseña la «lengua»  
y el médico la manda enseñar.  
ÁLVARO SIERVO.  
Doce años. Pontevedra.

## Pifartos, tendero.

Pifartos ha entrado de de-  
pendiente en una tienda de ul-  
tramarinos.

El amo busca el peso de un  
kilo, y pregunta:  
—¿Dónde está el kilo?  
—Se lo ha llevado un parro-  
quiano. Al comprar un kilo de  
arroz me exigió el peso, y se  
lo di.

## Los exploradores.

Un explorador africano reci-  
be un insulto, ante el intérpre-  
te que le acompaña, de un jefe  
de tribu.

El explorador da entonces  
una bofetada al intérprete, y  
le dice:  
—Tradúzcale esto a ese mi-  
serable.

## Una medida prudente.

Preguntaban a un sujeto  
acribillado de deudas:  
—¿Qué hace usted cuando  
le presentan una letra a la  
vista?  
—Pues... cierro los ojos in-  
mediatamente.

## La ley del Talión.

—¿Me quieres decir en qué  
consiste la ley del Talión?  
—Pues muy sencillo: Que si  
tú me arrancabas un diente, yo  
te tenía que arrancar otro; que  
si tú me cortabas la cabeza, yo  
tenía que cortarte la cabeza  
a ti.

JESÚS GARGALLO.  
Zaragoza.



—Mi papá gasta  
el dinero a carre-  
tadas.

—Pues el mío  
lo tira por la  
ventana.

—Mentiroso.  
—Ya lo creo.  
Esta mañana echó  
cinco céntimos a un  
pobre.  
JUAN HIDALGO.  
Doce años.



—¿En qué se parece  
la taza en que toma el  
té Abd-El-Krim al  
equipo nacional?  
—En que es taza  
mora.  
RAMÓN DÍAZ.  
Trece años. Coruña.



La princesa era la causa de su de-  
esperación.  
EMILIO CABEZA.  
Getafe.



Bailamos alegres cuando nos  
traen PINOCHO.  
LUISITA PERALTA.  
Once años. Madrid.



PINOCHO

PINOCHO  
JORGE CANALES.  
Buenos Aires.



—Dime, Pepe, ¿qué le lle-  
vas a tu mujer?  
—Le llevo... dos años.  
CARLOS GARCÍA DÍEZ.  
Madrid.



—¿A que no sabes por qué  
están tan gordos los carbo-  
neros?  
—Porque siempre están  
comiendo entre cok.  
C. S. D.—Madrid.



Un trabajador.  
RAMÓN OYAOLA.  
Bilbao.



Un piel roja.  
PEZ.  
10 años. Madrid.



Mister aceituna  
que va en husca  
de fortuna.  
ANTONIO GÉNOVA  
10 años. Madrid.



Caperucita Roja y el Lobo.  
MARÍA LUISA RUIZ Y DAMPIERRE.  
Doce años.



—Enhorabuena,  
marqués; vuestros ca-  
ballos siempre los pri-  
meros.  
—Sí, ya es tradi-  
cional. Los mejores ani-  
males han estado toda  
la vida entre mi fami-  
lia.  
JOSÉ LOMBARDÍA.  
Trece años. Marín  
(Pontevedra).



«Molinos de vientos».  
MARÍA LUISA RUIZ.  
Doce años. San Sebastián.



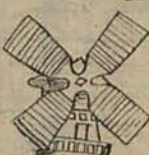
Una parada de Zamora.  
ALFONSO LÓPEZ.  
Diez años. Madrid.



Momento difícil.  
ANTONIO Y CARMEN APARICIO.  
Doce y diez años. Toledo



Marujita y el rey de  
los negros.  
MANUEL NIETO.  
Nueve años.



Viejo molino de viento.  
JOSEFINA PIÑEIRO.  
Trece años. Madrid.



Una casa de campo.  
LEOPOLDO DELGADO.  
Once años. Colombia.





Contra el dolor de muelas.  
G. PÉREZ  
Doce años, Madrid.



Mi amigo Periquín y su perrito.  
ELISA A. CASTELAO  
Oviedo.

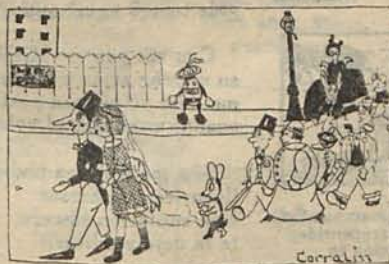


Apuntes del natural. Desde Algeciras.  
JOSÉ CERÓN  
Gibraltar.



Auto.  
JUAN DE GUELBENZU  
Diez años, Madrid.

## CHISTES



¡Vivan los novios!  
ANTONIO CORRALIN  
Madrid.



Casita de campo.  
LUIS SANTABARRA  
Once años, Madrid.



Cabeza rara.  
LUIS GARCÍA  
Buenos Aires.



Valderrama (Valdivia) visto por  
C. G. D.  
Madrid.



Un gatito.  
CURTINCHE  
10 a. Madrid.



¿Qué apostais a que mi nariz es más larga que la de Pinocho?  
E. BELLO  
7 a. Vigo.



Mi cochero.  
PEDRO SIERRA  
Doce años, Madrid.



El profesor, presentando una tibia. — ¿Qué esto? El discípulo. — Un hueso de muerto.  
FRANCISCO MANZANARES  
Nueve años, Madrid.



Un ganso.  
LUIS DE LA CAMPA  
RODRÍGUEZ  
Siete a. Ruiloba



Mariposas.  
RAQUEL ALBANESE  
Seis años, Buenos Aires.



Una buena jugada.  
JULIO JACINTO  
Madrid.



Chapete y Pinocho jugando al fútbol.  
LUIS G. DE MARCO.—9 a. Madrid.

—Oye, Luis: ¿Cuánto se tarda en ir de Atocha a la Puerta del Sol en Metro?  
—Seis minutos.  
—Te equivocas: Un año, porque tendrás que recorrer las cuatro estaciones.

CÉSAR SOMOZA.  
Diez años, Madrid.

—Caballero, deme diez céntimos que no he comido en todo el día.  
—Pues yo tampoco.  
—Pues deme veinte céntimos, y comeremos los dos.

¿Cuál es el colmo de un calvo? Tirarse de los pelos.

ANTONIO GÓMEZ.  
Madrid.

## Haciendo colmos.

El de una mujer: Ponerse la falda de una montaña.

El de un pescador: Pescar la suerte.

El de un confitero: Endulzar la amargura.

El de una viuda: Enlutarse con el manto de la noche.

—¿Quiénes son los hombres que debieran reírse un poquito más?

—¿...?

—Los alfareros, porque casi siempre están haciendo pucheros.

JUAN DE DIOS RISCO.  
Doce años, Fregenal de la Sierra (Badajoz).

## Cuento viejo.

Estoy que me vuelvo loco por haberme hecho mi madre unos pantalones nuevos de unos viejos de mi padre.

Esto cantaba un chiquillo lleno de gozo y contento; mas su alegría fué corta, porque pronto se rompieron. Su madre, encolerizada, así le gritó al chiclelo:

—¡Ocho años llevó tu padre los mismos calzones puestos, y tú tan sólo en dos días los has roto por completo!

C. ZALDÍVAR GARCÍA-ALFONSO.  
Trece años, Santa Eulalia del Campo (Teruel).

## «Pinochín».

Aquel día Mariquita salió de paseo, y cuando iban por una calle, vieron un perrito muerto de frío que ladraba lastimosamente. Mariquita se compadeció de él y quiso llevárselo; mas sus papás, al verlo tan sucio, se opusieron; pero tanto rogó la niña, que al fin accedieron. Y desde entonces *Pinochín* (que así le llamaba la niña) se fué a vivir con Mariquita, y nunca más volvió a pasar hambre y frío. Pero *Pinochín* era muy feo y todos en la casa lo despreciaban, menos Mariquita, que le quería mucho y hasta le daba besos. El perro también correspondía a su cariño, pues era muy agradecido.

La niña tenía un hermanito muy pequeño que le quería mucho, y un día que estaba con él en una fuente del jardín, fué a moverse y el niño se cayó al agua. ¡Pobrecito, cómo lloraba! Cuando *Pinochín* se dió cuenta echó a correr y se tiró al agua, y a los pocos momentos apareció con el niño entre los dientes. Desde entonces es *Pinochín* el niño mimado de la casa.

Eso prueba que tanto las personas como los animales se hacen querer por sus buenas acciones.

TERESITA LA CIERVA.  
Doce años, Madrid.



—Oye, Nicomedes, ¿cuál es el pez que más terror nos causa?  
—Pues el del fin.  
PEDRO MUÑOZ PÉREZ  
Albacete



Sistema breve y sencillo



Que en el África central



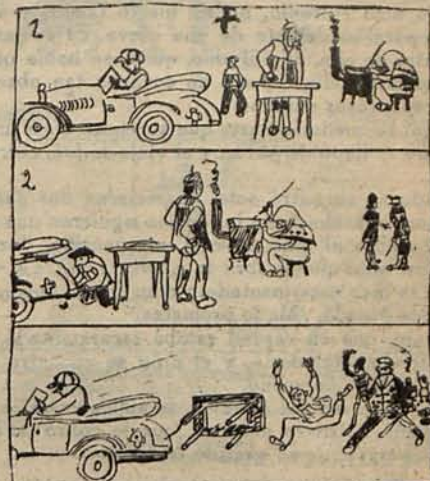
¡Lea usted PINOCHO!  
DEMERIO VALDÉS  
Panamá.



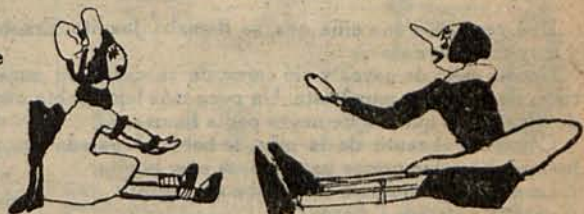
Usan los atracadores



Sin causar a nadie mal.  
LUIS BERMEO



Atropello.  
JACINTO ARIA-GARCÍA.—Once años.



Pinocho y Pirula.  
ALFONSO, Orense.



Marieta.  
MARÍA RITA COMIÁN  
Doce años, Madrid.



Mi portera.  
CURRO  
Doce a. Madrid.



Marinero.  
ANTONIO Y CAR-MEN APARICIO  
12 y 10 a. Toledo





El avaro Calixto marcha al campo a guardar, donde nadie lo sepa, su grande capital.



Y hace un hoyo en el suelo, y en él mete el dinero.



Y estos ladrones lo han visto y tratan de apoderarse de los bienes de Calixto.



Y he aquí el buen señor, regando, ajeno a lo que está, en pasando. [realidad,

## Ya me veo hecho un «chauffeur».

Pinocho: ese «Citroen», con sus eléctricos faros, me ha parecido tan bien, que ya no puse reparos en llenarte el boletín y pagar la suscripción; pensando con emoción: ¿Me tocará aquel autín?

Con sus gomas «Michelin», su marcha atrás y adelante, me daré yo el gran postín cuando conduzca el volante.

Si a los lectores pudiera llegarles a interesar esta confesión sincera, te la dejo publicar.

EDUARDO PRIETO.  
Once años. Gijón.



Y lo hacen su prisionero, después de hurtarle el dinero.



Y al río pronto lo han tirado para que perezca ahogado.



Al fin la orilla ha ganado, con el baño que ha tomado.



A pescar se marcha al río, muy triste y arrepentido; y hoy su ambición es trabajar para comer.

RICARDO MORENO LÓPEZ.  
Seis años. Antequera.

## El escarmiento.

Era una vez un niño muy malo y travieso, llamado Antonio. Sus padres le habían reñido muchas veces, pero el niño seguía peor, y muchas veces se entretenía jugando en la calle con sus amigos, en lugar de ir a la escuela.

Una mañana que estaba jugando, se le presentó un anciano, que le dijo:

—¡Sígueme!

Así lo hizo Antonio, no sin cierto temor, y al cabo de media hora se pararon delante de una cueva. El anciano la abrió, y una vez dentro de ella, dijo al niño, quien se había quedado atónito al contemplar aquella especie de covacha tan oscura, y de la cual salían espantosos aullidos:

—Aquí te quedarás hasta que aprendas a ser un buen muchacho.

El niño se llenó de pavor, y el viejo se fué, cerrando muy bien la cueva.

Cuando se encontró solo, aparecieron dos gatos enormes y negros como el azabache, a los cuales siguieron una docena. Empezaron por arañar al niño, el cual, arrepentido, lloraba sin consuelo, cuando he aquí que se abre la puerta y entra el viejo, que le dice:

—Estás bien escarmentado, y creo que no volverás a los extravíos de tu vida pasada. ¿Me lo prometes?

Antonio, que en verdad estaba escarmentado, lo prometió. Entonces se abrió la puerta, y el niño se encontró en su cama, pues todo había sido un sueño.

Desde aquel día fué el niño más aplicado de la escuela, querido de sus padres y de su maestro, que le cobró tal cariño, que nunca quería separarse de su querido Antoñito.

CARMEN L.  
Diez años. Málaga.

## La caridad.

Una vez había una niña que se llamaba Juanita. Era muy buena y muy caritativa.

Un día salió de paseo y vió cerca de su casa una mujer vestida toda de negro y muy triste. Un poco más lejos había otra vestida de blanco. La que iba de negro pedía limosna.

Como era el santo de la niña, le habían regalado cinco duros, y Juanita iba a comprarse una muñeca muy bonita.

La niña le preguntó a la que iba de negro:

—¿Por qué pide limosna?

La niña le preguntó eso porque ella venía de un pueblo que nadie pedía limosna.

La que iba de negro le contestó:

—Somos dos hermanas: esa que va de blanco y yo. Nuestra madre se murió sin dejar testamento.

La niña le regaló los cinco duros. La que iba de negro se convirtió en un hada, que regaló a Juanita cien pesetas.

MARÍA CRISTINA CHICO DE GUZMÁN.  
Once años. Madrid.



Mi primo Gerardo, paseando.  
MANOLITO LÓPEZ GUTIÉRREZ.  
Sevilla.



Leyendo, al poco rato, veo reír hasta el gato.



—Sí, señor; durante la guerra europea me sentaron a muerte.  
—¿Y no fue usted ejecutado?  
JAVIER ZARAGOZA.  
Madrid.



Marina.  
JAVIER MENÁRQUEZ.  
Doce años. San Sebastián.

## El sueño aprovechado.

Pepito era un niño muy valiente, que no tenía miedo a nada, y solía hacer demasiadas valentías, las cuales solía pagar bastante caras. Cierta día oyó decir a unos amigos que aquella noche entrarían en su casa y que le robarían todos sus juguetes; así que decidió quedarse aquella noche en guardia, para sorprenderlos. Y en efecto: a eso de las doce advirtió cómo entraban por una ventana dos personas, muy silenciosas; pero vió con espanto que no eran sus amigos, sino unos ladrones que con una linterna se alumbraban. Al ver a Pepito se le echaron encima, y se le iban a llevar, cuando pensaron que sería mejor que les enseñase dónde tenían el dinero, y después de llevárselo todo, se marcharon. Así lo hicieron, y llevándose a Pepito con ellos, se marcharon. Al llegar a su casa mandaron ponerlo guisado; y cuando ya le iban a comer, Pepito se despertó, pues todo había sido un sueño, pero que le valió de mucho, pues no se volvió a meter en esa clase de aventuras.

CONCHITA DERIA DE LA LASTRA.  
Doce años. Santander.

## Cuento.

En un pueblecito cerca de una ciudad vivía una familia con dos hijos, que se llamaban Pedro y Pilar.

Pedro era un niño muy malo y Pilar muy buena. Vino el santo de Pilar y sus papás la regalaron una muñeca muy bonita y una casa de muñecas preciosa.

Después de comer vinieron unos amiguitos a jugar con ella y su hermanito. Llegó la hora de merendar y Pedrito estaba muy envidioso porque a su hermana le dieron dos caramelos más que a él. Su mamá le dijo:

—Los niños envidiosos se los lleva el demonio por la noche.

Y el niño lo creyó, y desde entonces fué bueno y no tuvo nunca más envidia de su hermanita.

Llegó el santo de Pedrito y sus papás le regalaron una bicicleta y una porción de juguetes más. Por la tarde también vinieron sus amiguitos, como en el santo de su hermana, y su mamá volvió a darle más cosas que a él, y vió que ya no tenía envidia, y le dijo:

—Pedrito: veo que ya no tienes envidia de tu hermanita y por eso te voy a comprar todas las cosas que quieras.

Y desde aquel día Pedrito no tuvo envidia de su hermana.

CARMEN GARCÍA TALAR.  
Once años. Madrid.

## El collar.

Érase una niña llamada Carmencita, que vivía con sus papás en una casa de campo.

Una tarde salió a dar un paseo con unas amigas a un bosque, y jugando se perdió, no encontrando a sus amigas ni tampoco el camino de volver a su casa. Era ya de noche cuando encontró un camino que la llevó a un pueblo que ella no conocía, e iba andando por una calle, cuando se encontró un collar de gran valor, y decidió guardarlo hasta ver si encontraba a su dueño.

Al día siguiente se enteró que era de una señora que vivía en una de las mejores casas del pueblo, y en seguida fué a llevárselo y le contó a la señora lo que le había sucedido, y la señora, agradecida porque la devolvió el collar, la dijo que se quedara con ella aquel día, y al día siguiente la llevó con sus papás, que tuvieron mucha alegría al verla.

MARÍA JOSEFA VIGNOTE.  
Trece años. Madrid.

## Los dos huerfanitos.

Era un día crudo del mes de diciembre. En una misera choza dos niños de corta edad tiraban de frío; la chimenea estaba apagada. El pequeño pedía pan, pero la hermanita mayor no lo tenía.

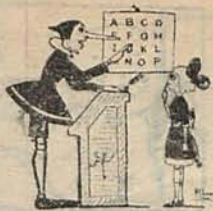
Salieron a mendigar a la calle, y una señora cubierta de un rico abrigo de pieles preguntó su nombre. Ellos dijeron que se llamaban Carmencita y Juanito, y le dijeron que no tenían a nadie en el mundo. La buena señora se compadeció y los adoptó como hijos, dándoles Carmencita y Juanito con sus alegres sonrisas y juegos las gracias por haberles recogido aquella noche del mes de diciembre.

Desde entonces son los dos niños buenos y piadosos.

Imitad su ejemplo, Pinochistas, os lo desea vuestra amiga y Pinochista,

MARÍA-JESÚS CASTILLA.  
Trece años. Madrid.





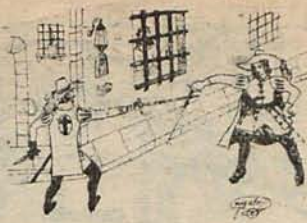
—¿Pero es que no sabes la jota?  
—Ya lo creo; ayer aprendí en el piano la de Gigantes y Cabezudos.  
PILAR GILLIS YUSTE.  
Guernica.



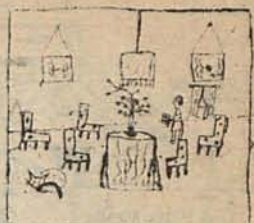
Pinocho, domador.  
José Lombardía.  
Trece años. Marín, Pontevedra.



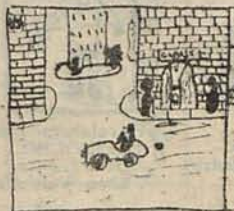
El león del Castillo de subirás y no bajarás.  
LUIS VEGA.  
Once años. Orense.



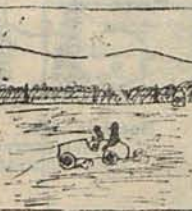
El duelo.  
GONZALO GONZÁLEZ.  
Madrid.



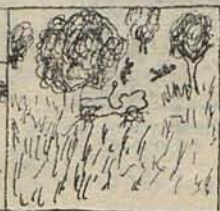
Donde yo leo PINOCHO  
MARUJA MARTÍNEZ.  
Once años.



—¿Adónde vamos?

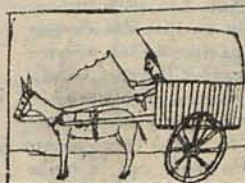


—¡Iremos a dar una vuelta por la Dehesa de la Villa!



—Y ahora, ¿adónde vamos?  
—Al cementerio.

FÉLIX DÍEZ.—Diez años. Madrid.



¡Arre, burro!  
CARLOS CONTÍ.  
Ocho años. Barcelona.



Mi perrito lulú.  
E. T. C.  
Barcelona.



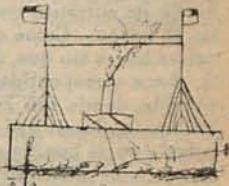
Las obligaciones de Pepito.  
LUIS GÓMEZ.  
Diez años. Santander.



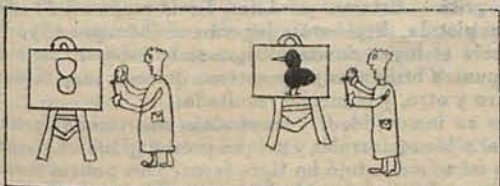
El pintor al aire libre, o el despertar de un mal sueño.



NICOLÁS MORÁN.—Ocho años. Bilbao.



El «Lusitania».  
EUGENIO BARRIENTOS  
Once años.



Este señor pinta un garabato ..

Lo arregla un poco y le sale un pato.

JOSÉ BENÍTEZ.—Diez años. Madrid.

## CHISTES

¿Cuál es el colmo de un literato?  
Comerse una sopa de letras.  
ROGELIO MOMPEÁN.  
Seis años. Madrid.

¿En qué se parece la nieve a la harina?  
En que las dos son blancas.  
MARIANO NÚÑEZ VAI.

El juez.—¿En qué calle vive usted?  
El acusado.—No me preguntaste nada porque soy mudo.

¿En qué se parece una criada a un toro?  
En que los dos van a la plaza.  
IGNACIO PEÑA.  
Nueve años. Madrid.

—Di, nena, ¿tienes papás?  
—Sí, y abuelitos también.  
—Serán muy viejos, ¿verdad?  
—No sé, pero hace mucho tiempo que los tenemos en casa.

Un paleta hace testamento, y el notario le pregunta:  
—¿Cuántos hijos tiene usted?  
—Cinco, y cuatro que se me murieron.  
—¿Y cómo se llamaban los muertos?  
—Como todos los que se mueren en este pueblo: difuntos.

—Aquí le traigo a mi hijo que quiere ser abogado.  
—Pero si es tartamudo.  
—Sí, pero no se le nota más que cuando habla.

¿Cuál es el colmo de un soldado?  
Hacer el saludo cuando pasa por delante de una relojería, porque para ellos todas las horas son oficiales.

ANTONIA MOMPEÁN.  
Doce años. Madrid.



—Oye, chaval, ¿qué haces aquí?  
—Bañándome, ¿no lo ves?  
—¡Si te doy un palo, te dejo seco!

JULIO BARTOLÍN.  
Diez años. Madrid.



Don José el avaro, viendo que llovía, me prestó un paraguas que ya no servía.  
ANTONIO MODET.  
Ocho años. San Sebastián.



Una jugada del portero del Barcelona.  
ALFREDO VARA DE REY.  
Trece años. Madrid.



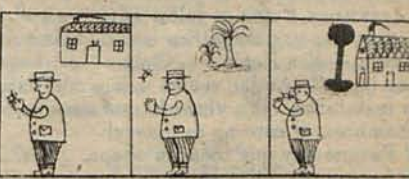
Mi hermano Carlitos.  
MANOLITO LÓPEZ.  
Doce años. Sevilla.



Vallana, visto por CARLOS G. DÍAZ.  
Madrid.



Mi amiguita Pirula.  
M. D. T.  
Once años. Pamplona.

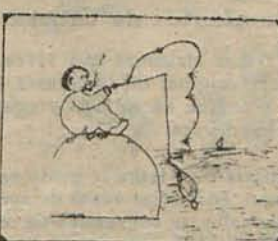


Va este señor cortando de vista, resultó que era una avispa.

EDUVIGIS SÁNCHEZ.  
Santiago.



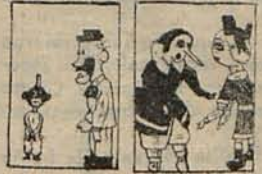
Don Turulato, el rey de la risa.  
ANTONIO MORATO.—  
12 años.  
Alcalá de Henares.



El pescador valiente.  
JAIMÉ DE QUESADA.  
Doce años. Valencia.



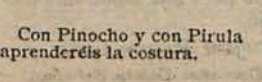
El que asó la manteca.  
ROMUALDO ALVAREZ.  
Nueve años. Asturias.



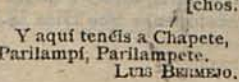
Siempre pasamos buen rato con Currinche y Turulato.



Los animales de Pinocho todos los días comen bizcochos.



Con Pinocho y con Pirula aprenderéis la costura.



Y aquí tenéis a Chapete, Parilampí, Parilampete.  
LUIS BEIMEJO.



Doña María de Molina, la Emperatriz Eugenia y María Estuardo.



ELENA OLANO.  
Trece años. Gijón.





Don Félix Mesón  
saca un horrible «pezón».  
JUAN CANALES.  
Ávila.



Carreras.  
RAMÓN OTALA.  
Bilbao.



¡Qué mal andal  
RAFAEL ALONSO.  
Valladolid.



La emoción de los toros.  
R. A.—Valladolid.



Mi gatita Filí.  
E. T. C.—Barcelona.

### Cabecita de Oro.

Pues señor... Esta era una niña a la cual llamaba Cabecita de Oro por su linda melenita, dorada como el Sol. Era muy buena, pero tenía un defecto: era envidiosa. Cierta día en que iba de paseo con su aya y su hermanito Tonín, vio una pastorcita tan preciosa, que Cabecita de Oro, llena de envidia, rompió a llorar. Cuando volvió a su casa, dijo a su papá con tono suplicante: «Quisiera ser pastorcita» (creyó que de ese modo sería más bella); y al preguntarle por qué tenía deseo tan extraño, ella le contó (porque no mentía nunca) lo que le había ocurrido aquella tarde con la bella pastorcita. Su papá quiso darle una lección, y de acuerdo con el hada Florilinda, transportó a la niña mientras dormía a una chozita en el monte. Grande fue la sorpresa de Cabecita de Oro al despertar y no encontrarse en su alcobita rosa; y aunque el cambio de vivienda no fuese de su gusto, se resignó pensando que así tenía que vivir si al fin quería ser inmensamente bonita. Recogió su rebaño de un corralito que a la puerta había, y salió a darle de comer en el bosque. Como desconocía los caminos, se perdió, y pasaron varias horas sin que, después de haberse fatigado, lograra volver a la choza. Arrepentida, pensaba ya en sus juguetes y en su casita cómoda, donde tan sin preocupaciones vivía, cuando, a punto de echarse a llorar, oyó una vozecita que decía: «Por envidiosa has sufrido en el bosque este castigo». Alzó los ojos y vio un pajarito que la miraba burlón y que, agitando las alas, dejó caer un papelito en el que había escrito lo siguiente: «Cabecita de Oro: la verdadera belleza no está en el rostro, como tú crees, sino en el corazón. Recuerda aquel refrán que dice: «La cara es el espejo del alma». Por eso, si tú logras desechar ese único defecto que tienes de ser envidiosa y eres buena con todos, lograrás una belleza mayor que la de todas las pastorcitas de la tierra». Conmovida la niña al comprender (pues no era tonta) la sabiduría de estos consejos, resolvió volver a su casa, y no sabiendo el camino, rogó al pajarito que la guiase; pero éste, con la misma vozecita argentina, le advirtió: «Nenita, cógete a mí y te llevaré a Madrid» (hay que tener en cuenta que la niña era madrileña). Sin vacilar un momento tocó la colita del pájaro y se sintió transportada por las nubes, y muy pronto se encontró en su casa. Abrazó llena de alegría a sus padres y hermanito y les prometió ser buena en lo sucesivo y no tener envidia de nada. Lo cumplió, pues cuando sentía deseo de las cosas de los demás, recordaba sus fatigas en el bosque y se arrepentía en el acto.

MARUJA SANGUINO y MARUJA MARTÍNEZ NIETO  
Almadén. Doce años. Once años.

### Un viaje por mar.

Los dos hermanos Pepín y Julita entran en el cuarto de baño donde han instalado una magnífica tina de mármol blanco.

—Mira, Julita —dice Pepín—. ¿Quieres que hagamos un viaje en este hermoso barco? ¡Anda; vamos a ir a una isla desierta! ¿Eh? Ya estamos instalados... ¡Ya verás lo que nos vamos a divertir!

—¡Pero hombre... si esto no se mueve!

—¡Toma! Porque hay que tocar la sirena. ¿Ves? Aquí está la cadena que la hace sonar... ¡Ya verás qué bonito viaje! (Pero no es la sirena la que funciona, sino la ducha.) No te apures, Julita, que esto es un chubasco... Debemos estar pasando el Ecuador. ¿Ves? Ya hemos llegado a la isla, ya veo la paliza que nos espera al caer en manos de los indios.

—De los criados, querrás decir.

FERNANDO COGLOEN.  
Doce años. Madrid.

### Calentamientos de cabeza.

Los individuos de las tribus africanas que viven cerca del lago Njassa tienen una manera original de suicidarse. Cuando se sienten cansados de la vida se meten en el lago y aguardan pacientemente que un cocodrilo los devore.

En el norte de la península de Alaska la gente se divierte, en los días más fríos del invierno, en arrojar vasos de agua desde la ventana para verla caer en la calle, ya convertida en cristal de hielo.

La cantidad más grande pagada por un poema fueron seis mil coronas de oro, abonadas a Sannazaro, por los ciudadanos de Venecia, por su composición elogiando a la ciudad.

MANUEL NIETO MOLINA.  
Nueve años. Madrid.



Aquí está, con Currínche y Turulato, el autor de estos retratos.  
FELIX PÉREZ.—Siete años.



La moza más bonita  
del mundo.  
E. T. C.  
Barcelona.



Buenos amigos.  
VOLTERETA.  
Nueve años. Madrid.



Un colaborador de  
PINOCHO.  
JUAN GAVILA.  
7 años. Valencia.

### Pues señor....

Voy a contar a mis pequeños lectores, no un cuento, sino un relato verídico.

Paseaba a la caída de la tarde de un día caluroso de verano caballero sobre mi bonita jaca enana Flecha, gozando de la dulce brisa vespertina por las dilatadas y extensísimas pampas argentinas, cuando, de improviso, mi pequeña cabalgadura, dando un fuerte resoplido y empujando las orejas cuanto le fué posible, se me encabritó, y, a pesar de espolpearla con toda la fuerza que me permitían mis pocos años, no había manera de hacerle seguir adelante.

¿Qué ocurrirá? —me dije. Reflexionaba sobre la causa que le podía obligar a permanecer en esta situación, cuando, cual no sería mi sorpresa al divisar, a través de unos espesos matorrales, dos puntos brillantes, luminosos, que miraban hacia nosotros, terribles, amenazadores.

—¡Un tigre! —grité—. Estamos perdidos. Tenía razón mi Flecha. Me amparé de mi pistola, dispuesto a jugarle el todo por el todo, y, apuntando hacia el lugar donde el tigre se hallaba, disparé un tiro. Nada. Los puntos brillantes permanecían quietos, inmutables. Disparé otro, otro y otro, y el mismo resultado.

Al fin, viendo su inmovilidad, y creyéndole muerto, me aproximé, no sin recelo, a los matorrales y ¡oh sorpresa! ¿Qué os parece que era lo que a mí se me antojó un tigre feroz? Dos pobres insectos. Dos luciérnagas. Dos gusanitos de luz, que vosotros habréis visto en el campo muchas veces.

Más tranquilo, continué mi accidentado paseo.  
Y colorín, colorao...

JESÚS G. DE RIVERA.  
Diez años. Valladolid.

### La huerfanita.

Era una cruda noche de invierno. A la puerta de una casa, una niña muerta de frío parecía inmóvil.

—¿En qué pensaría? Acaso en sus padres, que ya no existían.

Amaneció; ya había cesado la nieve y la lluvia; despertó, y después de haber comido un pedazo de pan duro, que era su único desayuno, comenzó su tarea diaria: la de pedir limosna.

Se dirigió a un suntuoso palacio, llamó a la puerta y salió un criado; al saber lo que quería, le dió con la puerta en las narices.

Desconsolada la pobre niña, decidió irse a casa de unos parientes suyos que habitaban al otro lado del monte. Empezó su camino entre la nieve; cuando llegó la noche, la niña se perdió en las espesuras del bosque.

Vió a lo lejos una pequeña luz, se dirigió a ella; era una cabaña de una familia de pastores; llamó a la puerta, y no tardaron en abrir.

—Señora —suplicó la niña—, me he perdido en el bosque.

La mujer la mandó que entrase, le dió de cenar y le dijo:

—¿Cómo te has perdido en el bosque? ¿Quiénes son tus padres?

Una lágrima se vió salir de los ojos de la niña.

—Señora, yo soy huérfana, no tengo padre ni madre; estoy sola en el mundo.

Después de contarles su historia, la mujer y los hijos se compadecieron de ella; luego le dijo: si algún día necesitas de mí, vienes, que yo siempre te recibiré.

Por la mañana, después de haberle dado las gracias, emprendió su camino por el bosque, y estuvieron en la puerta hasta perderla de vista.

Al atardecer llegó a casa de sus parientes, que no la recibieron de buena gana; al segundo día empezaron a darle mal trato; algunas veces la acostaban sin cenar, y así pasó una temporada. Cierta día, por la mañana, puso su pequeño equipaje al hombro, metió un pedazo de pan en el bolsillo, y marchó.

A eso del atardecer llegó a casa de la familia que antes la había socorrido; llamó a la puerta, salió a abrirle el más pequeño de los niños; al verla, dió un grito de placer, vinieron todos a recibirla con gran alegría y vivió feliz; aquella mujer fué para ella como una madre; esa fué la recompensa que Dios le dió.

JOSÉ RAMÓN LÓPEZ.  
Doce años. Caravia (Asturias).



## ALELUYAS DE PEPITO



Pepito sale de su piso a comer chorizo.

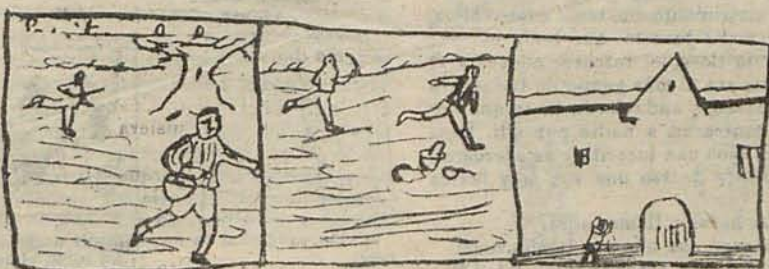
Pero ve una pera y se le antoja a la carrera.

Se sube como un gato y se le cae un zapato.

Está cogiendo la pera y lo ve un centinela.



—¿Tiene usted garbanzos cocheros?  
—Sí, señora; cocheros, pero sin uniforme.  
GERVASIO ORIA.  
Once años. Salamanca.

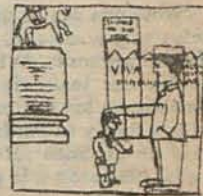


Sale corriendo por la carretera llevando en la cesta la pera.

Por correr de esa manera se le cae la pera.

Y llega a su piso sin pera, zapato ni chorizo.

ANGEL CASTIÑERO.  
Nueve años. Córdoba.



El pequeño.—Eres un gran hombre.  
El alto.—¿SP, pues no lo sabías?  
El pequeño.—Eres grande y morirás como César, por Bruto.  
ANDRÉS NOME.  
Doce años. Segovia.

### Julita está grave.

Julita está enferma, gravemente enferma.  
—¿Qué tienes, Julita?  
—No sé. Una pena que me mata. Estoy muy triste.  
—Calla, que viene el Señor Doctor. Estirate bien y hazte la se-  
recita.  
El Doctor se cala las gafas (esas de color-chocolate que tanto nos agrada el mirar a su través), y después de mucho examinar:  
—Está muy enferma Julita. Ha enfermado de melancolía.  
—¡Por Dios! Señor Doctor, si mi hija es tan alegre, siempre tan risueña. ¡Parece una cotorra cuando está bien!  
—Bueno, pero el caso es que está mal. Vamos Julita: ¿Cuánto hace que estás triste?  
—Así como dos semanas.  
—¿Qué te ha ocurrido pues? ¿Ha muerto Micifuz?  
—No.  
—¿Te ha picado el lorito? ¿Has roto la muñeca?  
—No, no, no y mil veces no.  
—¿Qué es lo que te ocurre pues?  
—Nada... sí, mucho. Pues que desde hace poco ha salido un pre-  
cioso semanario para niños que se llama PINOCHO, y mamá no me lo ha comprado, y yo sufro mucho porque no puedo pasarme una buena semana leyéndolo y riéndome con sus chistes.  
—Ya decía yo que algo grave te ocurría. Desde mañana tienes tu PINOCHO.  
Y desde aquel «mañana» Julita ya no ha estado mala porque tiene PINOCHO, que es la alegría de los niños.

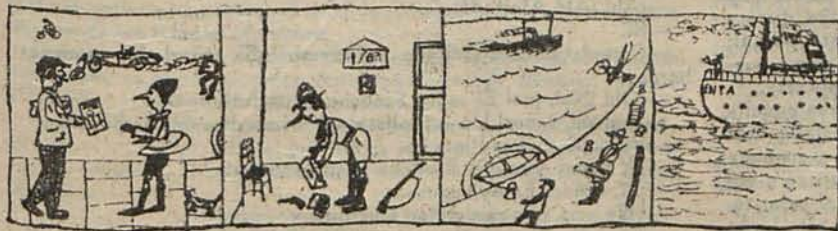
EUGENITA G.  
Catorce años. Zaragoza.

### La princesita enferma.

Había en cierto país, llamado Conchinchapa, una princesa de singular belleza, la cual se puso gravemente enferma, según había pronosticado su madrina, el hada Parivanú, que había dicho lo siguiente: «La princesa caerá enferma al cumplir los quince años; si antes de cumplidos, con tres días de anticipación, no la cura un príncipe, morirá.»  
Pocos días antes de cumplir los quince años comenzó, efectiva-  
mente, a entristecerse y enfermar. Los padres veían que cada día se ponía peor, y no habiendo llegado ningún príncipe, se encontra-  
ban en la más completa desesperación. Todo esto lo supo el príncipe de Chinchis, por medio de su madrina, el hada Jantipa, y pidió permiso a sus padres, quienes se negaban a concedérselo, dicién-  
dole que, desgraciadamente, no podría curarla, y el rey, padre de la princesa, furioso, le condenaría a muerte. El príncipe nada re-  
plicó a las advertencias de su padre; pero cada día comía menos, menos, menos, quedándose débil, hasta el punto de que cuando ho-  
jeaba PINOCHO, con el aire, se le torcía la cabeza. Sus padres, temiendo su muerte, le dejaron partir y le dieron una calabaza llena de un licor maravilloso, una citara de una sola cuerda y una hor-  
miga de oro; aquella misma noche, al dar la última campanada de las doce, salió caballero en brioso corcel, llegando al castillo de la princesa y siendo muy triunfalmente recibido; y habiendo presen-  
tado los tres dones a la princesa, la recomendó que bebiese del contenido de la calabacita, en tanto que su doncella tocaba la cita-  
ra, y la hormiga la engarzase en un guardapolvo; haciéndolo tal como se lo dijo el príncipe, se puso buena, y los padres, en recom-  
pensa, le concedieron la mano de su hija, celebrándose las bodas con todo esplendor y mucha alegría.

Y, pirulin pirulin,  
el cuento llegó a su fin.

MARÍA DEL CARMEN ALCOCER.  
Doce años. Avila.



Pinocho compra un periódico y lee que en el centro de África hay muchos leones y panteras.

Corre a su casa, se pone un traje de explorador y se prepara para el viaje.

Toma pasaje en Cádiz y se dirige hacia Fernando Poo en el vapor «Tormenta».

Desde la popa se despiden de sus amigos.



Mesa revuelta.  
FELIX MOLINER, Doce años.



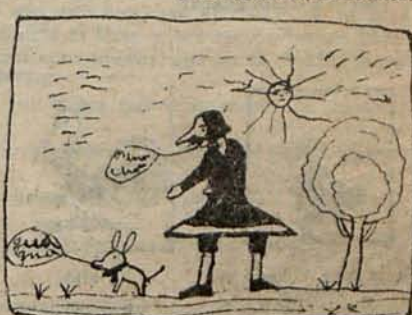
Cuando llegó le dijo a un negro que le acompañara en la cacería.

Se subieron en una palmera y desde allí hicieron una gran man-  
tanza.

Cargaron todas las piezas en un carruaje para llevarlas al puerto.

Al llegar a su pueblo le felicitaron todos sus amigos y Pirula, y todo el importe de la cacería lo gastó en juguetes.

CARLOS FRIAS.  
Catorce años. El Bonillo (Albacete).



Pinocho y su perro.  
THINI GROS, Ocho años. Málaga





—¿A mí?



—Eso dígamelo usted aquí afuera.



—No, se lo digo aquí adentro.

FERNANDO BUESO.  
Doce años. Sabadell.



—Ese pollo que ha llevado usted a la mesa no estaba bien limpio, pues olía.

—Pues, señora, lo he limpiado hasta con bencina.

GABRIEL DORAO.  
Vitoria.



¿Cuál es el auto que más conviene comprar?

El Fiat, porque dice que... fía... t.

ANA MARÍN BARGO,  
Santander.



Un gaucho en la Pampa.

ARTURO LONGORIA.  
Once años. San Sebastián.

### Perdidos en el bosque.

Había una vez en un pueblo un matrimonio que tenía cuatro hijos, todos muy buenos. El mayor se llamaba Juanito, que tenía catorce años; el segundo, Antonio, que tenía doce; el tercero, nueve, y el cuarto, que tenía cinco años y que era el más guapo de todos. Un día salieron los dos pequeños de paseo, y anduvieron tanto que llegó la noche y se perdieron; no encontraron a nadie por allí. Después de un buen rato vieron a lo lejos una lucecita y se acercaron a ella. Llamaron a la puerta y salió de dentro una voz muy fuerte que les dijo:

—¿Quién es el que viene a estas horas a llamar aquí?

Los niños se asustaron y contestaron con una voz temblorosa:

—¡Si, por favor, buena mujer, nos dejara pasar aquí la noche! Nos hemos perdido en el bosque y no sabemos volver a nuestra casa.

—Bueno, entrad, y mañana os indicaré el camino para que os volváis.

A la mañana siguiente salieron los dos hermanos camino de su casa. Después de mucho andar, llegaron. Estaban sus papás llorando de pesar y al verlos se llenaron de alegría.

—¿Qué es de vosotros, hijos míos? ¿Qué os ha pasado?

Los niños contaron lo sucedido. Todos vivieron contentos y no hablaron más de lo sucedido. Colorín, colorado este cuento se ha acabado.

CARMEN MAGUREGUI.  
Diez años. Logroño.

### Arrepentimiento.

Este era un niño muy malo y muy desobediente que se llamaba Miguelín.

Un día fué a comprar pan; pero como era tan desobediente, se puso a jugar con el dinero que le dió su mamá.

En los primeros momentos ganó; pero después fué perdiendo hasta que no le quedó ni un céntimo, y aún pidió prestadas a un amigo dos pesetas.

Una vez sin el dinero pensó en la mentira que tendría que soltarle a su mamá cuando llegase a casa sin el pan y sin el dinero y debiendo dos pesetas.

Agobiado por este pensamiento, se puso a llorar. Ya se había arrepentido y se marchaba hacia casa, cuando sintió un golpecito en la espalda. Se volvió y vió con asombro que era su madre, que lo había presenciado todo, y en vez de pegarle le dió las dos pesetas para que se las devolviese a su amigo.

Miguelín, al ver que su madre se portaba mejor de lo que él creía, le pidió perdón por la falta que había cometido.

Desde entonces no volvió a jugar más.

ARNALDO AZZATI.

### Luisito, desobediente.

Pues señor, que Luisito era un niño de bucles de oro, que querían mucho sus papás; pero era muy desobediente, por lo que su abuelito decidió corregirle, porque la desobediencia es una cosa muy fea.

Un día en que Luisito se preparaba a comerse un pastel muy grande, llegó su abuelito con una cajita que entregó al niño, diciéndole: Voy a comprarte un juguete muy bonito, que he visto, para tí; guárdame este paquetito hasta que yo vuelva, pero no lo abras, porque si esto hicieras, no te daré el regalito que voy a comprarte.

Apenas se vió solo, el niño quiso saber lo que encerraba aquella cajita, prometiéndose cerrarla y envolverla conforme estaba después de satisfacer su curiosidad. Abrió con cuidadito el paquete y... ¿sabéis lo que salió de él?, un pobre pajarito que empezó a volar por todas partes. Luisito, asustado, quería cogerle, y el pajarito, tan asustado como el niño, revoloteaba más y más, y en esta lucha Luisito aplastó su pastel, rompió mil cacharros bonitos que su mamá tenía en aquella habitación, se quedó sin el juguete prometido por su abuelito y estuvo dos días enfermo del susto que sufrió. ¿Verdad, mis queridos lectores, que vosotros no sois como Luisito?

¡Ah!; a este niño le perdonaron sus papás, porque desde ese día no volvió a desobedecer.

MARUJA GARCÍA.  
Siete años. Madrid.



La tía Paca, cuando va al mercado.

SALVADOR VILALLANGA.  
Nueve años. Barcelona.



Gallo.

ENRIQUE JARQUE.  
Once años. Ceuta.



El moro «El Gato».

RICARDO MARTÍN.  
Doce años. San Sebastián.



—Niño, ¿qué edad tienes?

—Quince años.

—Y dónde has echado el tiempo?

—Pues en el río con mi abuela.

—¿Qué hacías?

—Diez años. Pegalajar (Jaén).



Pepito, al salir de su casa, cogió el paraguas pensando que llovía;

FERNANDO AINSA.—Siete años. Zaragoza.



A media noche.

—¿Es usted el que ha puesto un anuncio diciendo que vende una bicicleta?

—El mismo, caballero.

—Pues venía a decirle que yo no la puedo comprar.

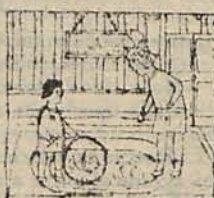
CARLOS GARCÍA DÍEZ.  
Madrid.



—Oye, Nicanora, ¿sabes si tiene el carnicero pies de cerdo?

—No sé, señorita, pues tenía los zapatos puestos.

BLANCA REDONDO.  
Doce años. Madrid.



—¿Quién se ha comido los bombones de mi caja?

—Yo no, sólo me he comido uno cada vez.

L. MORALES.  
Once años. Barcelona.

### ¿Dónde vive el señor Pinocho?

El día en que el señor Chapete decidió devolver su visita al señor Pinocho, se encontró con el inconveniente de no recordar sus señas; nada más que vivía en la calle de Alcalá; pero teniendo en cuenta que esa calle es muy larga, no sabía cómo salir del apuro.

Lo más seguro —pensó— es preguntar al primero que encuentre en el camino.

Seguidamente se encontró con un plumero. Descubriéndose se acercó y habló del modo siguiente:

—Perdón. ¿Usted no conoce a un señor Pinocho que vive en esta calle?

El interpelado se paró, miró a su interlocutor y preguntó:

—¿Cómo ha dicho usted?

—Señor Pinocho.

—¿Pinocho? —dijo el plumero rascándose la cabeza—. ¡Pinocho!.. Me parece que lo conozco. Después añadió: ¡Pinocho! Sí, sí. ¿Gordo, con barba negra?

—No; al contrario —dijo Chapete—. Grande y afeitado.

—¡Ah! ¡Ah! Afeitado.

—Sí.

—Completamente afeitado... ¡Caramba! ¡Sí, señor! ¿No es un tabernero?

—¡Oh! ¡No! ¡No! El señor Pinocho es un futbolista.

—¡Ah! ¡Sí, señor! Un futbolista. ¿Y cómo dice que se llama?..

—Pinocho. Señor Pinocho.

—¿Y usted cree que Pinocho es un futbolista?

—¡Sí, señor! Estoy seguro.

—¿No será por casualidad Currinche?

—¡Qué Currinche! ¡No, señor! ¡Pinocho! Estoy seguro.

—Bien, bien. Algunas veces se equivoca uno. De modo que usted a quien busca es a Pinocho. ¿No es eso?

—Sí...

—¿Y que vive en la calle de Alcalá?

—¡Perfectamente!

El plumero hizo un gesto de asombro y añadió:

—Pues si usted busca al señor Pinocho, futbolista y que vive en la calle de Alcalá, tengo el sentimiento de decirle que no sé de él una palabra, porque no soy del barrio.

ADELINA VILLAREJO ESCRIBANO.  
Catorce años. Ferrol.

### El gato y el perro.

Érase una vez un perro y un gato. El perro se llamaba Quis Quis, y el gato Sanchito. Un día que el perro estaba muy furioso, y Sanchito también, se encontraron los dos animalitos en la calle y se estuvieron peleando cerca de media hora. Este es el fin; que los que riñen, acaban peleándose siempre.

SANTIAGO GARCÍA.  
Siete años. Santander.





Era un gato muy rapaz  
que de todo era capaz.  
CARMEN ESPARZA.  
Once años. Valencia.



Una hermosa procesión de Málaga, en Semana Santa.  
CARMEN GROSSE.  
Siete años. Málaga.



—Ruperta, ¿dónde has  
puesto el hielo?  
—Lo puse a secar al  
sol.  
TERESA GAVILÁ.  
Diez años. Valencia.



La palomita de mi jar-  
dín.  
CONCHITA ORIA.  
Santander.

### Las gafas maravillosas.

Esto eran tres niños, huérfanos de padre y madre, que se encontraron en su camino, y por todo capital tenían una flauta y un perro. El mayor tocaba muy bien la flauta, el mediano cantaba muy bien y el pequeño no sabía hacer ninguna cosa, por ser muy pequeño. Decidieron ir de pueblo en pueblo, tocando y cantando. Un día echaron de su compañía al pequeño, llamándole holgazán e insultándole.

El pobre niño se marchó con su perro, teniendo que pedir limosna. Un día, al pasar por la catedral, vió un anciano, al cual se le cayeron unas gafas negras. El niño corrió tras él para entregárselas; pero el anciano entró en la catedral, y como los perros no pueden entrar en las iglesias, el niño esperó, y cuando salió el anciano le entregó las gafas. Pero el anciano le dijo:

—Mira por aquí, hijo mío.

El niño miró y lanzó un grito de alegría. Vió el Paraíso y en él su madre, que le miraba cariñosamente. El anciano, entonces, le quitó las gafas de delante, y el niño dijo:

—Yo quiero ir con mi madre.

Pero el anciano dijo:

—Sé bueno, trabajador y honrado y la llegarás a ver.

Y dicho esto desapareció.

El niño cumplió el consejo del anciano, y a los pocos años era rico y feliz en compañía de su perro.

ENCARNACIÓN GONZÁLEZ.  
Diez años. Madrid.

### Cuento.

Había en tiempos antiguos dos reinos muy próximos, en los que reinaban dos reyes llamados Eleazar y Jonatás. El primero tenía muchos hijos y el segundo ninguno.

Jonatás estaba siempre apenado, rogando a Dios constantemente le concediera sucesión para su trono, pidiéndolo con tanta fe, que Dios lo premió con tener un hijo varón, el que nació con tres cabellos dorados, que causaron la admiración de todos.

La Reina madre fué la única persona que llegó a saber el significado de los tres cabellos dorados, por revelárselo Dios durante un sueño, con la advertencia de no decirlo nada más que a su hijo cuando cumpliera doce años, sin que ninguna otra persona pudiera conocer la virtud de los tres cabellos dorados, la que desaparecería en ese caso.

Estos significaban que el niño poseería, al tener doce años, tres grandes dones: talento, fuerza y riquezas bastantes para vencer a todos sus enemigos.

Pasando el tiempo, tuvo lugar una guerra entre Eleazar y Jonatás, venciendo fácilmente el segundo, a pesar de ser mucho más pequeño su ejército.

Desesperado Eleazar, trató por todos los medios de averiguar el secreto de la fuerza de su enemigo, y enterado de que el Príncipe de los cabellos dorados tenía amistad con un pastor de su reino, le envió emisarios, que le prometieron grandes tesoros si conseguía del Príncipe el que le dijera qué significaban los tres cabellos dorados que tenía.

El Príncipe al pronto se resistió a decirlo, pero terminó por confesar el secreto al pastor, el cual lo comunicó a sus enemigos a cambio de los tesoros ofrecidos.

Sucedió luego que estando dormido el Príncipe en su Palacio penetraron en él por sorpresa gente mandada por Eleazar, los que arrancaron al Príncipe sus tres cabellos dorados.

El Príncipe, al despertar, se había quedado atontado, y al verlo su madre así comprendió el motivo en seguida, confesando el Príncipe lo sucedido, el que por siempre lloró las consecuencias de su debilidad.

Respetando a Dios y a tus padres,  
serás un niño muy bueno,  
sin caer en los errores  
del Príncipe de mi cuento.

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA Y SPÍNOLA.  
Siete años. Granja de Torrehermosa (Badajoz).



—¡Hoy no... me  
compraron PINO-  
CHO!...  
AULO DE LA SOTA.  
Once años.



Don Turulato: —¿Cómo  
se llama este golfo?  
Currinche: —No sé, Don  
Turulato; yo no me trato  
con esa gentuza.  
JOAQUÍN PEÑA.  
Nueve años. Madrid.



Pinocho, periodista  
ambulante en Sevilla.  
PEPITO Y MANOLITO  
SAMANIEGO.  
Nueve y Diez años.  
Orense.

## UN PARTIDO AMISTOSO

Por José Luis Ferrer



JOSÉ LUIS FERRER.  
Madrid.

### El misterio del callejón.

Antonio Pérez, un joven de unos veinte años, natural de Sevilla (pasa esto en 1924).

Una noche contaba a su madre, a su padre y a su amigo José Rodríguez, una historia que a él le pasó.

—Yo trabajaba —dijo— en la viña Mario Morini; éramos seis los trabajadores con Mario. Mario y yo dormíamos en la casa de éste; mis otros cuatro compañeros iban a dormir a una tienda que distaba un kilómetro.

Un día, por la mañana, unos de mis mejores amigos, que se llamaba Juan, me dijo:

—Antonio, ayer, por la noche, cuando yo y mis tres amigos íbamos a la tienda, nos ocurrió un caso.

Al pasar por el callejón, que es donde hay medio kilómetro entre aquí y la tienda, vimos en el potrero, que da a mano izquierda (caminando para la tienda), vimos a una sombra blanca, que venía hacia nosotros, tenía la forma de un cuadrúpedo; yo y mis compañeros echamos a correr, con los pelos parados, a la tienda...

Juan terminó su relato, y yo le dije:

—Vamos a trabajar; luego hablaremos.

A mi me dió qué pensar ese relato; por la noche dije a mis compañeros que no iba a ir (yo si iba a ir, pero cuando se durmiera Mario y se fueran mis compañeros).

Cuando se fueron mis compañeros y se durmió Mario, cogí un puñal y me puse en camino.

Al llegar al callejón vi, en efecto, un animal blanco comiendo hierba, parecía un fantasma; me miró y volvió a comer; a mi se me pararon los pelos de punta, no sabía si seguir a la tienda (pues yo quería ir también) o volver atrás.

Saqué al fin mi puñal y me dirigí al fantasma: llegué, y cual no fué mi sorpresa al ver que era un buey, que el reflejo de la luna ponía blanco al animal. Acaricié al buey y me reí de buena gana.

Fui a la tienda y dije a mis compañeros, que no se habían acostado todavía, que me siguieran.

Al llegar al callejón vi que todos mis compañeros se llenaban de terror al ver al buey.

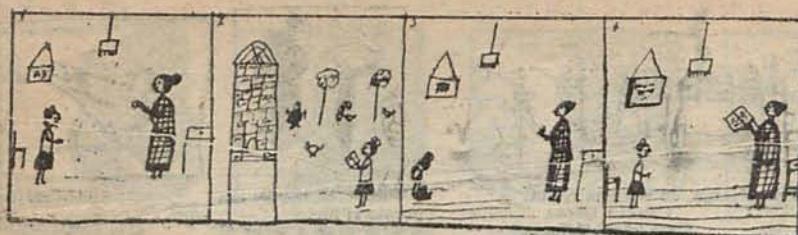
Yo me dirigí al buey, lo acaricié, y lo traje sin gran trabajo a mis compañeros.

—¡Oh Antonio!, me dijo Juan cuando le conté cómo había sabido que era un buey la sombra.

—Es usted un valiente; ninguno de nosotros nos hubiéramos acercado allí.

JOSÉ GONZÁLEZ Y PORTILLO.  
Catorce años. Guantánamo. (Cuba).





Doña Tula a su hija [Pia] manda a la confitería. Y en vez de comer bizcocho, gasta el dinero en [PINOCHO]. Su mamá que se enojó, a Pia la castigó. Pero cuando vió a [Pirula] Doña [Tula], se arrepintió.



La finca de papá, y yo columpiándome, ELENA MATA. Diez años. Madrid.

### Perico Cascarrabias.

Perico Cascarrabias era hijo único de una acomodada familia que tenía mucha tierra en la Habana.

Su verdadero nombre era Canuto Hueco de Caña, y debe su apodo a las rabietas que hizo cuando tenía cinco meses. Estaba llorando en su dorada cuna reclamando la presencia de la nodrina, y como ésta tardara en acudir más de lo que el chiquitín pudo aguantar, fué a la cocina y lleno de rabieta y prescindiendo de los servicios de la nodriza se preparó una soberbia ensalada de pepino, tomate, escabeche, cebolla, etc., y no se alimentó de otra cosa hasta el fin de sus días.

Ya mayor, no supieron sus padres moderar la ira de Cascarrabias. Viendo su padre la imposibilidad de educar a su hijo, decidió mandarlo a recorrer el mundo para que con los viajes aprendiese prácticamente lo que en los libros le era imposible.

Después de muchos días de caminar llegó a un castillo (esto del castillo es lo corriente en estos cuentos), donde una sirvienta rara salió a su encuentro. Tenía ésta cabeza de chorlito, cuerpo de pez coca, piernas de ternera mechada y pies cuadrados; y admirado Cascarrabias de su magnificencia preguntó cómo se llamaba tan señorial mansión.

—Este es el palacio de la Paciencia, y para penetrar en él y desencantar a la Princesa, que hace tres mil años está castigada por un acto de ira, tendrás que hacer lo siguiente:

«Al colocarte en esta puerta, que conduce al fin apetecido, observarás que tus pies, por más que andes, adelantarán muy poco, porque el suelo gira en dirección contraria a la tuya.

»Si das pruebas de paciencia, a medida que demuestras que sabes refrenar tu ira, cederá el suelo, y si, por el contrario, incurres en las rabietas que te dieron nombre, quedarás convertido en macetero, semejante a los que ves en ese salón.

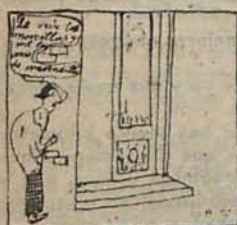
Cascarrabias se colocó en la puerta dispuesto a penetrar, y al principio supo resistir y hasta le divertía la especie de tapiz *roulant* que tenía bajo sus pies; pero bien pronto se cansó de la novedad, y un acto de ira lo convirtió en macetero.

Y así continuará por los siglos de los siglos, hasta tanto leáis en algún cuento de Calleja que un joven ha sabido resistir la prueba y desencantar a la Princesa, y desde este punto todos los maceteros volverán a su primitivo ser.

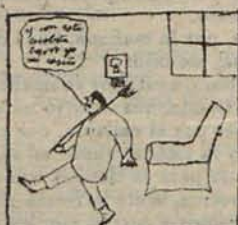
Tened en cuenta, niños, que la ira es uno de los pecados capitales, y, por tanto, un pecado mortal que Dios sabrá castigar.

C. ZALDÍVAR GARCÍ-ALFONSO.

Trece años. Santa Eulalia del Campo (Teruel).



En casa de Doña Juana entraron los ladrones muy [de mañana].



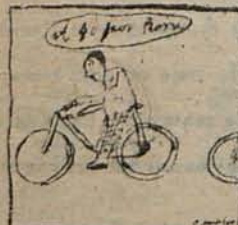
Y como nadie los oyó llevaron un escobón.



Y como nadie los vió se llevaron un jamón.



Y cuando cuenta Doña Juana se dió, salieron por el balcón.



Y otra noche de tormenta ya corren para la puerta.



Y un relámpago dió y Doña Juana se asustó.



En el país de Lilliput. JAVIER DIAZURTA. Siete años. Tolosa.

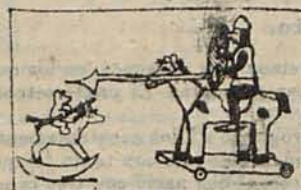


El gordiflón Melocomo se encontró cierta mañana con un riquísimo gnomo.

Y le dió una varita, que utilizándola bien, produce muchas cositas.



Los amigos de Pinocho. JULIÁN ROMÁN. Ocho años. Zaragoza.



Pinocho en un torneo. AGUSTÍN MORALES. Trece años. Barcelona.



Mis amigos del campo en el verano. MARÍA ALLERTA. Ocho años. Alicante.

### Los misterios de Don Procopio.

En un pueblo, de yo no sé dónde, vivía un señor, llamado Don Procopio, el cual era la preocupación de todo el pueblo, por no saber de qué vivía. Pero en dicho lugar había, como en casi todos los sitios, un vecino que era el trae y lleva de todas las vidas, al cual le llamaban *El tío Cerilla* por su extremada delgadez, y se propuso averiguar la vida de Don Procopio, para lo cual se introdujo un día en la casa por el agujero de la cerradura, y escondiéndose debajo de la cama, vió que Don Procopio sacaba de una cajita una pildorita, y que la machacaba, y que diciendo unas palabras se iluminaba aquel lugar y aparecía un hada, a la que pidió un suculentó banquete. *El tío Cerilla*, asombrado de ver aquello, aguardó la ausencia de Don Procopio, y cogiendo una pildorita hizo la misma operación que había hecho Don Procopio.

Pero, ¡oh asombro! En lugar del hada de los manjares apareció un enorme gigante, que, con no menos enorme garrote, dió tal paliza al *Tío Cerilla*, que lo dejó rendido, con lo cual no volvió más, en el resto de sus días, a averiguar vidas ajenas.

JUANITO PINTO. Doce años. Valladolid.

### Los tres hermanitos santos.

Pues, señor, había una vez en Persia tres hermanitos, o sea, dos niñas y un niño, llamados Margarita, Conchita y José Ramón. La mayor tenía once años, la otra, nueve, y el niño, cinco. Todos eran hijos de los Marqueses de Huerta.

Cierta día, estando en el jardín Margarita, José Ramón y el ama, vinieron tres hombres, los cuales arrebataron a Margarita y al niño, quedando el ama desmayada. Así es que quedó sola Conchita.

Un día, Conchita, quiso ir al campo sola; pero madame Bombón no la dejó. Conchita fué con ella; pero al llegar a una bajada le dijo: «Madame reste ici si vous plait parceque je veux arracher cette fleur.» (Señora, quédese aquí, por favor, porque voy a coger esa flor).

Y Conchita se marchó por ver si encontraba a sus hermanitos. Madame Bombón, en vista de que no venía, fué a casa y contó a los señores lo sucedido, los cuales estuvieron a punto de desvanecerse, pues ya no les quedaba ningún hijo.

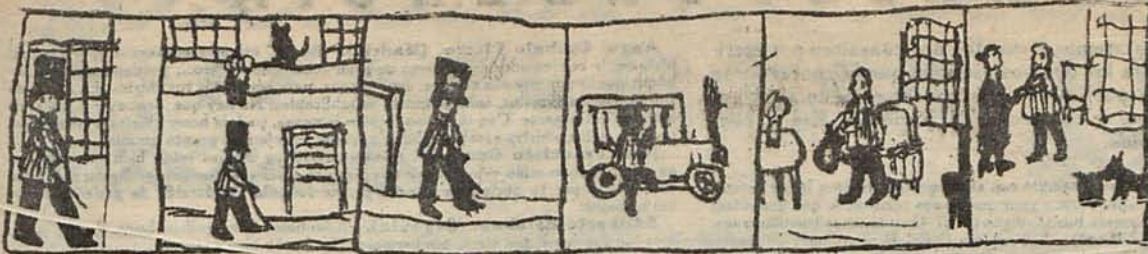
—Mandar muchos criados en busca de sus hijos—dijo madame Bombón—. Pero todo fué en vano, pues no los encontraron.

Los tres hermanitos se encontraron, y haciendo la vida de ermitaños vivieron largos años y fueron santos.

MARÍA DEL CARMEN ELIZALDE. Once años. San Sebastián.



## HISTORIA DE DON ROBUSTIANO



Don Robustiano para ir a ver a su novia compra una chistera.

Al pasar por debajo de una casa, un gato le tira un tiesto. ¡Pobre chistera!

Don Robustiano compra otra chistera.

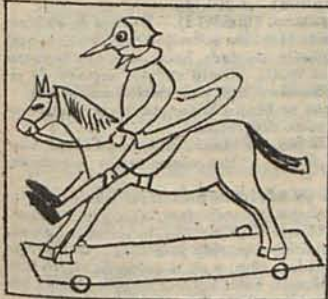
Al subir al automóvil se le aprieta la chistera. Don Robustiano va perdiendo la paciencia.

Don Robustiano compra otra, y al llegar a casa de su novia no sabe dónde ponerla, y, por fin, la pone en el suelo.

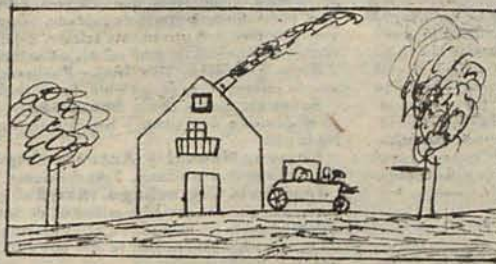
Y... al irse a marchar, vió con asombro que el perro se la presentaba en la boca... toda rota.

[Pinocho, campeón! R. Rodríguez.

CHOLA MÉNDEZ.—Trece años, Coruña.

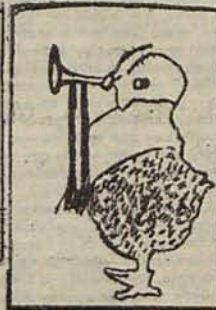


Pinocho, jinete.  
MARI PILI SASTRE.  
Once años, Bilbao.

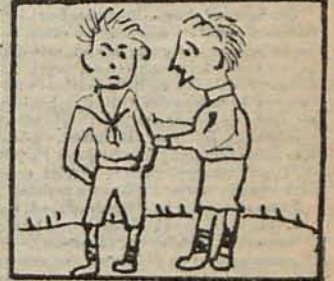


La casa a la que me voy a ir este verano.

ANGELITO VILLAR.  
Siete años, Málaga.



Un pollito tocando la corneta.  
INÉS LERCHUNDI.  
Seis años, Bilbao.



—Oye, Pepito: ¿A que no sabes cuál es el animal que a la vez es dos animales?  
—No caigo, chico.  
—Pues el gato, porque es gato y araña.

JOSÉ MARI CELIS.  
Diez años, Villacañas (Toledo).

### El cuento de nunca acabar.

Este era un Rey que tenía una hija, a quien quería mucho. A esta pequeña Princesa (así hay que llamarla, pues no tenía más que cinco años) no le divertían sus juguetes, ni sus paseos por los jardines o por el campo, ni le gustaban los teatros y circos, ni se entretenía leyendo libros de cuentos o de estudio; así que se pasaba todo el día aburrida, y sólo abría la boca para comer y decir estas palabras, tan aburridas como ella:

—Yo quiero que me cuenten un cuento muy largo, muy largo, que nunca se acabe. Sólo así me consolaré.

Su padre, que la quería con toda su alma, dijo a todo el pueblo que quien lograra decir a su hija el cuento deseado, y que seguramente la curaría de su aburrimiento, le premiaría regalándole un tonel de los grandes lleno de oro y plata, y todo lo que quisiera llevarse.

Muchos fueron a contar a la Princesa el cuento, diciendo que nunca se acababa; pero más tarde o más temprano le terminaban. Y la Princesa seguía aburriéndose.

Por fin se presentó un mozaibete, que prometió hacer lo que la Princesa deseaba, y ésta se preparó nuevamente para escucharle. El mozo empezó así:

—Era una vez un pavero que llevaba al mercado mil millones de pavos. Llegaron a un puente muy estrecho, por donde tenían que pasar uno a uno. Y pasa uno, y pasan dos, y pasan tres, y pasan cuatro, y pasan cinco, y pasan seis...

—Sigue —le dijo la Princesa—. Cuéntame lo que pasó después.

—No —dijo el otro—; hay que contarle todo.

Y siguió contando. Y así pasó un día y otro, y un mes y otro mes, y los pavos seguían pasando, y el hombre aquel seguía contando lo de los pavos, sin dejarlo nada más que para comer o dormir.

La Princesa, cansada, se dormía, y cuando despertaba oía el soniquete que seguía diciendo:

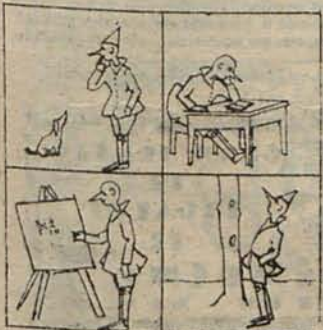
—Y pasan noventa, y pasan noventa y uno, y pasan noventa y dos...

Y así pasaron tres años, y el mozaibete sólo llegaba a trescientos millones de pavos. Por fin la Princesa dijo que ya no se aburría, aunque el chico sólo llegaba a trescientos millones de pavos.

El Rey entonces dijo:

—Has cumplido tu palabra. Puedes llevarte lo que te ofrecí. Y colorín colorado.

MARÍA TERESA URRUTIA.  
Diez años, Valladolid.



Pinocho está preocupado, y se pone a estudiar como una fiera, ya que pretende saber por qué el olmo no da peras.  
BENITO ARIIZABALAGA.  
Doce años, Madrid.



Bruja 1.ª: ¿Cuántas hijas tiene usted?—Bruja 2.ª: Treinta y cinco.—Bruja 1.ª: ¿Y cuántos años tienen?—Bruja 2.ª: La menor tiene ciento cincuenta y siete años.—Bruja 1.ª: ¡Ah! Entonces ya estarán crecilitas.

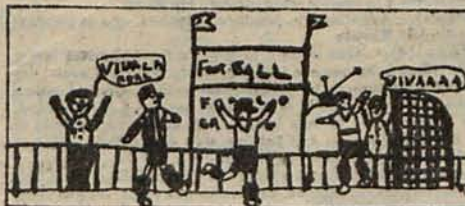
MODESTO POLO.  
Diez años, Madrid.



Don Torcuato se pone guapo para ir al teatro.  
MARÍA LUISA LEJEL.  
Siete años, Zaragoza.



¡¡Booooo!!  
ANTONIO ALBAÑÁN.  
Diez años, Barcelona.



Mis amigos jugando al fútbol.  
JOSÉ MANUEL ELOSEGUT.  
Nueve años, San Sebastián.



Un salto notable.  
M. DE GÓNGORA.

### Pues señor...

Erase un chino muy malo, que se llamaba Ki-tang. Tenía muy malas costumbres; entre ellas, la de pegar a su hermano.

Un día que le estaba pegando, se le apareció un genio, llamado Fu-fu-rrrián, y le dijo:

—Por malo, vuélvete mono hasta que alguien te quiera.

Como nadie le quería, vivió muchos años bajo la forma de mono, hasta que una niña lo encontró y se lo llevó a su casa. Allí siguió viviendo el mono hasta que la niña, en uno de sus transportes alegría, le dijo:

—¡Cuánto te quiero!

Con lo cual quedó deshecho el encanto y el niño volvió a su forma natural; pero tan arrepentido que desde aquel punto y hora causó la alegría de sus padres, y...

Colorín, colorete,  
por la chimenea salió un cohete.

ANTONIO M. VEGA DE SEOANE.  
Once años, San Sebastián (Guipúzcoa).

### El pescadito Príncipe.

En tiempos de Mari-Castaña, en una ciudad habitaba un hombre que tenía una hija de extraordinaria hermosura.

Un día aquel hombre, llamado Roberto, paseaba por la orilla del río y oyó una voz desconocida, mas no hizo caso. Al día siguiente, a la misma hora, oyó la misma voz, que procedía del río, y vió a un pecesito pequeño que le llamaba.

Roberto se asombró, y, pasado su asombro, le preguntó qué quería; y el pescadito le contestó que como sabía que pedía dinero, él se lo daba a cambio de una cosa que estuviera a su alcance.

E inmediatamente le dió el dinero que quería, y le dijo que quería casarse con su hija. Entonces el padre lloró; pero al fin consintió.

Luego el pescadito se convirtió en un Príncipe, y vivió muy feliz con la hija de Roberto.

GONZALO TORRES.  
Nueve años, Barcelona.



# CORRESPONDENCIA

En esta sección contestaremos a cuantos nos consulten por escrito. Pero tengan en cuenta los que nos escriban que la contestación a sus cartas tardará en publicarse aproximadamente un mes, por necesidades impuestas por la confección del periódico. Eso sí, *contestaremos a todo el mundo.*

**José M. Vivanco.**—Deseo que continúes con el mismo talento para hacer versos. Buen versificador eres, amigo Pepe. Pero... ¿por qué no nos remites, tu que tienes tanto talento, algo nuevo, absolutamente bueno, digno de ti? Quizás sepas complacernos.

**Pepito Romero. (Ciudad Real).**—¡Oh, amigo Pepe! Eres un buen dibujante. No nos cabe duda. Pero esperamos de ti, gran Pepito, otro dibujo, definitivamente magnífico, como tuyo...

**Marisa Baldosano. (Madrid).**—Muy bien, Marisa. Sin embargo, ¿quién te asegura que no puedes hacerlo mejor, mucho mejor? Por lo que a mí hace, estoy seguro de que una niña como tú, tan listísima, puede construir verdaderas maravillas. ¿No es así? ¿No estoy en lo cierto?

**Antonio Sancho Balara. (Madrid).**—¡Qué malito eres, Antoñito! Mira que son lamen ables, pero de verdad, absolutamente perversos, tus dibujos y cuentos. Aquí para entre nosotros, ya que no me oye nadie, te recomiendo que no nos mandes más trabajos de esa clase, porque nos cuesta mucho trabajo, no precisamente rechazarlos, sino verlos y leerlos, Antoñito.

**Enrique Perea. (Santander).**—Tu barco, que ha sabido «parar en seco», no lo podemos publicar. Ello tiene su razón de ser, como todo que lo acaese en este mundo. Tu barco, que nos gusta mucho, está dibujado precisamente, para desgracia de tu dibujo, encima del membrete del papel. No comprendemos en ti, que tan cuidadoso eres de tus cosas, cómo no has advertido esta pifia. Y creemos que lo sentimos, ya que tu barco se halla bien dibujado y en buenisimas condiciones para navegar por las preciosas aguas de las páginas de PINOCHO. Animo, Enrique, y dirigenos otra embarcación.

**Nicolás Morán. (Bilbao).**—Los dibujos hay que hacerlos con buena tinta china. Este es un antiguo consejo de PINOCHO que nadie, por lo que veo, toma en cuenta. Y, sin embargo, querido Nicolás, es importantísimo el cumplimiento de aquel consejo para lograr publicar en nuestra revista.

**Ernesto García. (Madrid).**—B en. Admitido, amigo Ernesto.

**Enrique Albert Hamilton. (Alicante).**—¡Tinta china! ¡Tinta china!

**Gerardo Conforto. (Mahón).**—Bandidos como el de tu cuento, querido Gerardo, ponen los pelos de punta. Por esto precisamente no publicaremos tu relato. Tememos ver, si nos atreviéramos a darlo en la Revista, tememos ver a los p nochistas todos asustados, con los pelos de punta. No, no puede ser. Sería tremendo. Tú lo comprenderás así, amigo mío, conformadote con nuestra decisión. Nosotros te estimamos en lo que vales, que es mucho, y creemos que sabrás hacer otras cosas, donde no importará que intervengan bandidos, siempre que éstos no sean de la traza del de tu cuento. Porque hay bandidos y bandidos, amigo Gerardo. Si nos mandas algún otro, procura que sea de lo más agradable e inofensivo. De todas formas, nunca estará demás que nos avises con anticipación, por correo aparte, para prevenirnos. Ello no lo decimos por indicación de Pinocho, que es sumamente valiente, como sabes, sino por indicación de Pirula, que tiene un corazón minúsculo, tierno y asustadizo.

**Víctor Fernández. (Gijón).**—Te felicitamos efusivamente por el acierto de tu deliciosa historieta. Muy bien. Se publicará más adelante.

**Antonio Pardo Pascual. (Zaragoza).**—Tu dibujo es una buena obra, publicable e impublicable. Publicable, por el dibujo en sí, que es correcto, bonito y pulcro; impublicable, por el chiste, que no es todo lo bonito que debiera ser. Sentimos este desnivel entre el dibujo y el chiste, máxime cuando reconocemos excelentes cualidades para dibujar. Pero tú sabrás remitirnos nuevos trabajos que no muestren el más ligero lunar. ¿No es cierto?

**Cholín. (Madrid).**—Muy bien. Quedan admitidos tus dibujos.

**Pilar Mayo. (Madrid).**—También tu dibujo, por bueno, queda esperando su hora de salir al público.

**Rodrigo Campa y París. (Avilés).**—¿Quién dejaría sin publicar, mi Don Rodrigo, tu preciosa obra? Queda admitida, con harta complacencia por parte de Pinocho.

**Angel Alvarez Pacheco. (Madrid).**—Tus aventuras cuentan ciento cuarenta líneas, si no más. Comprenderás que sobran un centenar de renglones en tu obra. Te remito con mucho gusto, para tu corrección o enmienda, al capítulo en que se expresan las condiciones correspondientes a la colaboración infantil. He dicho.

**Fernando Díaz. (Gerona).**—Admitimos tu preciosa historieta, que se publicará en las páginas de tu más estimada Revista.

**Rosita Palomo. (Valladolid).**—¡Qué lástima, Rosita! Tu cuento es muy largo, demasiado largo, interminable. ¡Qué pena que sea tan grande «la mariposa azul»! Olvidaste el precepto de las cuarenta líneas, y tu cuento, tan bonito, se ve obligado a dormir un sueño de diez años. No sabes cuánto lo sentimos, porque, a decir verdad, entre lo bueno que recibimos es lo tuyo de lo más bueno, de lo mejor. En fin, todo se andará. Y si más adelante, como esperamos, nos remites algo más cortito, ¡con qué agrado, Rosita, con cuánto gusto lo publicaremos en PINOCHO!

**Miguel Lozano. (Larache).**—Tus trabajos a lápiz son impublicables. Tinta china, amigo Miguelito, te recomiendo para tus dibujos. Es preciso que éstos vengán siempre en esas condiciones. Siempre, siempre.

**Augusto Lara López. (Madrid).**—Todo menos alabarte, amigo Augusto. Todo, todo lo que quieras, menos el favor impoible de admitir tus trabajos. ¡Cuidado que son malos! Como que hemos tenido que mandarlos a un cuarto especial, corrector, por ver si mejoran de condición. Pero tenemos pocas esperanzas. Genio y figura, hasta la sepultura. ¡Ay!

**Antonio Morán. (Madrid).**—Seguramente, y con la mayor satisfacción de Pinocho, hubiéramos publicado tus dibujos si éstos no estuvieran con tinta azul. Te confieso que nos gusta este color, la verdad. Pero los dibujos han de venir con tinta china, lo más china posible. Y en cuanto al cuento, no lo continuas. Está bien, pero es muy largo. Hay que atenerse a las condiciones ya expuestas y que respetamos siempre. ¿Conformes?

**Ruperto Pérez. (Valderas).**—Publicamos uno de tus dibujos, no sé decirte cuál de los dos. Sólo puedo asegurarte que uno de ellos, el más bonito, saldrá.

**Cristina Ulargú. (Logroño).**—Tu cuento es precioso, publicable.

**José Beltrán. (Madrid).**—¡Tinta china! ¡Tinta china!

**Celedonio Arroyo. (Valladolid).**—¡Tinta china! ¡Tinta china!

**Eduardito Corta. (San Sebastián).**—Tienes ingenio. Pero estoy seguro de que tú, con tu ingenio, puedes hacer cosas de más ingenio todavía, que gusten a Pinocho y al público. ¿No es verdad?

**Conchita Arias. (Santander).**—Admitimos tus chistes, Conchita.

**D. B. M. (Guadalajara).**—Tu dibujo lo he llegado emborronado. Es lamentable, pero no podemos hacer nada por su obra, señor D. B. M.

**Eduardo Gancedo. (Tetuán).**—Queda admitido tu precioso dibujo. En cuanto al jeroglífico de Arturo, como aquellos pasatiempos no entran por ahora, como se ha dicho, en la colaboración infantil, quedan aparte, esperando mejor ocasión.

**Luis G. Carvajal. (Madrid).**—Admitido.

**Antonio Navarrete. (Málaga).**—Nada de lápiz, amigo Antonio. Tinta china, y solo tinta china.

**Eugenio Nadal. (Barcelona).**—Encantados con el *Castillo de subir y no bajar*. Te advierto que tu gran amigo Pinocho ha conseguido bajar de ese castillo. Pero Pinocho es Pinocho, ya lo sabes tú. Admitimos tu castillo, y Chapete, y todo lo demás. Eres un gran dibujante.

**Mariano Soler.**—Procura para otra ocasión un poco de más cuidado. Tu dibujo está bien, pero no la casa de tu dibujo, que se halla si se cae o no se cae, bamboleándose continuamente. Un peligro, un verdadero peligro. Por eso no nos atrevemos a publicar la casita de tu dibujo, hasta que nos remitas algo más seguro.

**Santiago Sánchez Cózar. (Granada).**—Muy bien. Aceptado.

**Carlos Quesada. (Madrid).**—Admitido.

**Agustín Sáinz Alarcón. (Baeza).**—Que no admitamos tu cuento no quiere decir que no sea bueno. Es bueno, inmejorable, insuperable. Esperamos, sin embargo, otro cuento tuyo. ¿Por qué? Porque descamos maravillados a los lectores de PINOCHO con tus obras.

**Ignacio Hernández. (Madrid).**—Buen Ignacio, imposible. Hay que hacer los dibujos con tinta china.

**Mercedes Casanl. (Madrid).**—Muy bien, Mercedes. Tu gracioso chiste y tu lindo dibujo son de la particular predilección de Pirula, tu más cordial amiga. Admitidos.

**Julio Posada. (Madrid).**—Es preciso que hagas tus dibujos, para que los veamos bien, con más claridad, con líneas más visibles. Es preciso, es necesario. Tú lo comprenderás con nosotros, amigo Julio, y seguirás nuestro consejo.

**Angel Carbajo Plerro. (Madrid).**—Bueno, estamos convencidos, pero completamente convencidos de que eres un gran «chistoso». Pero... perdona que no publiquemos lo que hoy nos remites. Son buenos, pero son malos tus chistes. Es decir, no son ni buenos ni malos, son solamente impublicables. No hay que desmayar. Tampoco hay que desmayarse. Con tu gracia, que es inmensa, podrás hacer chistes buenos, que no sean malos, chistes excelentes, que publicaremos lo más pronto posible.

**Juan Francisco Cuadrón. (Gerona).**—Tus dibujos están bien. Tus chistes, en cambio, no lo están —hecho que nos produce mucho sentimiento—. Bastará un poco de cuidado por tu parte para que nos proporciones la satisfacción de poder publicar tus trabajos.

**Edilberto Esteban. (Segovia).**—Admitimos tu magnífica Luna... ¡Jamás la vimos tan sonriente, tan clara, tan hermosa. Has hecho bien en proporcionarnos un abanico. En los días, en las noches de calor, que tanto abundan en verano —mucho más, claro, que en invierno— en las noches de calor podrá abanicarse, refrescarse con ese abanico oriental de tu dibujo. Está bien, oportuno, caritativo. Puedo asegurarte que saldrá tu luna segoviana en PINOCHO.

**Juan José Núñez Marturana. (Madrid).**—Publicaríamos tu dibujo si no hubiera llegado, contra tus deseos y los nuestros, en mal estado, pegado al sobre de la carta, estropeado completamente. No es culpa mía; bien lo sabes. Manda otra cosa, perfectamente en condiciones, y ya la verás, como quieres, en nuestra Revista.

**Angel Silvio Fernández. (Pontevedra).**—Admitido.

**Alfonso Mancheño y Antonio Lorenzo. (Madrid).**—No deja de alegrarme vuestra colaboración, que está bien, bastante bien. Sin embargo, como en otra ocasión, poniendo un poquito de cuidado, conseguiréis, sin duda, hacer algo más hermoso que lo de hoy, definitivamente selecto, dejamos aparte vuestro cuento, seguros de alcanzar de vosotros un gran relato, un extraordinario dibujo y un chistísimo chiste.

**Sara Espóllita. (Avilés).**—Publicaremos tu bonita historieta, Sara. Publicaremos tu historieta, tu gran Pirula, tan curioso como desgraciado.

**Esteban Gete. (San Sebastián).**—Un poco de esmero, alguna voluntad, buena disposición de ánimo, y tus chistes, tus dibujos y tus *colmos* serán magníficos. Nada más.

**Ramón, Manuel y Antonio Trigo. (Madrid).**—Bien. Tres dibujos acertados. Tres chistes graciosos. Tres deliciosos trabajos «pinochistas», que publicaremos.

**José Luis Gurruchaga. (San Sebastián).**—Tus molinos, tu visión del paseo, y la playa que nos envías, nos llenan de satisfacción, querido José Luis. No tenemos que prodigarte los elogios. Tú estás acostumbrado a ellos, y no te causarán efecto si te los prodigamos ahora. Sólo te diré que escogeremos, entre tus tres dibujos el más bonito, y lo publicaremos.

**Manuel Villagrana. (Madrid).**—Otro dibujante. Otro gran dibujante. Verdaderamente no sabemos qué publicar, qué dibujo elegir de los tuyos. O tu castillo, o tu radio favorita o el barco en que te vas a la Habana. Verdaderamente no sabemos qué hacer. Sin embargo, como hemos de esperar, por tantos trabajos como tenemos, a que le llegue el turno a los tuyos, para esa fecha habremos decidido. Si no nos acomete, como es posible, la idea de publicar tu castillo, y tu radio y tu barco.

**Maria Luisa Aleltua. (San Sebastián).**—Bueno, no me cabe duda. Eres una niña listísima, listísima para dibujar. Pero... ¿por qué no me has hecho tus dibujos, tus preciosos dibujos, con tinta solamente? Amable Maria Luisa: no olvides mi consejo. Siempre que mandes algo, cuando de dibujo se trate, no olvides hacerlo con la más china de las tintas, sin mezcla de lápiz alguno. Así lo desea Pinocho, y Pirula, y todos nosotros.

**José Luis Dávila. (Burgos).**—Tu dibujo lo publicaríamos si no tuviese un «pie» tan largo. Es necesario que éstos sean de clase distinta, de índole más adecuada para Pinocho. ¿Comprendes?

**Francisco Herrera. (Madrid).**—Estoy deseoso de que leas estas líneas. Tu cuento está hecho de tal forma que, apesar de su buena intención, es impublicable. Esa familia es tan lamentable, que no nos atrevemos a mostrarla al público. Tú lo comprenderás con nosotros y convendrás con nosotros en que llevamos razón. En fin, para otra vez procura la buena armonía en la familia, cosa que agrada a Pirula, tu más sensible amiga.

**Amparo Pastor. (Ceuta).**—¡Pobre Felipe! Verdaderamente tiene un destino poco agradable. Siempre de un lado para otro, corriendo, volando, siempre al servicio de los demás. Es una pena. Lo es tanto, Amparito, que no publicaremos tu cuento. Y en verdad lo sentimos. Lo sentimos porque eres una buenisima escritora, con gracia, ingenio y talento. ¿Llevo razón?

**Antonio Sagasta y Salgado. (Madrid).**—Muy mal. Bastante mal. Hay que afinar mucho, Antonio, hay que ser mejor dibujante, más buen cuentista, más gracioso «chistoso». Malo, malo y malo. (Esperamos que nos agradecerás nuestra sinceridad. Sin embargo, no nos des las gracias).

**Carmen Gabriel. (Madrid).**—Mi estimada Carmen: He leído tu cuento, que te acredita como excelente escritora. No obstante, no saldrá tu cuento. Ello no te disgustará, no podrá disgustarte, ya que comprenderás —¡con el talento que tú tienes, Carmen!— que si no publicamos tu obra es, sencillamente, porque no podemos. Esperamos que conseguirás construir, a poco que te fijes, un gracioso, interesante y admirable cuento.

**Carmen Gabriel. (Madrid).**—¡Tinta china!

**Luis Juan M. de Grasa. (Madrid).**—Luis Juan, no me negarás que puedes hacer mejores dibujos. Este cazador que me remites hoy, no está bien *cazado*, cosa que no deja de lamentar tu amigo Pinocho, que tanto se interesa por ti.

**Prudencio Romero. (Beasain, Guipúzcoa).**—Como a Luis Juan, te recomiendo un poquito de más cuidado. Con éste lograrás todo lo que te propongas, Prudencio.

**Narciso Balenciaga. (Guipúzcoa).**—Admitido.

**Miguel Vidal. (Almería).**—Tu cuento está bien, pero es muy largo. No hay que pasar de las cuarenta líneas.

**Diderot de la Rica. (Cuenca).**—Admitimos uno de tus dibujos, el más bonito y chistoso.

**Carlos Yusta. (Madrid).**—Muy bien, Carlos, muy bien. Esto es un cuento. Saldrá, como deseas, en Pinocho. Te felicito.

**Fernando Bueso. (Sabadell).**—Sabes dibujar; pero en esta ocasión has empleado al mismo tiempo que la pluma, el lápiz, y ello hace impublicable tu obra. Hay que hacer los dibujos con tinta china.

**Antonio Mora. (Barcelona).**—Muy aceptable, muy gracioso. Tu dibujo queda admitido.

**Arturo Gancedo. (Tetuán).**—Y lo mismo el tuyo.

**M. Galones. (Madrid).**—Encantados con tu casa, maravillados de tu barco de vela. Todo queda admitido.

**Juanito Lespos. (Madrid).**—¡Tinta china!

**Juan Gordón. (Madrid).**—¡Tinta china!

**Maria Luisa Ruiz y Dampierre. (San Sebastián).**—Querida Maria Luisa: Tus dibujos han obtenido un verdadero éxito en esta Casa. Pinocho, tu cariñosa amiga Pirula y todos los demás, incluso Chapete, se han desmayado de admiración. Un triunfo, Maria Luisa. Tu «Caperucita roja» está muy bien y se publicará. Así como todo lo demás —no todo es cierto—, la mayor parte de tus dibujos.

**Antonio Jiménez. (Bilbao).**—Eres un escritor. Tu cuento lo demuestra de una manera indiscutible. Sin embargo, desamos de ti, para otra ocasión, algo más conciso y sucinto. Este cuento que hoy me remites, con ser buenisimo, está muy dilatado, muy largo. ¿Comprendes?

**Maria Martínez Vlot. (Almadén).**—Quedan admitidos tus dibujos.

**Alfredo Schulze. (Bilbao).**—Publicaríamos tu historieta si no adoleciese del defecto del chiste final, que no está bien. Procura para otra ocasión no caer en semejantes historias.

**Carmen García. (Málaga).**—Nos ha gustado mucho tu casita de campo. Causará la admiración de los lectores de Pinocho.

**Alejandro Granados. (Madrid).**—¡Tinta china, Alejandro!

**Domingo Olivé. (Alcalá de Henares).**—Admitido.

**E. Pardo. (Santander).**—Si tus dibujos no estuvieran tan borrosos, los publicaríamos con muchísimo gusto.



CUPÓN PARA EL SORTEO DE REGALOS

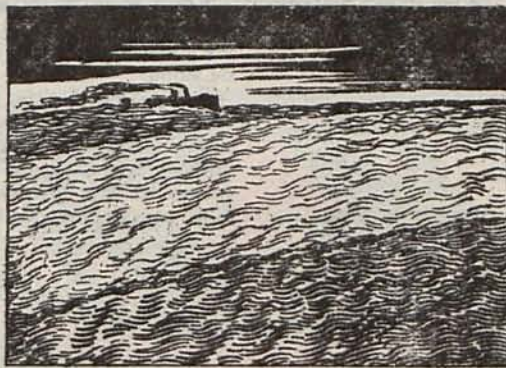


# ¿SABEIS POR QUÉ?

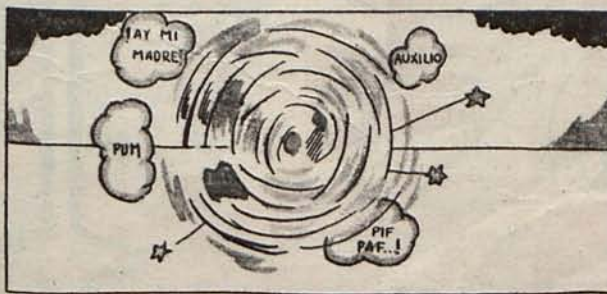
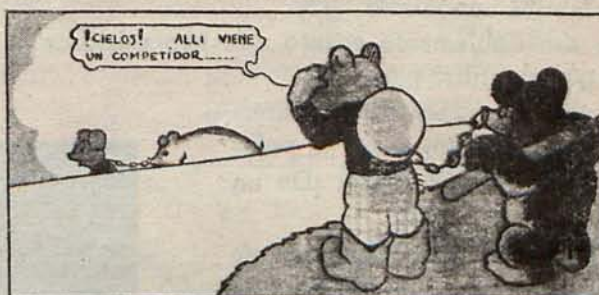
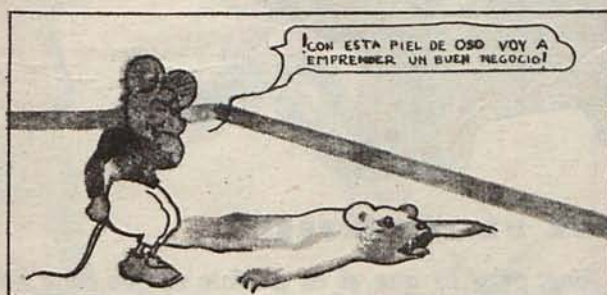
## ¿POR QUÉ HAY CORRIENTES EN EL MAR?

Aunque pudieras pensar que las aguas del mar no tienen otros movimientos que las mareas y oleajes, es cierto que a veces se mueven de aquí para allá, siguiendo un curso continuado, como un río. Tales son las *corrientes marinas*. Estas son temporales o constantes. Es decir, que son ocasionadas en un momento dado para desaparecer al poco tiempo, o bien son continuas, sucediéndose en todo tiempo. La corriente marina es como un río que se desliza por la misma superficie del mar, río cuyo lecho y márgenes están formados por agua de distinta clase que las que ellos llevan. Esta desigualdad no es más que de temperatura. El agua de una corriente marina es de una densidad superior o inferior a la de las aguas por que se desliza: es más fría o más caliente. Hay corrientes que tienen

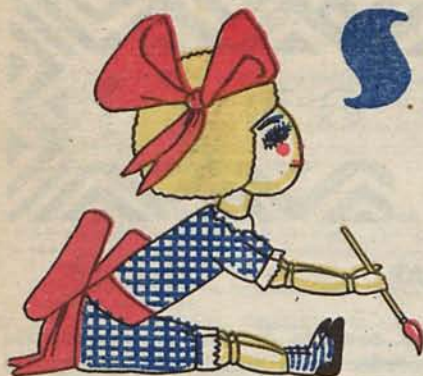
1.000 leguas de anchura, como la *Ecuatorial*. La corriente polar es fría, como procedente del polo Boreal, y arrastra enormes témpanos de hielo. Nada tan imponente como estas corrientes marinas. Insignificantes son a su lado los remolinos que, por diferentes causas locales, suelen producirse en mares próximos a islas y continentes. En las corrientes no influye la atracción de la Luna, como en las mareas, ni la velocidad del viento, como en el oleaje. Aunque los alisios tienen un gran papel en las corrientes, la causa principal, según parece, se debe al movimiento de rotación de la tierra. Aparte de la *Ecuatorial* y *Ártica*, citadas más arriba, existe la corriente *Antártica*, de igual importancia que las anteriores, y otras muchas más de menor cauce y continuidad.



## HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESO







# SECCIÓN PIRULA

## PIRULA, MUEBLISTA

El otro día va y me dice Chelín, que es una de mis cincuenta o sesenta mil amiguitas predilectas:

—Pirula, ¿te acuerdas de aquel sillón de jardín, pintado de verde y con las cabezas de los clavos pintadas

de rojo, que presentastes en el número 6 de PINOCHO?  
—¡Ya lo creo que me acuerdo! ¿Te gustó?  
—Tanto me gustó y le gustó a mi papá y a mi mamá...  
—¿Que te encargaron uno igual?  
—¡No! ¡Al contrario!  
—¿Cómo es eso?  
—¡Pues porque me encargaron dos!  
—¡Ah! ¡Me alegro!  
—Mas me alegro yo. Fijate: el carpintero, por ser la forma tan

sencilla, llevó muy poco por hacerlos, y luego yo me divertí de lo lindo...

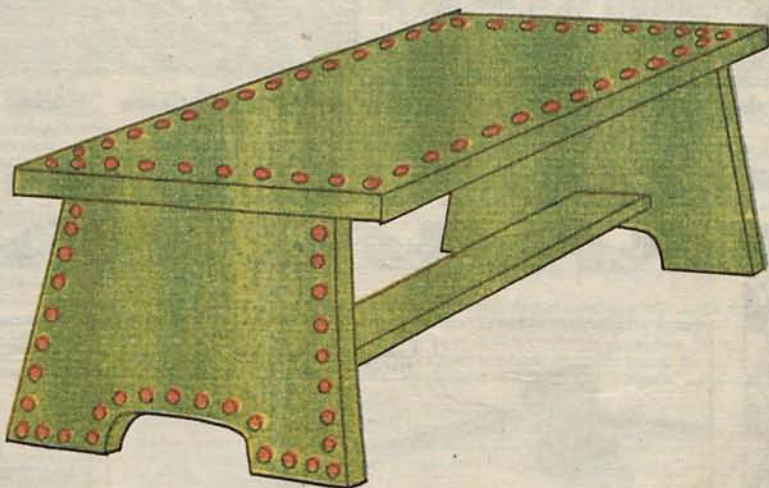
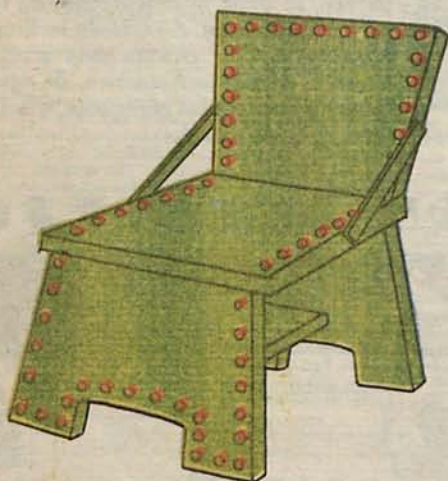
—¿Pintándolos?...

—Sí..., vamos..., viendo a papá pintarlos de verde y a mamá pintar de rojo las cabezas de los clavos. Y no sabes lo preciosos que resultan en el jardín de nuestra casita de campo. Tanto es así, que vengo a pedirte, para que no se aburran los dos sillones solitos, que me dibujes también un modelo de mesa y otro de sillas que hagan juego con ellos.

Como puede verse, me he apresurado a obedecer a Chelín. Pero estos muebles que hoy os presento no son solamente para ella y las niñas que, como ella —son muchas—, realizaron aquel modelo de sillón.

Son independientes, y apuesto que han de tentar a todas las que los vean, que ya serán unas cuantas.

¡Ah! Y si ponéis sobre la mesa un mantelillo de esos que habéis hecho y bordado según mis indicaciones, y en el centro un cacharro rústico con unas flores silvestres, el efecto será... Bueno, no lo digo, para que tengáis la sorpresa al verlo.



## PIRULA, FABRICANTE DE JUGUETES

¿Sabéis cuáles son los juguetes más divertidos? Los que se fabrica uno mismo.

Y lo son doblemente cuanto más imprevisto es el objeto que se utiliza para ello.

Por ejemplo: ¿De dónde diréis que soy yo capaz de sacar un pollito? ¿De un huevo? ¡Quiál! ¡De un limón!

Nada más sencillo. Se coge un trocito de cartón y se recorta y se pinta como el grabado número 1.

Luego se coge un limón —¡ahl, el tener un limón es esencial para hacer con él un pollito— y se practica en su extremo redondo una hendidura, en la cual se introduce el cartoncito hasta la raya negra, indicada debajo del ojo.

Para las patas (fig. 2) se cogen dos horquillas y se retuercen adecuadamente, forrándolas luego con una estrechísima cintita encarnada.

Y ya sólo falta trazar a cada lado del limón un semicírculo para que el pollito esté completo, con alas y todo.

No digo que con este pollito se pueda jugar al fútbol ni al mah-

jong; pero lo que sí es posible es que eche a volar y desaparezca, por poco que lo dejéis al alcance de la mano de vuestra cocinera cuando se disponga a hacer salsa mayonesa.

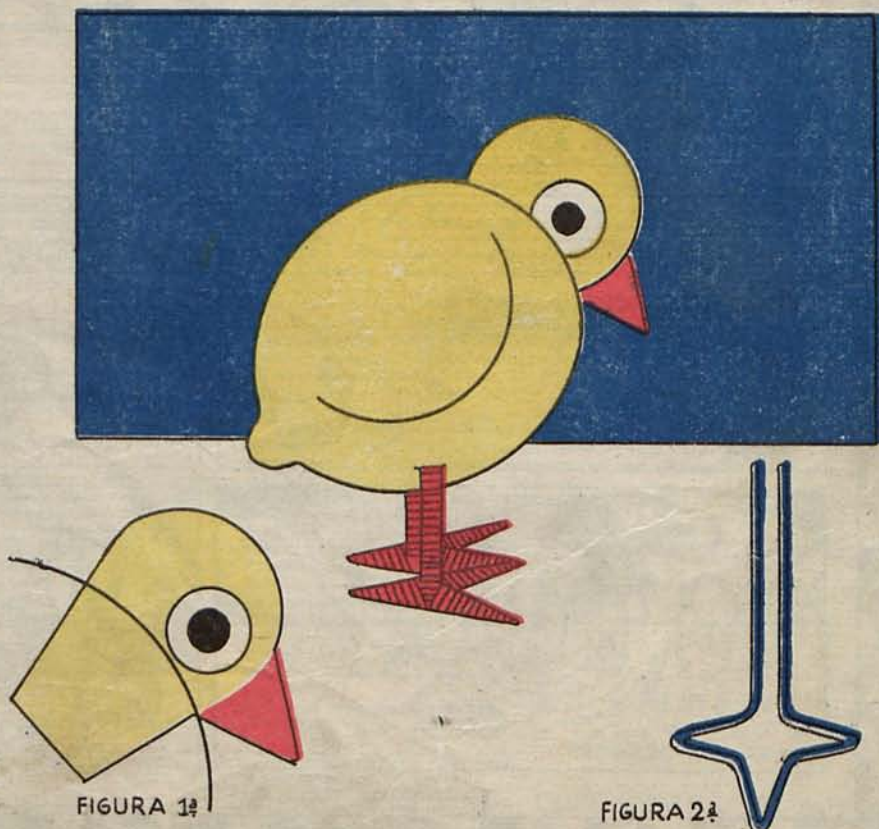


FIGURA 1ª

FIGURA 2ª